This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

WIDENER
HN PF1W R

Digitized by Google

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

From the Bequest of
MARY P. C. NASH
IN MEMORY OF HER HUSBAND
BENNETT HUBBARD NASH
Instructor and Professor of Italian and Spanish
1866–1894

Digitized by Google

Digitized by Google

T-O-P-8-3

Digitized by Google

EL MANCO DE LEPANTO

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL MANCO DE LEPANTO

EPISODIO DE LA VIDA

DEL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS

Miguel de Cervántes Saavedra

POR

D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

ADMINISTRACION

Calle de las Hileras, número 14

1874

Digitized by Google

Span 5728.90

HARVARD COLLEGE LIBRARY
NASH FUND
Nov 24, 1926

MADRID.—1874

Establecimiento Tipográfico de Muñoz y Reig

Calle Cuesta de Ramon, núm. 3

Digitized by Google

EL MANCO DE LEPANTO

I

En que se trata de un percance que le sobrevino á un barbero de Sevilla, por meterse á afeitar á oscuras

Habia en la ilustrísima ciudad de Sevilla, allá por los tiempos en que llegaban á la Torre del Oro, que á la márgen del claro y profundo Guadalquivir se levanta, los galeones cargados de oro que venian de las Indias, y cuando reinaba en España el señor rey don Felipe el Segundo, de clara y pavorosa memoria, en la calle de las Sierpes, y en una rinconada á la que jamás llegaba el sol, como no fuese en verano y al mediodía, un tinglado de madera, de dos altos, desvencijado y giboso, al que llamaban casa, y en el cual vivia

Digitized by Google

una valiente persona, cuyo apellido y nombre de pila ignoraba él mismo, que si los tuvo olvidólos, y nadie le conocia ni él respondia más que por el sobrenombre de *Vivais-mil-años*, cortesanía que empleaba para saludar á todo el mundo. Era de mediana edad, entre los treinta y cinco y los cuarenta, de no mala apariencia, agradable y sonriente el rostro, morena la color, agudas las facciones, sutil la sonrisa, la mirada rebuscona, y no mezquino el cuerpo; vivia de rasurar y rapar, entreteniendo durante el dia sus ócios con el puntear de una vihuela morisca que le dejó su padre, ya harto usada por sus abuelos, y cantando como un ruiseñor las alegres canciones de la tierra, y las que él mismo componia, para lo que se daba muy buena gracia; comadreaba á las comadres de la vecindad, y, fuera de esto, las vendia untos y bebedizos, y las leia el sino, y las traia á todas engañadas y pendientes de sus labios; y á tal llegaba la fama de brujo y de hechicero del señor *Vivais-mil-años*, que más de una vez la Inquisicion se habia metido en sus asuntos, y habia quien se acordaba de haberle visto con coroza y sambenito, luciendo su persona en un auto de fe.

No se sabia si era cristiano, ó judío, ó moro; pero él escapaba tan bien que mal de sus empeños con la Inquisicion y con la justicia, y continuaba rasurando y trasquilando, rasgueando y cantando, haciendo de sus bebedizos y de su brujería in-

Digitized by Google

dustria, y estimado y querido de la vecindad y allende.

No se le conocia á *Vivais-mil-años* moza ni parienta de algun género, ni vicio que de reparar fuese; vivia solo, en paz y en gracia de Dios, como él decia, no embargante lo de los hechizos y los untos, que él negaba; y así iba pasando nuestro hombre sin crecer ni menguar, y siempre feliz y contento, y con una tal y tan peregrina salud, que él afirmaba que en todos los días de su vida no le habia dolido ni una uña.

La justicia le habia entrecogido alguna vez de noche rondando por sitios tenebrosos, con un estoque desnudo debajo de la capa, largo de cinco palmos (que él habia comprado en sus mocedades por veinte maravedís en el Rastro); y por esto, y por algunos hurtos que le habian achacado malos testimonios, le habian batanado más de tres veces las espaldas, llevándole en burro y con acompañamiento, para edificacion de las gentes, por lo más concurrido de la ciudad; cosas todas que, decia *Vivais-mil-años*, caian por encima y no habia que echárselas en cara, cuando no habian tenido que ver sino con sus espaldas. Buscábanle dueñas, solicitábanle doncellas que habian necesidad de casarse; servíanse de él, como de secretario, mozas á las cuales les estorbaba para escribir lo negro de los ojos, y él era, finalmente, el consuelo de las hermosas, la alegría de los galanes, el consejo de

Digitized by Google

los pícaros, y el sirve para todo. Almorzaba, comia y cenaba por diez maravedís casa de su vecina la tia *Zarandaja*; descolgaba sus bacías, y quitaba sus celosías á puestas del sol, y al cerrar la noche se salia sin que nadie le sintiese; iba adonde nadie sabia, y volvia á su casa sin que la vecindad pudiese enterarse de la hora de su vuelta.

Por los tiempos en que esta verídica historia comienza, habia en la calle de las Sierpes, no lejos de la tienda del rapista, una casa deshabitada, grande y hermosa, con piedra de armas en el frontispicio, de cuyas armas los entendidos sacaban el apellido Velasco de Llanes, y que hacia luengos años que no se ocupaba, porque se decia de fama pública que tenia duende.

Daba su gran jardin, ó más bien huerta, á las medianerías de algunas casas, y, por un punto, esta medianería era la tapia de un corralejo que la casa del barbero tenia, y en que vagaban, tristes y con hambre, en una perpétua umbría, cuatro gallinas, un gallo y un pato, en compañía de un cerdo (con perdon sea dicho) y de un perro flaco que guardaba de noche la casa. No habia que dudar de que el señor *Vivais-mil-años* era buen cristiano, puesto que, para que el duende de la gran casa vecina no se pasase á la mezquina casa suya, habia puesto en el lomo de la tapia de su corralejo, que daba á la huerta de la casa enduendada, un calvario de madera, lo cual no hu-

Digitized by Google

biera hecho si hubiera sido judío ó moro, y habia pintado una cruz en cada una de las dos ventanas que al corral daban, y desde las cuales se veia la huerta.

Una mañana (de primavera y radiante y hermosa), al abrir una de aquellas ventanas, el rapista vió que por la huerta de la casa vecina vagaban, no duendes ni trasgos, sino algunas personas de muy noble apariencia, que andaban por allí como reconociendo y tomando trazas. Era una dama como de veinte á veinticuatro años, muy gentil y hermosa, rubia y blanca, de buen continente y estatura, pensativa y grave, y vestida noble y riquísimamente. Acompañábanla dueña quintañona y rodrigon avellanado, y la hablaban con encarecimiento, y proponíanla, á lo que parecia por las señas, composturas y arreglos en la huerta, dos maestros de obras. Seguíanla dos pajes, el uno de los cuales llevaba una rica silla de tijera y el otro un cojin de terciopelo con rapacejos de oro debajo del un brazo, y terciada en el otro una rica alfombrilla. Por último, cuatro lacayos bigotudos, con sendos espadones al cinto, la servian.

No habia que dudar de que aquella era una gran señora, si no princesa, por lo ménos de título, y cuando no, riquísima; y en punto á nobleza, rebosaba de ella y olia que trascendia. No yendo con ella persona que por la apariencia en calidad

Digitized by Google

se la igualase, habia que pensar que era viuda; que á ser doncella, padre, hermano ó tutor la hubieran acompañado.

Alegráronsele los ojos y áun las entrañas á *Vivais mil-años*, porque se le ocurrió que la que de tal manera, y con dos que parecian maestros de obras, buscaba trazas y tomaba medidas en la huerta, debia haber comprado la casa, y empezó á echar cuentas con los provechos que tan buena vecindad podia procurarle; porque pensar que á tal divina beldad no habian de acudir como moscas á la miel los enamorados, era ser simple, y ya el rapista inventaba historias y enredos, que daba por seguros, y en los cuales él andaria como una importantísima persona, lo cual le produciria buenos escudos, cuando no sendos doblones; por todo lo cual, y ansioso de inquirir lo que hubiese, dejó la ventana, se dejó ir por las fementidas escaleras, y se lanzó en la calle, yendo á dar con su cuerpo en el bodegon de la tia *Zarandaja*, que en cuanto le vió acudió á la marmita, llenó una escudilla con uña de vaca y morcilla de lustre, y se fué al cabo de mesa, donde, en lo último del figon, se habia sentado, como lo acostumbraba, el señor *Vivais-mil-años*.

Preguntóle él, oyóle atentamente ella; díjole que á lo que ella habia pesquisado, se la alcanzaba que la dama que el rapista habia visto en el jardin de la casa del duende, era una riquísima seño-

Digitized by Google

ra indiana, que, con sus criados y algunos toneles llenos de oro, habia venido de Méjico, y aposentádose en la posada de la *Cabeza del rey don Pedro;* y que habia comprado la casa, ignorando que tenia duende, á su dueño el señor marqués de los Alfarnaches; y que lo que el señor *Vivais-mil-años* habia visto, era que la susodicha hermosa y riquísima viuda indiana buscaba el modo de convertir aquella huerta abandonada é inculta en un paraíso en que solazarse.

Preguntó el rapista á la bodegonera de dónde habia sacado todas aquellas noticias, y díjole ella, que el rodrigon que habia visto acompañando á la hermosa indiana, habia ido tres dias ántes al bodegon, y la habia preguntado quién fuese el amo de la casa deshabitada y si sabia que la casa se vendiese, á lo que ella habia contestado ocultándole lo del duende, lo cual la habia valido un buen regalo del señor marqués de los Alfarnaches, á quien habia avisado en buen tiempo, y que el señor marqués la habia dicho despues, que la tal dama se llamaba doña Guiomar de Céspedes y Alvarado, que era viuda, que apaleaba el oro, y que al morir su marido, que habia sido un viejo oidor de la chancillería de Méjico, habia hecho buenos doblones su hacienda, y se habia venido á Sevilla, de donde era natural, aunque por haberla llevado su marido á Méjico, todos la creian y la llamaban indiana.

Digitized by Google

Comióse con muy buen apetito y con mucho placer por estas noticias su escudilla de uña y morcilla el señor *Vivais-mil-años*, y se restituyó á su casa, sacó la celosía y colgó las bacías á la puerta, y se puso á rasguear la guitarra, esperando al primero que tuviese necesidad de rasurarse.

Al otro dia sobrevinieron albañiles y todo género de artistas, y empezaron á trabajar en la casa, y á las dos semanas no habia persona que pudiese reconocerla, segun que habia sido de compuesta y trastrocada, y pintada, y rejuvenecida; habíase quitado la antigua piedra de armas y puéstose en su lugar otra, y el jardin se habia desbrozado, y poblado de estátuas y fuentes, y de tal manera que se habia hecho de él, antes selvático, intrincado y desapacible, una verde y hermosa delicia. Carrozas, y mulas, y caballos, habian llenado las cocheras y las caballerizas; y en el zaguan hervian los lacayos con librea, y daba gozo el ver las escaleras alfombradas y con macetas á todo lo largo de ellas.

En fin, un domingo, la hermosísima viuda doña Guiomar de Céspedes y Alvarado se vino á la casa, y en cuanto en ella entró, la casa se cerró á piedra y lodo, y de tal manera que no parecia sino que lo que en la casa se habia hecho habia sido para encantarla despues; la puerta principal no se abria sino por la mañana entre dos luces, para que saliese una silla de manos, en la

Digitized by Google

cual iba sin duda la hermosísima doña Guiomar, y una hora después, cuando la silla de manos volvia; tanto á la ida como á la venida acompañaban la silla de manos la dueña, el rodrigon, los dos pajes, con la silla, el cogin y la alfombra, y los cuatro lacayos bigotudos que *Vivais-mil-años* habia visto, como hemos dicho en otra ocasion, acompañando á la dama en el jardin ó huerta de la casa del duende.

Siguió una mañana *Vivais-mil-años* á la viuda, y vió que la llevaban á la catedral, y que ella se iba, seguida de los criados, á la capilla de San Fernando; y que allí los pajes extendian sobre el blanco mármol la alfombra, abrian la silla de tijera, y ponian delante de ella el cojin de terciopelo con rapacejos de oro para que la bella indiana se arrodillase. Los criados se quedaban fuera de la capilla; y una vez oida la misa de alba, la dama se levantaba, recogian los pajes cojin, silla y alfombra, se encaminaba la indiana á la puerta del Patio de los Naranjos, tomaba allí su silla de manos, y se volvia á su casa.

Poníase en acecho en la catedral *Vivais-mil-años*, atisbaba, pero nada podia sacar en claro tocante á la dama, sino que áun de rodillas era gallarda; que sus manos, que tenian un rico rosario de perlas, eran más nacaradas que ellas, y que oia la misa con una singular devocion: en cuanto al rostro, lo tapaba un celoso velo de encaje, y

Digitized by Google

ocultaba su talle un cumplido manto de raja de Florencia.

Habíala visto en el jardin descubierta la faz *Vivais-mil-años;* hermosa la habia admirado, jóven la habia conocido, pero su imágen se habia borrado de su memoria: en vano había registrado el jardin desde su ventana; la dama no salia á él nunca, ó por lo ménos de dia, y *Vivais-mil-años* no habia podido dar señas que les satisfacieran á los ricos galanes que de él se servian para sus amores, y á los que habia hecho relacion de la nueva y hermosa dueña de la casa del duende.

Los criados, ó eran fieles, ó temian y no daban luz, por más que *Vivais-mil-años* los agasajaba y los convidaba á la taberna; ellos no decian de su señora sino que era una dama honestísima, que tenia penas y que las lloraba en su soledad: si aquellas eran penas de amor, los criados no lo decian, ó no lo sabian, y *Vivais-mil-años* vivia como un alma en pena, metiendo las narices por todos los resquicios, y sin oler nada que le sirviese para cerciorarse de qué casta de pájaro era aquel prodigio humano, que siendo rica y jóven huia del mundo, y siendo hermosa no buscaba el amor.

Pasaron así dias, semanas y meses, siempre la misma cosa, sin dejarse ver la dama más que de bulto entre dos luces, cuando salia de la silla de manos, en la catedral, y volviendo á sepultarse

Digitized by Google

una hora después en el silencio y en el retiro de su casa, que permanecia cerrada, ni más ni ménos que cuando se decia estaba habitada por duendes; al jardin no salia de dia: sólo algunas noches de luna solia verla *Vivais-mil-años*, vestida de blanco y vagando como un fantasma, yendo al cabo á sentarse en un poyo de piedra junto á la fuente, permaneciendo allí largo tiempo inmóvil, hasta que, al fin, se levantaba, y en paso lento atravesaba el jardin y se metia en la casa: la luz de la luna no habia sido bastante para que *Vivais-mil-años* hubiese visto su rostro. Desesperábase el menguado, y decia á los caballeros que le aquejaban con preguntas, que él creia bien que todo aquello no era realidad, sino sueño, y que habia que pensar que los duendes continuaban en la casa, y que habian tomado la forma de la dama y de la servidumbre que la asistia, no embargante que la tal dama y parte de sus criados con ella, fuesen á oir misa de alba todos los dias, lo cual podia ser muy bien, dado que fuesen los susodichos duendes cristianas almas del purgatorio.

La comunidad entera de los Terceros, á los que rasuraba desde el prior al último lego *Vivais-mil-años*, andaba tambien ocupada y puesta en imaginaciones por los relatos de su rapista; y á tal encarecimiento fueron llegando estos relatos, que llegó á los oidos de la Inquisicion la noticia de que habia en Sevilla una casa habitada por gen-

Digitized by Google

tes sospechosas, de las cuales se murmuraban hechizos y encantos; porque habia muchas cosas extrañas. ¿Qué se habian hecho aquellas ricas carrozas, aquellos hermosos caballos, aquellas poderosas mulas, que la vecindad habia visto entrar en la casa del duende? nadie los habia vuelto á ver. ¿Qué comian todas aquellas personas, y todos aquellos animales? la puerta de la casa no se abria jamás. ¿Y cómo podia ser esto? La Inquisicion envió sus alguaciles para que recatadamente observaran aquella casa que de tan antiguo tenia fama de maldita, y viesen lo que eran sus nuevos habitantes; y los alguaciles declararon lo que ya se sabia, esto es, que la dama iba todas las mañanas á misa de alba á la catedral, y que la oia con recogimiento; que se volvia luego á su casa; que la puerta, y las ventanas, y los miradores permanecian cerrados, y que no se oia dentro ruido alguno; que la casa del duende parecia encantada, y que sólo por un postigo del jardin salian muy temprano seis negros esclavos, que iban á la plaza de la Encarnacion y volvian con seis grandes cestones llenos de vituallas; que, en fin, los pocos criados que salian de la casa eran sérios y pálidos como desenterrados, y que si bien bebian cuando los convidaban, hablaban poco y muy pensado, y no se les sacaba ni una sola palabra con referencia á su señora.

El Santo Oficio determinó, pues, saber lo que hubiese en aquello; y una noche á las doce, en

Digitized by Google

sábado, hora en que las brujas tienden su vuelo hácia Barahona, un familiar llamó á las puertas de la casa de la llamada dama fantasma, que se abrieron, obedeciendo humildemente las órdenes de la Inquisicion.

Metióse por el zaguan el familiar con su negra cohorte de alguaciles, y dió por cierto lo que de aquella casa endemoniada se habia dicho á la Inquisicion, cuando vió que, en efecto, los criados eran muy pálidos y muy sérios y muy graves, y le vino de ellos un olorcillo como de tumba y cosa del otro mundo; y mucho más cuando, avisada la dueña de la casa, y levantada de prisa, porque reposaba, y mal recogidos los cabellos de oro bajo una toquilla, y vestida de blanco, salió al estrado, donde el familiar la esperaba armado de severidad y resuelto á llevarla presa, á poco que viera en ella que le confirmase en las brujerías que á aquella señora ociosos maldicientes achacaban; y ver á doña Guiomar y creerse cogido por los cabezones el familiar, fué todo en un punto; porque verla y entrarle un tal temblor que si hubiera tenido cascabeles en las piernas hubiera causado más ruido que un tiro de mulas al trote, fué un punto mismo; y secósele el paladar, y quedósele la lengua fria, y se le anudó la voz en la garganta; que en todos los dias de su vida él no habia visto una más garrida moza, ni más gentil dama, ni más peregrina hermosura.

Digitized by Google

En resúmen: á él, que por haber estudiado para clérigo, y haber hecho voto de castidad, aunque no habia entrado en Orden, le habian parecido todas las mujeres, ménos la Vírgen María y la madre que le habia parido, artificios del diablo para perder á los hombres, entróle de súbito una tal ánsia amorosa y una tal sed de hermosura, que no se conoció á sí propio; y el diablo se le metió en el cuerpo, y pensó que si todas las brujas eran como aquella, vendríase á gobernar el mundo por ellas; y en vez de hablar récio y seco y altisonante é imperativo á aquella divinidad, besóla rendidamente las manos y se declaró muy su servidor, y áun criado. Y preguntándole ella á qué era ido á su casa tan á deshora y con tal estrépito de aldabadas, y tal y tan pavoroso acompañamiento de alguaciles, él, oyendo su voz, que era melíflua y clara y sonora, figurósele que se habia bajado del cielo á la tierra un ángel, y disculpóse, y disculpó á la Inquisicion, diciendo que de puerta se habia engañado, y que no era allí donde él iba, sino á casa de un cierto rapista que en la vecindad vivia, y que el diablo sin duda, por amparar al susodicho, habia hecho que él y sus alguaciles creyesen barbería la que era noble casa de viejo solar; y rogándola encarecidamente le perdonase, besóla las manos y pidióla licencia para irse. Concediósela doña Guiomar, pero con el prosupuesto que cuando pren-

Digitized by Google

diese al barbero volviese, que ella le aguardaria, que tenia que decirle.

Con esto, salióse de la casa el familiar con su escuadron alguacilesco, y fué á dar de rebote casa del barbero, al que encontró oliendo á unto de bruja, que así lo declaró un alguacil que entendia mucho en estas cosas; y como el rapista habia tardado en contestar y en abrir más de lo justo, confirmóse más esta sospecha; y examinado que fué en su persona, se le encontró pringoso; con lo que, y con haber hallado en un rincon ciertos pucheros y redomas, se le esposó, y no con moza gentil y apetecible, sino con dos esposas de hierro, con cadena de alambre recocido de las que usaban alguaciles y cuadrilleros y toda la otra gente de presa que tenian la Inquisicion y el rey para el buen servicio de la república; y con esto y con algunos cintarazos y sopapos que se le dieron como por via de estimacion y caricia, sacáronle mano con mano y codo con codo, dando con él en uno de los encierros de los sótanos de la cárcel de la Inquisicion, y haciéndole, en fin, la barba como merecia, que si él no propalara tanto disparate contra la buena reputacion y limpia vida de doña Guiomar, tal no le aconteciera; de donde se saca, que porque Dios lo quiere, los pícaros se enredan muchas veces en los mismos lazos que tienden á otros para que se pierdan, y en ellos se pierden.

Digitized by Google

Digitized by Google

II

En que se trata de una música de enamorado acabada no muy amorosamente á tajos y reveses

Volvióse el familiar desalado á casa de doña Guiomar, y sin más compañía que un alguacil que le llevaba la linterna, en cuanto hubo dejado con miedo, frio y hierros al rapista, y bajo cerrojos, y tomado recibo de su persona; y aconteciale al tal Ginés de Sepúlveda, que así se llamaba este honrado familiar, que no las llevaba todas consigo, y que decia para sí que él debia ser tambien preso y juzgado por la Inquisicion; porque si bien se miraba, él habia pecado, aficionándose á una mujer, por en cuanto á su voto de castidad, y habia faltado á su obligacion en no prender á quien se le habia man-

Digitized by Google

dado prendiese; ántes bien, disculpádola, y excusádola, y puéstose por su pecado de su parte, sin importársele otra cosa; y hubiera querido que le naciesen alas para llegar pronto; y en fin, no vivia de miedo de haber ofendido á Dios, y de ánsia por que tardaba en ver aquel hermoso sol que, á la media noche, le habia deslumbrado.

Iban alguacil delante y familiar detrás, estirando á cual más podian las zancas y alargando los pescuezos, aficionado el uno al agasajo que de seguro le harian en aquella principalísima casa miéntras esperase, y desasosegado y agonizando el otro por volver á ver á doña Guiomar; y esperaba el alguacil que alguna linda doncella, ó dueña de no malos bigotes viniese á él, por mandamiento de su señora, para hacerle ménos enojosa la espera; que el alguacil no podia creer sino que á cosa de amores volvia el familiar solo á la casa, y sin color de justicia, y que por esto se habia salido de la casa sin prender á nadie; y en cuanto al familiar, no pensaba nada, sino que de él tiraban duendes ó diablos para llevarle á su perdicion; y aunque él no queria, salíasele el alma al mezquino, como si su alma hubiese querido llegar súbitamente y juntarse con aquella otra alma que dentro de aquel hermosísimo cuerpo vivia.

Y yendo así y como disparados familiar y alguacil, y muy cerca ya de la casa de doña Guio-

Digitized by Google

mar, oyeron un rumor de voces que de la cercana revuelta de una callejuela venia, y como templar de vihuelas; cosas que daban á entender claramente que se trataba de dar música por algun enamorado á la señora de su pensamiento; y habia por entonces una ordenanza que mandaba que de noche y á deshora no se diesen músicas por las calles, so pena de dos dias de cárcel y diez ducados para obras pías; y como la gente que sonaba junta á poco trecho parecia mucha y debia ser alegre y maleante, y ellos sólo eran dos, ó diríase mejor, uno y medio, porque el familiar aprovechaba poco, éste ordenó al alguacil torciese el paso por la boca de una callejuela que se veia á mano, y rodease, con lo cual el familiar creyó haber evitado aquella gente *non sancta;* pero vió, cuando dada la vuelta se hallaba á poca distancia de la casa de doña Guiomar, que á su puerta habia un gran bulto de sombras como de hombres, del cual salia confuso rumor de voces recatadas.

Quedáronse tras la esquina familiar y corchete, y á poco oyeron que rompian en una muy armoniosa música las vihuelas, y que cuando se acabó el ritornelo, una voz grave y melancólica, enamorada y dulce, cantó el siguiente

Digitized by Google

SONETO

—

Insensible es al sol el duro hielo
De crudo invierno en el rigor impío;
Agua en la primavera, en el estío
En cálido vapor se eleva al cielo.
Siempre insensible al amoroso anhelo
Tuve el ingrato corazon vacío:
Mi llanto, agora, por el bien ansío,
Lava presto será de un Mongibelo.
¿Quién, sino tú, señora, á tal mudanza
Forzó á mi pecho helado y enemigo
De todo amor y todo rendimiento,
Que hoy espero sin sombra de esperanza,
Vivo muriendo, y hallo mi castigo
En la llama de amor que es mi tormento?

Calló la voz, y luego se oyó un profundísimo suspiro, que las vihuelas, que con el canto habian terminado su música, no pudieron cubrir con sus acordadas voces, y hubo algun espacio de tan grande silencio, que hubiérase podido oir el vuelo de un mosquito que por allí en aquel punto hubiera pasado; y aún duraba el encanto de la música, y el familiar no sabia qué pensar de lo que pasaba por su poco ántes ánima castísima, cuando con más concierto y dulcedumbre que ántes, volvieron las vihuelas al ritornelo. Amor parecia que volaba en los aires y lo llenaba todo; amor decian las vihuelas; de amor, escuchando en sus

Digitized by Google

oscuros miradores palpitaba, sin saber por quién, y toda en imaginaciones sin sujeto, doña Guiomar, y amor iba emponzoñando en su dulce veneno el corazon del familiar, que veia delante de sus ojos, aunque allí no estaba, las doradas hebras de los sedosos cabellos de la viuda, y su frente de alabastro, y sus labios, que á una entreabierta granada se asemejaban, y sus ojos, con los que el claro azul del cielo de la alborada no pudiera competir; y batallaba el mísero con aquel amor que tan de súbito se le habia metido en el alma, como si hubiera sido tentacion de Satanás, y no fuego celeste, que del infierno venia, y habia tomado por bellas ventanas por donde asomarse y dejarse ver en la tierra los divinos ojos de la indiana.

Seguian en su ritornelo las vihuelas, limpiábase el pecho para empezar de nuevo, tal vez con algun madrigal competidor del soneto, el encendido amante, cuando las voces de ¡ténganse á la justicia! que vinieron de lo alto de la callejuela, cortaron en un punto el puntear de las vihuelas, y dejaron lugar al chocar de los broqueles, que apresuradamente los músicos se arrancaban del cinto, y que tal vez al desenvainar las espadas daban contra sus gavilanes; y á poco, no era ya dulce música lo que en la calle se oia, sino áspero son de espadas, que por los raudales de chispas que de ellas saltaban, no parecia sino que se habian allí reunido todas las fraguas de Vulcano.

Digitized by Google

Apercibióse con asombro de sí mismo el familiar, de que él, que ántes habia hecho sin empacho profesion de tímido, y tenido por gala el parecer prudente y bien mirado, no se asustaba de lo que ántes le hubiera causado espeluznos; é íbasele la mano al pomo de la espada, que hasta entónces habia llevado por adorno, y sentíase más atrevido y más arrojado á todo que Gerineldos, aquel amante de la enamorada sobrina de Carlo-Magno; y pensaba que el del soneto habia dicho bien, que tales mudanzas hace el amor, que no son para creidas, segun que trastrueca á los que caen debajo de su imperio, y de menguados los cambia en altivos, y de corderos en leones, y de no atreverse á mover un pié sin pedirle licencia al otro, en atropelladores de todo, sin que haya quebradura que no salten, ni obstáculo, por insuperable que sea, que no venzan; pero puesto que á él nada le iba ni le venia en aquello, y que ántes debia alegrarse de que la ronda le desembarazara la calle y le permitiera llegar á la puerta de la hermosísima viuda, que sin duda le esperaba, estúvose quedo y esperando á ver en lo que aquello quedaba, cuyo fin y remate, y de quién fuese al cabo la victoria no se veia muy claro: que la calle veníase abajo á cuchilladas; y no dulces requiebros enamorados se oian, sino juramentos y maldiciones, y ayes de aquellos á quienes alcanzaba alguna dura punta; y tanto duraba aquello y tan trabado, que claro

Digitized by Google

aparecia que si los rondadores eran duros de pelar, no eran mucho más blandos los de la ronda, ni habia allí que contar con manco ni flojo, segun que arreciaba, cuanto más duraba, aquella tempestad de tajos y reveses.

Pero acertó á acudir por la parte de abajo de la calle otra ronda, que, como venia de refresco, embistió duro, y puestos entre dos potencias los músicos, hubieron de ceder el campo; así pues, cubriéndose el rostro con los embozos, y apretando dientes y puños, embistió cada cual con lo que tenia delante, sonaron algunos tiros de pistolete, arremolináronse los alguaciles de ámbas rondas; y los músicos escaparon, dejando sobre la calle alguna vihuela rota y algun alguacil malherido, que de ellos, cuando se acudió al lugar de la pelea, no se halló ni uno sólo, ni se tuvo indicio de quiénes fueran, aunque harto claro dejaron conocer, por lo que hicieron, que todos eran hidalgos, y de los buenos.

Escapádose habian familiar y alguacil del Santo Oficio, cuando los alcaldes y los alguaciles de la justicia ordinaria pusiéronse en persecucion de los que más bien que huian se esquivaban, por excusarse el familiar de preguntas y de respuestas con los otros alcaldes, y el alguacil por seguir á su superior; que lo que el familiar anhelaba era que la calle quedase libre para entrarse en la casa de la indiana, y contemplar otra vez al sol res-

Digitized by Google

plandeciente de su hermosura; y como iban corriendo por la callejuela que daba la vuelta á la manzana donde estaba la casa de doña Guiomar, vieron que un bulto, que delante de ellos iba, saltaba y se agarraba á las asperezas de una tapia, y se alzaba y se estiraba, y por el caballete de la tapia desaparecia; y no deteniéndose por esto, siguieron familiar y alguacil su carrera, dieron la vuelta, hallándose al fin del rodeo en la misma calle de las Sierpes donde habia pasado la pendencia, y vieron que en ella no habia un alma viviente, ni se oia otro ruido que el del vientecillo de la noche, que zumbaba dulcemente en las encrucijadas.

Mandó el familiar al alguacil que allí le esperase, y él se fué á la puerta de la casa de la viuda, y llamó, y abrieron en cuanto dijo cuál era su calidad y oficio y que la señora le esperaba, y entró, se cerró la puerta, y la calle se quedó tan en silencio y tan pacífica, como solia estarlo á aquellas horas de ordinario.

Digitized by Google

III

De como, sin esperarlo, hallóse la hermosa viuda con aquel su amor, que tan acongojada la tenia

Suspensa el alma, la mirada anhelante y fija por descubrir lo que envolvia en sus sombras la oscura calle; aguzando el oido por coger una palabra, entre el murmullo de las voces de los que hablaban bajo sus miradores, que le fuese indicio de quiénes eran los que en aquella hora la rondaban, la hermosa indiana estúvose con su doncella Florela; y asomándose á la entreabierta vidriera de una ventana de su cámara, en la cual habia matado la luz, toda era cuidado y toda congojas; que enamorada estaba, no embargante su viudez, lo que decia con harta elocuencia que, ó no habia amado al difunto marido, ó que le habia amado tanto, que, por la dulce costumbre, sin

Digitized by Google

amor no podia pasarse. Y el caso era que el nuevo dueño al cual su alma se rendia, habia sido tan corto en manifestarla su aficion y tan rápidamente habia pasado delante de ella, diciéndola, empero, con sus encendidas miradas su deseo, que no parecia hombre enamorado que en ocasion se pone de contemplar á la deidad que adora, sino alma en pena y cobarde que cree tan menguados sus merecimientos, que esquiva, cuanto puede, ser reparada por miedo del menosprecio; y justamente por esto doña Guiomar le habia estimado; por aquella su timidez, la grandeza de su amor habia medido; que no hay aficion sin cuidado, ni pasion sin ánsia; ni es amor el que con mortales recelos no desconfia del logro de la victoria; y esto lo saben bien las mujeres, y tanto más cuanto por su hermosura son más pretendidas y buscadas y acechadas; y doña Guiomar, que lo era grandemente, aunque no saliese de su casa más que entre dos luces, y áun así para ir á la iglesia, sabíalo más que otras.

La esperanza de que el sujeto de su amor, encubierto con el amigo manto de la tenebrosa noche, viniese á decirla sus amantes penas con la regalada cadencia de la encantadora música, despertándola de su inquieto sueño, tenia á la hermosa indiana, toda anhelo, toda impaciencia, toda oidos y toda ojos; y cuando oyó la voz doliente, dulce y grave del que cantaba, y los conceptos de la

Digitized by Google

amorosa cancion, abriéronsela las entrañas para recibir en ellas el encendido suspiro que fué de la cancion fin y remate, y confirmacion del alma de lo que habian dicho los labios; y saliósela de la suya otro tan amantísimo y hondo suspiro, que si el cantor le oyera, no se tuviera por venido á un valle de lágrimas, sino á un encantado paraíso; y no le oyó, porque á punto sonó el ¡ténganse á la justicia! de la ronda, tras lo cual vinieron las cuchilladas y tumulto.

Acongojóse con esto doña Guiomar, y al suelo viniera traspuesta, si no la sostuviera en sus brazos su fiel doncella Florela; y cuando todo pasó y renació el silencio y tornó la calma, bañados en lágrimas los dulces ojos y la bella color mudada, dijo á Florela con una voz en que se entendia claramente lo que en su alma habia de temor y de esperanza:

—¡Ay, amiga Florela, que si esto es amor, á Dios pluguiera que nunca hubiera yo amado en mi vida! ¿y quién habia de decirme á mí que á tal punto habia de traerme un hombre á quien no más que tres veces he visto, y áun así como sombra que pasa, ó mentida imágen de un sueño, que al despertar se pierde?

A lo cual respondió Florela suspirando:

—Cosa es el amor, señora, que no há menester más que un punto para rendir á su imperio un alma; y tanto más, cuanto más esta alma está ane-

Digitized by Google

gada en tristezas, y huérfana de dulces afectos.

—Calla, Florela,—dijo doña Guiomar enjugando sus lágrimas,—que me parece que alguien viene.

Entreabrió á punto la mampara un paje, asomó la cabeza, y dijo á su señora que el familiar del Santo Oficio que habia estado ántes, habia vuelto, y que decia que por la señora era venido; y doña Guiomar mandó le llevasen al estrado, y que le rogasen que allí esperase.

Procuró sosegarse doña Guiomar, aunque esto era más para deseado que conseguido, y dijo á su doncella:

—Mira, Florela, si es posible que los de casa averigüen si ha pasado alguna desgracia en la riña, y si la hubo, quién ó quiénes son los sin ventura; que esto bien podrá hacerse con el pretexto de socorrer á los que hubieren menester socorro; y vuelve, miéntras yo me aliño un tanto para ir á advertir á ese familiar aquello para lo que le he rogado que vuelva; y no tardes, que la duda de que él haya podido quedar en el lance, me tiene sin vida.

Salióse Florela, y doña Guiomar fué á sentarse á su tocador, y contemplóse al espejo, y hallóse más hermosa que nunca; que el amor hace hermosos áun á los ojos feos, y á los hermosos los sublima, haciendo de ellos un cielo; y un cielo veia en sus ojos doña Guiomar, porque en el amor

Digitized by Google

que en sus ojos hallaba, la parecia como que veia la imágen de aquel por quien el amor acongojaba su alma; y la sucedia que cuanto más se contemplaba, más la parecia ver en sus ojos la fugitiva sombra de su deseo; y á tal llegó su amorosa ilusion, que creyó que no en sus ojos, sino detrás de ella, sobre las rubias trenzas de sus cabellos, aparecia la imágen de su anhelado, mirándola ansioso, copiado por el espejo, y como si detrás de ella hubiese estado de rodillas. Parecióla asimismo que una mano trémula asia una mano suya que pendia descuidada, y que en ella unos labios ardientes posaban un amoroso beso.

Volvióse estremecida doña Guiomar, y vió que de rodillas estaba junto á ella, no una imágen vana, ni una sombra, sino un hombre, con atavío de soldado, que anhelante la miraba, y que parecia que queria hablar y no podia, aunque harto claro decia lo que sentia el temblor que todo su cuerpo agitaba.

Sobresaltóse doña Guiomar, nubláronsela los ojos, apretósela el corazon, y desfalleció toda al ver que quien tenia á sus piés y oprimiéndola una mano, que ella no tenia fuerzas para retirar, contra sus labios, era el mismo por quien ella la dulce muerte del amor sentia; y así los dos, en un silencio más elocuente que el mejor de los discursos, pasóse algun tiempo, hasta que recobrándose la hermosa indiana y conociendo que por su de-

Digitized by Google

coro debia manifestar extrañeza y enojo por lo que sucedia, desasió su mano de las de su enamorado, y dijo con la voz entera y enojada:

—¿Qué es esto? ¿quién sois? ¿cómo habeis entrado aquí? ¿qué quereis?

—Hermosa señora,—dijo levantándose aquel hombre,—no mi voluntad, sino los no sé si para mí crueles ó propicios hados, son los que, cuando yo pensaba sólo en libertarme de ser preso, aquí me han traido, para que postrado á vuestros piés pueda deciros que vos sois mi vida, sin la cual vivir no puedo, ni quiero; y que si en vos no hallo esperanza á mi pena, alivio á mi enfermedad, alegría á mi tristeza, luz á mis ojos, á mi pecho aliento y gloria á mi deseo, por condenado me doy y sin vislumbre de redencion que me salve.

A lo que doña Guiomar respondió, mirándole no tan ceñuda ya, ceño fingido, que si ella hubiera mostrado lo que sentia en el alma en el semblante, por bien hallado y dichoso hubiérase dado él:

—Cortés sois, bien nacido parecéisme y bien criado; dejadme que me asombre de veros en mi presencia, entrado aquí como un salteador pudiera entrarse, y sin más disculpa que la de la necesidad que habeis tenido de salvaros de ser preso.

—En tal aprieto,—dijo él,—no me hubiera visto si no os viera, si viéndoos no os amara, y por amaros no ansiara deciros mi pena; que yo soy el que,

Digitized by Google

no há mucho, en unos tan desdichados y pobres versos, como mios, os decia mis ánsias; y si vos, señora de mi alma, esos versos habeis oido, oido habreis tambien la riña, que ha sido tal, que cortada la salvacion, obligado me he visto á saltar una tapia, que es sin duda la del jardin de vuestra casa; porque adelantando por ese jardin, y dando en un cenador, y en él en unas escaleras, siguiendo por un corredor, halléme junto á una puerta entreabierta, y os ví, y sin pensar en otra cosa, acerquéme, se me doblaron las rodillas, convidóme vuestra mano de alabastro, y mis hambrientos labios besarla osaron: si lo que os digo no fuese para vos disculpa bastante del que habeis creido atrevimiento mio, volveré á salir de vuestra casa, importándome ya poco de cuanto mal pudiera avenirme, que, por grande que fuese, no seria mayor que la desgracia de haberos enojado.

—No habeis de decir,—replicó la hermosa indiana,—que poniéndoos en peligro el salir ahora de mi casa, de ella os echo; tanto más, cuando por venir, aunque sin licencia mia y áun sin yo conoceros, á darme música, en tal cuidado os habeis puesto; y hagamos aquí punto á la conversacion, y entraos en ese aposento, que yo voy á ver si por acaso ha podido oiros alguno de mis criados, y cuando todos estén recogidos y el peligro que correis haya pasado, podreis iros.

Y yendo á una puerta abrióla, y haciéndole se-

Digitized by Google

ña de que pasase, él pasó á un cuarto oscuro, donde doña Guiomar encerróle tan á tiempo, que ya las fuerzas la faltaban para el fingimiento, y aquejábala el deseo de trocar su severidad en dulzura, su enojo en rendimiento, y su indiferencia en amor.

Valídose habia además doña Guiomar de la industria de encerrar al áun para ella desconocido amante suyo, porque, aunque turbada, acordóse de que en la sala la esperaba aquel familiar de la Inquisicion que poco tiempo hacia la habia asustado, metiéndose de rondon y en son de amenaza en su casa, como si hubiera ido á buscar herejes malditos; y porque habia conocido (siempre las mujeres lo conocen) que de ella el familiar se habia prendado, citóle para saber por qué causa la Inquisicion la habia buscado, y además para acabar de prendarle y volverle loco, con lo cual el disgusto ó el peligro de una nueva visita de la Inquisicion se evitaria.

Fuése, pues, á la sala donde el familiar la esperaba; hallóle inmóvil como una estátua, teniendo en la una mano el sombrero, puesta la otra en los gabilanes de su inútil espada, y grave y triste y compungido; alegráronsele los ojos al menguado cuando á él se acercó doña Guiomar sonriendo, y habiéndose ella ido al estrado y sentádose y héchole seña de que á su lado se sentase, él lo hizo, quedando encogido y encorvado; y luego ella le habló de esta manera:

Digitized by Google

—Agradecida os estoy, señor, con toda mi alma, por la benevolencia con que habeis tornado á que yo os diga lo que no puedo ménos de deciros, y es, que no sé yo por qué causa la Inquisicion, que amo, respeto y venero, ha venido, no á honrar mi casa, sino á traer á ella el juicio engañado de la vecindad, que, sin duda, ha creido que yo no soy tan buena y católica cristiana como tengo la ventura de serlo, y obedientísima hija de nuestra Santa Madre Iglesia.

Comídose habia con los ojos á doña Guiomar, miéntras dijo las anteriores palabras, el señor Ginés de Sepúlveda, y comiéndosela aún, y atragantado por el hechizo de tantas y tan no vistas bellezas como en doña Guiomar se atesoraban, dijo con la voz temblorosa y desfallecida y espantado de sí mismo:

—Deber es del Santo Oficio de la General Inquisicion, contra la herética pravedad, extremar su celo, y tanto más en los calamitosos tiempos en que las naciones más poderosas del mundo amparan la herejía, engañados y perdidos sus monarcas por Satanás; que la Alemania y la Ingalaterra hierven en herejes, y aquí nos vemos obligados á hacer cada auto de fe que espanta, y sin que este saludable rigor sea bastante para purgarnos de la maldita simiente; así es que, señora, como esta casa que vos habeis comprado y habitais tenia duende...

Digitized by Google

Interrumpióle doña Guiomar, y con muestras de sobresalto le dijo:

—¿Duende decís que tenia esta casa?

—Por ello estuvo muchos años deshabitada,—respondió el señor Ginés de Sepúlveda;—y si vos que, por ser forastera, no lo sabíais, no la hubiérades comprado y habitado, sin habitar estaria aún, y seguiria deshabitada por los siglos de los siglos amen.

Creian entonces en los duendes como se creia en los artículos de fe, y por creer en ellos doña Guiomar, imaginósela que, tal vez, no el hombre que amaba en carne y hueso era el que se la habia aparecido en su retrete, sino una apariencia de él, tomada por algun duende maligno; y espantóse y parecióla que detrás de cada tapicería se movia un duende travieso, y que las figuras de los lienzos que las paredes poblaban tomaban extrañas y espantables cataduras, y que de todos los ángulos de la sala surgian trasgos y fantasmas; y como tenia la imaginacion muy viva, porque era andaluza, venida de las Indias, asustóse de tal modo, que al familiar se asió como si hubiera creido que agarrándose á una parte de la Inquisicion, por exígua y mezquina que fuese, á ella no se atreverian duendes, trasgos, ni espectros.

Aconteciόle al señor Ginés de Sepúlveda, cuando las suaves manos de doña Guiomar asieron las suyas y sus ojos se fijaron espantados en sus ojos,

Digitized by Google

que creyó que de él se apoderaba el diablo; espantóse muy mucho más que doña Guiomar, y aturdióse; y sin saber cómo, no encontrando otra cosa de que ampararse, amparóse del mismo peligro que le espantaba; es decir, que se abrazó á doña Guiomar, y de tal manera, que no parecia sino náufrago que, llevado por las furiosas olas, con una tabla se encuentra y á ella se agarra.

¿Quién pudiera decir lo que pasó por ámbos cuando en aquel abrazo, tan súbita é inopinadamente sobrevenido, se encontraron enlazados? Parecióle á doña Guiomar el señor Ginés de Sepúlveda, cuando le vió tan cerca, más feo y pavoroso que todos los duendes y vestiglos habidos y por haber, y rechazóle; y él, cuando hubo sentido las corpóreas bellezas de doña Guiomar, y alentado la ambrosía de su aliento, no defendió ya su alma del demonio, sino que, cayendo en la tentacion y olvidándose de sus votos (que como ya se dijo, aunque seglar, de castidad habia pronunciado), y siendo valiente por la primera vez de su vida, volteándole los ojillos grises, y todo contraido y perturbado, dijo:

—¡Amor!... ¡amor!... ¡yo te reconozco y te adoro! ¡Alma mia, que te pierdes, perdóname, porque te fenezco en otra alma, que ya, sin ser yo poderoso á evitarlo, es el alma mia!

—Pero ¿qué es lo que estais diciendo, hombre,—dijo doña Guiomar,—que me parece que os habeis

Digitized by Google

vuelto loco? ¿De qué alma hablais, que decís que es vuestra alma? Si por ventura el alma que decís es el alma mia, ved que os engañais, que yo no os la doy, ni mi alma puede irse á vos sin que yo lo quiera.

A todo esto, doña Guiomar se habia separado á una buena distancia del familiar, y parecia como que éste empezaba á volver en sí, y á arrepentirse de haberse dejado ir de aquella manera por los para él desconocidos espacios del amor.

Doña Guiomar estaba toda encendida é indignada, y le miraba fosca: como que aún la parecia sentir el apreton de unos brazos que la ceñian, y ver dos ojos que, como los de un lobo hambriento, la miraban.

—Perdonadme, señora,—dijo el familiar,—que yo creo que los duendes de esta casa maldita se han metido en mí, y me han obligado á hacer y decir contra mi voluntad lo que he hecho y dicho; pero ya veis que á la razon vuelvo, que respetuoso os hablo, que humillado perdon os pido; y el que esta influencia infernal que me ha dominado no haya persistido, consiste en que yo llevo conmigo un preservativo contra toda hechicería y maleficio, y esos demonios familiares, que se llaman vulgarmente duendes, han huido lanzados por la virtud de ese bendito preservativo.

—¿Preservativo teneis contra diablos familiares?—dijo doña Guiomar.

Digitized by Google

—Sí, señora,—contestó el señor Ginés de Sepúlveda,—y ese preservativo es la medalla, que con la cruz dominica, que como sabeis es la cruz de la Inquisicion, llevo pendiente de este cordon sobre el pecho.

—De suerte, que si yo llevara pendiente de la garganta esa medalla, libre de duendes estaria,—dijo doña Guiomar.

—Y no sólo vos,—respondió Ginés de Sepúlveda,—sino vuestra casa y las otras casas adonde fuéredes, como todo lugar en que os encontráredes.

—Pues mirad,—dijo doña Guiomar,—si me dais esa milagrosa medalla, os perdono el abrazo que tan sin licencia mia, y tan contra mi voluntad y mi pudor, me habeis dado; que en Dios y en mi ánima, este es el primer abrazo de hombre que he sentido.

—¿Pues qué, no sois vos viuda, señora?—preguntó admirado el familiar.

—Padre fué, que no marido para mí, el buen esposo mio cuya muerte lloro,—respondió tristemente doña Guiomar.

Atragantóse el familiar cuando, por la propia confesion de los rosados labios de doña Guiomar, reconoció en la ya bastantemente preciada persona que le volvia el seso, un atractivo más, que era el de ser doncella, no embargante lo de viuda, que bien puede ser esto, aunque rara vez su-

Digitized by Google

ceda y haya de ponerse muy en duda; pero de tal manera lo habia dicho doña Guiomar, y con tal y tan ruboroso embarazo, que habia que creerlo, y creyólo el señor Ginés de Sepúlveda, y el corazon se le volvió de arriba abajo, y atragantóse, y de tal manera, que se estuvo bien cinco minutos sin decir palabra, y mirando espantado á la hermosa indiana, ni más ni ménos que si en ella hubiera tenido delante esa ave fénix de la que todos hablan y ninguno ha visto; porque en doncella moza puede con no mucha dificultad creerse, pero creer en doncella viuda, era ya cosa récia. Y este espanto del familiar no era por que le pareciese mentirosa doña Guiomar, que él la hubiera creido aunque ella le hubiera dicho que no habia venido al mundo por medio de mujer, sino caida de una estrella; pero espantábale el ver que su castidad iba más y más desmoronándose y deshaciéndose, y que el diablillo del amor con más y más fuerza le abrasaba el alma.

Sabe Dios cuánto tiempo hubiera estado silencioso y como sujeto á un encanto, si ella, repuesta del trabajo que la habia costado aquella su extraña confesion, no le hubiera dicho:

—Sólo hay una manera, señor mio, repito, para que yo os perdone vuestro atrevimiento, y es que siendo, segun decís, esa medalla que pendiente de ese cordon llevais sobre el pecho un preservativo contra los demonios, ya sean ó no sean familiares,

Digitized by Google

y contra toda casta de espíritus foletos y malditos, me la entregueis, para que yo pueda quedar esta noche sin morirme de miedo en mi casa; que mañana será otro dia, y ya buscaré yo vivienda en que acomodarme, donde no haya habido nunca, ni duende, ni trasgo, ni fantasma, ni alma en pena, ni cosa que en mil leguas al otro mundo huela.

—No ya la medalla del Santo Oficio os daria yo, y tenedla, señora mia,—dijo todo amor y todo rendimiento el familiar,—sino el alma, aunque supiera que os la daba para que me la perdiéseis.

—No por Dios,—dijo doña Guiomar, tomando la medalla que el familiar la daba y poniéndosela al cuello,—que no quiero yo que por mí seais idólatra y os condeneis; tanto más, cuanto que yo no podria corresponderos, porque aborrezco el amor, principio y causa de todas las malas aventuras que á la mujer la avienen; y porque es ya tarde y el sueño me pesa en los ojos, y porque veo que la Santa Inquisicion está ya, en vos, convencida de que yo aliento buena y vieja sangre católica, apostólica, romana, sin que haya en ella la más mínima partícula no limpia, ruégoos os vayais, y si quisiéreis volver á verme, lugar habrá en hora no tan incómoda y más conveniente para mi recato.

Levantóse doña Guiomar como manifestando con la accion añadida á la palabra que el familiar seria muy discreto si se iba cuanto ántes, y el po-

Digitized by Google

bre hombre, mirando con ánsia y todo aturdido á doña Guiomar, besóla las manos y fuése, llegando hasta la puerta de espaldas, por no volverlas á doña Guiomar, no se sabe si por verla algun tiempo más, ó por respeto. Inclinóse con gran acatamiento cuando hubo llegado á la mampara, y luego esta se abrió y se cerró, desapareciendo el familiar, con lo cual doña Guiomar se volvió presurosa, y sin miedo á los duendes, por la milagrosa medalla que llevaba al cuello, á su retrete, donde, como se ha dicho, y en un cuarto que á él daba, habia dejado encerrado al su desconocido amante, que la tenia tan sin vida.

Digitized by Google

IV

En que se sabe quién era el incógnito amante de doña Guiomar

Trémula la mano, alborotado el corazon, encendido el bello semblante y turbados los divinos ojos, doña Guiomar abrió la puerta del cuarto, y dijo con la voz tan turbada que apénas si se la oia:

—¡Eh, caballero, salid si os place, yo os lo ruego!

A cuyas palabras sólo respondió el silencio, como si nadie hubiera habido en el cuarto, que ya se ha dicho estaba oscuro como boca de lobo.

Vínosela otra vez á las mientes á la bella viuda, que aquel en quien habia creido ver á la dichosa persona que la enamoraba, no habia sido un hombre, sino un duende, que habia tomado aque-

Digitized by Google

lla apariencia para burlarla y atormentarla, y que, á causa de llevar ella la milagrosa medalla del Santo Oficio, el duende habia huido; pero oyó á punto uno como resuello récio de persona que duerme, que allá de lo hondo del oscuro cuarto salia, cosa que doña Guiomar sintió más que si en efecto su enamorado se hubiese tornado en humo y desaparecido; porque quien de tal y tan sosegada y profunda manera se habia dormido, cuando ella le habia dicho que la esperase, no debia ser muy extremado en amar; que ella sabia muy bien, y á causa de él mismo, que el amor desvela, y tanto más cuanto se está más cerca del objeto amado, y en términos de duda y esperanza.

Llamó al dormido, ya con más fuerza y áun con enojo, la hermosa indiana, y á poco se oyó un bostezo, luego pasos, y al fin apareció el incógnito, con los ojos cargados aún de sueño y con todas las muestras de que en lo mejor de él se le habia interrumpido; y como doña Guiomar cuando le sintió que se acercaba se hubiese ido á un canapé ó escaño que allí habia, y se hubiese sentado, él tomó una silla baja que encontró al paso, y fué á sentarse junto á doña Guiomar, tocando su falda, y de tal manera que no parecia sino que hacia un siglo eran amantes, y con un desenfado tal, que aunque sin dar en la descortesía, parecia mostrar la confianza que él tenia en ser amado, si es que ya no lo era, y con toda el alma;

Digitized by Google

mirábala él con codicia, aunque sin irreverencia, y ella le contemplaba asombrada por lo que en él veia, que harto claro se mostraba en sus ojos; y ni el uno ni el otro decian una palabra, y ella se turbaba más y más, y más y más se la encendia el enojado tal vez, y tal vez amoroso semblante, y él lo conocia y tal lo mostraba, que más y más ruborosa se mostraba ella, y más y más confusa.

Díjole ella, en fin, que era muy extraña cosa que un hombre que, como él, de tal manera se habia entrado en su casa amparándose de la justicia, y que decia que por ella se habia puesto en tal trabajo, y que la habia dado música, y tan amorosos y encendidos versos la habia cantado, viniese á dormirse como si ningun cuidado le inquietase y como hubiera podido dormirse en su casa: á lo que él respondió mirándola amorosísimamente, que tantas noches habia pasado en vela atormentado por sus amores, y tan desesperado y triste, que no habia que admirarse de que, cuando al fin lucia para su amor el sol de la esperanza, descansado hubiese en alguna manera de su trabajo.

—¿Y quién os ha dicho,—exclamó ella,—que yo os amo, ni en amaros piense, ni para vos me haya criado, ni al cabo la dureza mia para el amor, por vos se haya deshecho?

—Dícenmelo,—respondió él,—vuestros divinos ojos, que en vano de mí se apartan para no verme, porque con más aficion y más encendidos rayos de

Digitized by Google

amor, ¿qué digo? de gloria, á mirarme tornan; dícemelo vuestro hermoso seno, que los amantes latidos de vuestro corazon mueven; dícemelo vuestra voz enamorada, que en vano pretende remedar al enojo; dícemelo, en fin, mi deseo, señora mia, porque si vos no me amárais, tormento insoportable seria para mí la desesperada memoria de vuestra adorada imágen, muerte mi vida, infierno mi esperanza.

—Paso, paso, señor mio,—exclamó la enamorada indiana, queriendo en vano que no saliese á su boca en una sonrisa de contento su alma, y á sus ojos en un volcan;—que si seguís así, creeré que mentís, que no puede llegarse á un tal rendimiento de amor tan de súbito y por una mujer apénas vista, y por la primera vez de amores requerida; y luego, que yo tengo para mí, aunque puede ser que me engañe, porque yo de amores no entiendo, ni he querido entender nunca, que el amor para ser sublimado há menester de todo punto ser correspondido.

—Mucho pudiera yo decir sobre esto,—repuso él;—pero aquéjame haceros una pregunta sobre lo que acabais de decir, de que no entendeis de amores, ni entender de ellos habeis querido nunca.

—¿Pues no decíais vos en vuestro soneto,—repuso ella,—que vuestra alma habia sido hasta ahora hielo para el amor? ¿por qué, pues, os maravilla

Digitized by Google

que hielo haya sido hasta ahora, y que aún lo sea para el fuego amoroso, el corazon mio?

—Casada fuísteis, señora,—dijo con tristeza el galan,—y para amargura mia, que las venturas concedidas á otro, aunque pasadas y lícitas, y áun santificadas por el matrimonio, dardos son de celos y ponzoña de despecho, para el que bien ama y ser quisiera el único en el amor de la que adora.

—En hondos discursos os meteis, y no sé qué os diga, ni qué deje de deciros,—contestó doña Guiomar, bajando los ojos y poniéndose muy más colorada que otras veces;—y tanto más, cuanto que no sé á quién hablo.

—De buenos y honrados padres vengo, señora,—respondió él;—hidalgo soy; Alcalá es mi patria; cursé en las áulas de su famosa universidad; tirómé la aficion á las armas, y muy más el amor á las letras; soldado soy, y á poeta aspiro por mi desgracia, porque la poesía es sueño que devora el alma y la finge lo que no existe, y en los espacios imaginarios la pierde: Miguel de Cervántes Saavedra me llamo, y vuestro esclavo soy.

—¿Miguel de Cervántes Saavedra sois vos?—exclamó con encarecimiento doña Guiomar;—pues por ahí andan en unos papeles impresos los versos que se recitan en casa de Arquijo por todos los buenos ingenios de Sevilla, y entre ellos haylos, y no de los peores, que segun el papel, han sido compuestos por vos.

Digitized by Google

—Si yo hubiera podido creer,—dijo Cervántes,—que los pobres versos mios habian de llegar á tan hermosas manos, puede ser bien que el deseo de contentaros hubiera sido inspiracion que los hiciese dignos de Pindaro; ¿pero qué poesía quereis que haya sin amor, y cuando sólo se escribe para ejercitar el ingenio?

—¿Y sin amor vivíais cuando esos versos compusísteis? pues ó no me amais como decís, ó me amais desde muy poco tiempo, que há ocho dias se vendia el papel nuevo, y versos vuestros habia en él.

—Desde que perdí el corazon en el cielo de vuestras perfecciones, señora,—dijo Cervántes,—de tal manera he ansiado, tanto he dudado, tan grande la desdicha de mi amor he creido, que no he tenido alma ni vida más que para ansiar y temer, y buscaros y entreveros, apareciendo con el alba, tornándoos á vuestra casa á punto que el sol salia, ménos que vos hermoso; y todo era en mí sobresalto y congoja, y afan y miedo; que ante vos no queria mostrarme, por no ver el desden en vuestros ojos, hasta que no pudiendo más, y desesperado y loco, á daros música vine, y á deciros ese triste soneto, que en su poco valer bien muestra que las musas están enojadas conmigo, al verse por vos, á causa del grande amor que os tengo, por mí desdeñadas y olvidadas; bien que sí vos, como me lo hace creer el deseo, me amais,

Digitized by Google

¿qué vale el laurel de Apolo comparado con la gloria de teneros mia?

Responder quiso doña Guiomar, pero desfalleció la voz en su garganta; sus ojos se posaron, exhalando un dulce fuego, en el venturoso amante; suspiró luego tan hondamente como si el suspiro hubiera salido de lo recóndito de sus entrañas, y dijo:

—Pues que Miguel de Cervántes sois, y antes de conoceros yo habia conocido en vuestros versos vuestra alma, y estimádola habia por ellos, quiero contaros mi historia, y por ella vereis claramente cómo, habiendo sido casada y con buen marido, amor no conocí, ni conozco, como no sea amor esto que me tiene hablando con vos y á deshora en mi aposento; que para ampararos en el aprieto en que os veis, no era menester que yo os hiciese compañía; y amor debe ser este, porque habeis de saber que no sabia yo que hubiese cosa que vencer pudiese la fuerza de mi recato, y á él falto hablando con vos á solas, y á tal hora; y si esto no es amor, no sé lo que ello sea; amor es, ¿quién lo duda, cuando ocultarlo no puedo, y si os lo niego más os lo afirmo, y vencida y enamorada os lo confieso? Pero si creeis que ese amor mio ha de ser parte para que yo me olvide de mi honra, á la menor señal que en mi desdoro hagais, morirá mi amor para que ocupe su lugar el menosprecio.

A lo cual contestó él con esta cuarteta, que se

Digitized by Google

salió sola y sin licencia suya de su enamorado pensamiento:

Amores que son del alma
hacen callar los sentidos;
que en verse correspondidos
alcanzan su mejor palma.

—Así os quiero, señor mio,—contestó ella,—y por que veais cuánto en vos confio y cuánta es la estimacion en que os tengo, para que sepais bien quién soy, os voy á contar mi historia; eso si no es que os aqueje el sueño, que si tal fuese, mi doncella Florela, que es discreta, os llevaria á un aposento donde pudiérais reposar seguro.

—¡Ah! no me castigueis,—dijo él,—por aquel impertinente sueño mio en que me encontrásteis; y empezad, mi dulce señora, que con vida y alma os escucho.

Quedóse ella por algun tiempo pensativa y como dudando, y luego empezó de esta manera.

Digitized by Google

V

En que doña Guiomar comienza á contar su historia á Miguel de Cervántes

—No puede llamarse con verdad desdichada la criatura que no lo fué desde su nacimiento, y áun en el seno yo de mi madre, para mí empezó la desdicha. Nací en esta hermosa ciudad de Sevilla, y en su calle que llaman del Hombre de Piedra, y con tan dura fortuna, que el instante del primer aliento mio, fué el del postrero de mi padre. Matáronle cuando nací yo, y á las puertas de nuestra casa, siendo su muerte la más rara tragedia que se vió en los pasados tiempos, ni se verá en los venideros.

Era mi padre viejo, pero alentado y tan entero, que su vejez parecia primavera bajo nieve, ó invierno que bajo su hielo tenia galas de prima-

Digitized by Google

vera. Natural de Méjico era mi padre, y rico, y á Sevilla vino con unas galeras de rey, de las que era general.

Acudió el gentío á la Torre del Oro á ver la flota, y entre las damas que estaban en los estrados que para ellas se habian puesto junto á la orilla, asistia mi madre, que era una hermosa doncella de veinte años, y tan desamorada y esquiva, que no parecia sino que el amor no alentaba para ella, segun que era de desabrida con todos los que se rendian á los encantos de su hermosura. Si la hubiera contentado el cláustro, hubiérase entendido que el santo amor de Dios no dejaba en su corazon lugar para el amor al hombre; pero tampoco era esto, porque una tia monja que tenia en las del Espíritu-Santo quiso llevársela consigo, á lo que ella no se acomodó, diciendo que Dios no la habia hecho para que la sofocasen tocas ni monjiles, ni para enojarse entre cuatro paredes.

Pluguiera á Dios que mi madre hubiera tenido vocacion de monja, que así yo no naciera, ni pasaran por mi familia desdichas que parecen una maldicion que alcanza á la desventurada vida mia.

Limpióse doña Guiomar con un pañizuelo los líquidos diamantes que por la amargura de sus tristes memorias de sus hermosos ojos se desprendian, por lo cual Miguel de Cervántes la dijo:

—Enjugáraos yo, hermosa señora mia, esas lágrimas que por vuestras alabastrinas mejillas

Digitized by Google

corren, con mis labios, si tan bienaventurado fuera que ya me llamara vuestro esposo; y tal procuraria que fuese para vos mi amor, que no lágrimas de amargura, sino de contento del alma enamorada vertiéseis, si es que mi amor podia enamoraros, cosa en la que no espero, porque si la esperara, ya en la sola esperanza encontraria la ventura milagrosa de este amor que por vos me abrasa las entrañas, y es mi vida en mi muerte y mi contento en mi tristeza.

—No hay para qué repetirme que me amais,—dijo doña Guiomar,—sino es que creeis que soy desmemoriada; que ya me lo habeis dicho, y yo, escuchándooslo y continuando en oiros, os he dicho claramente que os amo; que si no os amara, la primera palabra de vuestro amor hubiera sido la última; y eso de enjugarme las lágrimas con vuestros labios callarlo debísteis, que hay tales cosas que cuando no se pueden hacer no deben decirse; y pase esto por alto, que á galantería sin intencion quiero achacarlo, y no á otra cosa; y sin más de esto, y esperando que á mi lado seais tal y tan hidalgo como me lo pareceis, con la relacion de mi historia continúo, que ya que me amais, segun decís, quiero que sepais quién es la desventurada mujer que ha alcanzado no sé si la desdicha ó la fortuna de enamoraros. Decia yo, que á la llegada de las galeras de que era general mi padre, y entre las damas y caballeros que á su llegada habian

Digitized by Google

acudido y ocupaban los estrados en la orilla dispuestos, estaba mi madre, sin más compañía que la de dos tias, viudas y ya ancianas, que eran los únicos parientes que la quedaban, y tan hermosa, que unos versos que un enamorado suyo, poeta tan desdeñado como los otros que no eran favorecidos de las musas, la compuso, decian:

Porque copien un instante
los encantos que atesoras,
sus puras linfas sonoras
impulsa Bétis amante;
y las ondas, al pasar,
murmuran en su tristeza,
recordando la belleza
que ya no pueden copiar.

—No me parecen mal esos versos,—dijo Miguel de Cervántes;—madrigal son, ó más bien, madrigal doble; poeta era quien los compuso, y no de los peores, y por mios los tomara, ántes con satisfaccion que empacho de ellos; pero decidme, señora: ¿cómo es que vos habeis premiado esos versos guardándolos en vuestra memoria? ¿quién os los recitó, ó quién os dió el papel en que estaban escritos?

—Hallóse ese papel entre los de mi madre cuando murió, y á mí con su herencia llegaron esos desdichados versos, que yo no puedo recitar sin que se me llenen de lágrimas los ojos; que

Digitized by Google

si el que esos versos compuso no hubiera nacido ó no viviera, ni muriera mi padre, ni mi madre fuera desventurada, ni yo tendria un cruel enemigo de mi reposo.

—Lo que acabais de decir, señora, aguija el ya grande interés con que vuestra historia escucho,—dijo Miguel de Cervántes;—pues ¿cómo, señora, si vuestra madre era tan ingrata y desconocida para el amor, versos tenia, para ella compuestos por un amador desdeñado, ni cómo este, sin ventura, pudo ser una desventura para vuestra madre entónces, y ser hoy para vos un crudo enemigo? Decidme su nombre, que si él hizo desdichada á vuestra madre, no lo sereis vos por él, ó faltaráme por la primera vez la fortuna en un empeño.

—Decíroslo quiero,—respondió doña Guiomar,—porque bastante habeis hecho con darme música para que él viva atento hasta averiguar quién el de la música haya sido, y buscarle riña; conque así, ved si una dama que tan á su despecho tiene un enamorado ó empeñado que tan celoso la guarda, aunque tan sin razon ni derecho para ello, os conviene por lo que pueda costaros.

—No digo yo,—respondió Miguel de Cervántes,—por el temor de un viejo, que tal debe serlo quien, teniendo vos veintidos años, pretendió á vuestra madre ántes que vos naciérais, sino por el de todos los trasgos, jigantes, enanos y vestiglos

Digitized by Google

de los libros de caballería, y áun por el de los doce de la Tabla Redonda que vinieran á reñiros con toda la cohorte de magos y de encantadores que en los tales libros se nombran, dejara yo de venir á daros música y á hablar con vos, si era que vos me concedíais esta merced venturosa.

—Hombre de años es ya, pero no viejo,—respondió doña Guiomar,—que aún no pasa de los cuarenta y cinco, y es uno de los capitanes más temidos y más respetados de los ejércitos de su majestad; lo que, y sus otras buenas cualidades, no es parte para que yo deje de aborrecerle y desee venganza contra él, y de tal manera, que si al fin ese amor que vos decís tenerme, y al que yo os digo correspondo cuanto corresponder puedo, llegase á sus buenos términos, yo no me desposaria con vos, si ántes no me habíais vengado y libertado de ese hombre; que para que vos podais estimarle en lo que vale, sabed se llama don Baltasar de Peralta, que ya por su buen ingenio, como por su valor, su nobleza y su hacienda, es en Sevilla de todos conocido y estimado.

—Conózcole, y más de lo que podais figuraros, señora,—dijo Miguel de Cervántes un tanto sorprendido;—sé quién es, y lo que puede y lo que vale, y cuánta es su nobleza y cuánto su ingenio; y estimádole hubiera en mucho más, si no llevara peluca; que el quedarse, cuando la mucha edad no lo disculpa, con la cabeza rasa y sin un pelo, co-

Digitized by Google

mo bala de bombarda, paréceme á mí que es á efecto de malas cabilaciones y picardías; de lo que resulta, que yo no me fio de un calvo, ni con buena voluntad le miro; y á mayor abundamiento, llenádome habeis las medidas con decirme que de él ansiais venganza, que como un cruel enemigo os persigue, y que no seríais mi esposa si ántes de sus persecuciones no os libertaba.

—Decís bien,—exclamó doña Guiomar,—en lo de vuestra enemiga contra los calvos, que yo tengo para mí, que, como decís vos, la gran parte de las veces lo que la calvicie causa es el fuego de los malos y perversos pensamientos que en la cabeza arden, y queman la raiz de los cabellos y los mata.

—No decia yo eso,—respondió Cervántes;—que San Pedro es calvo, y áun se me antoja haber visto en alguna parte que lo fué desde mozo; pero á mí, no sé por qué, los calvos me enojan, como me enojan otras muchas cosas que no enojan á nadie, y cuando una cosa me enoja, sobre ella me voy sin reparar en inconvenientes, y salga por donde saliere. Y, vive Dios, señora, que contento estoy, porque, al fin, de lo que habeis dicho aparece que yo puedo contentaros en algo, y ponerme en ocasion de que sepais que para vos tengo yo toda la sangre que late en este corazon que os adora.

Miró tiernísimamente doña Guiomar á su enamorado, que al decir sus últimas palabras osó be-

Digitized by Google

sarla las manos, por lo cual no se ofendió ella, aunque las recogió, y dijo:

—Tornando á lo que me dijísteis sobre si mi madre podia tener versos de un amador desdeñado, os diré, que si mi madre no era fácil para el amor, éralo, ¿y qué mujer no lo es? para la vanidad; y que aunque volvió á don Baltasar los versos que os he recitado y otros muchos, no fué sin guardarlos trasladados; lo que era causa de que don Baltasar, que veia, que si bien se le devolvian sus versos, eran leidos, como lo demostraba el ir abiertos los papeles en que se contenian, alentase esperanzas, y siguiese á mi madre á cuantas partes iba, y la diera música, y la rondase eternamente la calle, que de ella no se apartaba sino para comer de prisa y dormir breves horas.

Aconteció que cuando las galeras de rey llegaron, y desembarcó de la capitana mi padre, y subió al estrado en que mi madre con otras damas y caballeros estaba, no léjos de mi madre estaba don Baltasar, que era poco ménos que su sombra; de modo que pudo ver mejor que lo que hubiera querido, que cuando mi padre vió á mi madre se inmutó todo, y que mi madre dejó ver el carmin de su sangre en sus mejillas, y sus ojos, ántes para todos tan impíos, no pudieron ocultar el fuego del amor que de improviso, á traicion, y sin que ella pudiera prevenirse, la habia abrasado el alma.

Preguntó mi padre á algunos caballeros cono-

Digitized by Google

cidos suyos que allí estaban, quién mi madre fuese, y destos principios vinieron á resultar muy pronto los fines de un casamiento y de una union dichosa; pero turbada á poco por la órden que recibió mi padre, áun ántes de los quince dias de sus bodas, para partir con las galeras á Nápoles. Bien queria acompañarle mi madre; pero mi padre no quiso confiar á las instables ondas el tesoro de su ventura. Quedóse, pues, mi madre casada y enamorada, y si no con el dolor de viuda, con las angustias de ausente; que las mujeres que bien aman, aunque yo de amores no entienda, tengo para mí que han de recelar y temer por todas partes una mudanza ó un peligro que les roben su esposo, y á verle no vuelvan.

Pasaba el tiempo, y mi padre no volvia.

Teníale el rey empleado en sus galeras, y aunque menudeaban las cartas cuanto era posible, del afan de una carta esperada pasaba mi madre al del recibo de otra, y tanto más, que estaba en cinta de mí, y el tiempo pasaba, y temia mi madre que mi vida fuese para ella la muerte, y muriese sin volver á ver á su esposo.

¡Ay, señor mio,—dijo en llegando á este lugar doña Guiomar, y soltando con estas palabras un profundísimo suspiro,—que vamos acercándonos al triste suceso de la más nueva desventura que ingenio humano haya podido inventar para suspender el ánimo de sus lectores, con los no pensados y

Digitized by Google

peregrinos casos de una novela! ¡Oh traiciones no adivinadas, oh desdichas no temidas, oh no merecidas tragedias!

Habeis de saber, señor mio, que mi madre, como esposa amante y mujer honrada, desde el punto en que mi padre partió hizo de su casa clausura, y de ella no salió ni para misa, que en un oratorio se la decian, ni recibió á amigos, ni áun en sus miradores dejóse ver por acaso.

Ya en esta clausura, muriéronse la una tras la otra sus dos ancianas tias, y quedóse mi madre sola con sus criados, que pluguiera á Dios no los hubiera tenido, ó por lo ménos á una traidora Lisarda, que fué la causa con sus liviandades, de lo que nunca recuerdo sin que de la congoja de mi corazon den muestra las lágrimas que salen por mis ojos.

Suspenso estaba nuestro Miguel oyendo á su acongojada amante, que en sus hermosos ojos dejaba ver el llanto que á ellos asomaba, como ansioso de correr por aquellas mejillas émulas de la rosa y vencedoras de la azucena; y en tanto la estrechaba las manos entre las suyas, sin que ella pareciese sentirlo, embebecida en la historia de su madre, que era el principio de sus desdichas.

Reposaba la mirada de doña Guiomar en la de Miguel de Cervántes, y la mirada de éste en la de ella, y no parecia sino que en aquellas dos mira-

Digitized by Google

das sus almas se mezclaban y se confundian para no ser más que una sola alma.

Dejó al fin ella salir de su pecho, ó más bien de su pecho se escapó, otro profundísimo suspiro, y continuó su relacion de esta manera:

—Hasta tal punto se parecia Lisarda en las proporciones de la figura y en los movimientos á mi madre, que viéndola por detrás, sólo por la diferencia del traje podia distinguirse á la criada de la señora.

Era además Lisarda muy hermosa y muy jóven, y á estas prendas de la persona, realzadas por la lozanía de su edad temprana, juntaba una grande honestidad y la buena y cristiana crianza que la habian dado sus padres, humildes, pero honrados; amábala por estas sus buenas prendas mi madre, y por ser ella tan de su gusto, complacíala se le pareciese en la estatura y en la corpulencia, y en aquella su gallarda manera de andar y de accionar; cosas todas estas últimas que mi madre hubiera aborrecido, si hubiera adivinado las cosas que sobrevinieron, y que ya vos, señor Miguel de Cervántes, debeis haber vislumbrado con vuestro claro ingenio.

Y fué que don Baltasar de Peralta, no porque mi madre se hubiese casado habia matado, ó por lo ménos sujetado á los preceptos de la virtud, de la religion y de la honra, que en sí son unos mismos, aquel su amor tirano y voluntarioso que

Digitized by Google

á mi madre habia tenido y tenia, sino que muy contrariamente, dejó á la rábia y á los celos, sin intentar siquiera combatir con ellos, que este amor aumentasen; no dejaba la ida por la venida á la calle del Hombre de Piedra, y pasaba en ella, oculto por una esquina, ó embebido en el hueco de una puerta, luengas horas, particularmente de noche, ansiando ver á aquella que era la agonía de su vida, la desesperacion de su alma y el sujeto de todos sus pensamientos.

Aumentaba el fuego de su amor y la rábia de su desdicha, con no ver asomarse jamás mi madre á sus miradores, con el de no salir nunca de casa ni áun á misa, y con no dar más muestras de estar viva que si hubiera estado encerrada en una tumba.

Respetando estuvo muchos dias don Baltasar el decoro de mi madre, no atreviéndose á escribirla, ni áun á darla música; pero al fin pudo más en él la desesperacion que el miramiento, y una noche llenó de músicos la calle, y sus concertadas voces y sus bien tañidos instrumentos, estuvieron dulcemente divirtiendo á los vecinos, sin que mi madre de ello se apercibiese, porque habitaba un aposento allá en lo interior de la casa, que era muy grande, y al que no podia llegar la música.

Pero la oyeron algunas criadas, que avisaron á Lisarda, que en un cuarto próximo al de mi ma-

Digitized by Google

dre dormia, y todas se fueron á ponerse en los miradores á gozar de la regalada música.

Habian dado en la imprudencia de llevar luz á la habitacion, y en las vidrieras del mirador se pintaba, junto al de las otras doncellas, el bulto de Lisarda, que por ser tan semejante en el aire y en la forma de la persona á mi madre, como ya os he dicho, don Baltasar creyó, y creyéronlo los amigos que le acompañaban, que no era doncella que á mi madre en el bulto se parecia, sino que era mi madre misma la que, acompañada de sus doncellas, en el mirador estaba oyendo la música.

Esto fué bastante para que don Baltasar ardiese en esperanzas, alentase ilusiones, diese cuerpo á las soñadas venturas de su deseo, y se creyese ya en posesion de un tesoro que no podia ser suyo, sino á costa de la vergüenza, de la traicion, del perjurio y de la infamia de mi madre.

¡Pero á qué locuras no lleva la sombra de una esperanza á un enamorado! Don Baltasar encontró llano lo que habia creïdo insuperable, fácil lo imposible, próximo lo que nunca podia llegar, trocado en ventura lo que ántes sólo habia sido para él angustias y desvelos, y desesperacion y lágrimas, que á tanto puede llegar un error creido verdad por el deseo. ¿Pues cómo á ese cruel enemigo de mi madre y mio, no se le representó que una señora tan de tal nobleza y tal y tan grande crianza como lo era mi madre, no podia dar en la

Digitized by Google

liviandad de asistir á una música que un mal respetador de su honra la daba, en sus miradores, y dejándose ver, y áun no sola, sino acompañada de sus doncellas, como para hacerlas testigos de su desvergüenza? Fué así, sin embargo, y bastante nécio don Baltasar para creer en tales increibles disparates; y alentado por este error suyo, y creyéndose amado, ó, cuando no, en camino de serlo, arrojóse al otro dia á sobornar y corromper á uno de los criados, y á fuerza de dádivas y promesas consiguió que aquel mal servidor consintiese en tomar una carta que le dió para su señora; carta que fué á dar por desdicha en las manos de Lisarda, que no se la dió á mi madre, que si se la diera, en aquel punto hubiera terminado la historia.

Tomó para sí Lisarda la carta, y se la acreció la aficion que ya tenia en su alma por don Baltasar desde que le habia oido cantar amorosísimamente versos que todo eran flores, estrellas, cielos, suspiros, desvelos, congojas y volcanes; y leyendo en la carta, que con mil encendidas palabras de amor don Baltasar agradecia á mi madre el que hubiese salido á los miradores á oir la música, cayó en la cuenta del error en que don Baltasar habia dado trastrocándola con su señora, y el diablo la puso en la tentacion de contestar manteniendo el engaño, que en un punto la aficion que por don Baltasar se la habia entrado en el alma

Digitized by Google

la hizo perder la timidez de su honestidad, y dió lecciones á su inexperiencia (que el amor es un gran maestro de atrevimientos desdichados), para responder de tal manera á don Baltasar, que éste creyó que no otra que mi madre era la que á su carta respondia, y con esto su amor dió ya en los últimos increibles disparates de la locura; de modo que si llena de ternezas y encarecimientos estaba la primera carta que Lisarda habia leido, la segunda acabó con los últimos restos de su virtud, apénas combatida cuando rendida, y se determinó á la más negra de las traiciones que pueden, no digo ya cometerse, pero ni áun pensarse.

Contestó Lisarda á aquella segunda carta, siempre con el nombre de mi madre, suplicando á don Baltasar no la diese más músicas, que escandalizarian sin duda alguna á la vecindad, y que era mejor, por lo que á su recato convenia, fuese á hablar con ella, ya muy vencida la noche, por una reja oscura, escondida bajo unos soportales que á una callejuela excusada daban.

Vió con esto el cielo abierto don Baltasar, y avanzando viento en popa por el dulce mar de su amor y de su deseo la nave de sus esperanzas, acudió á la siguiente noche á la reja, donde acabó de perderse en su error, y de perder á mi madre, la inocente, que un tal engaño y una tal traicion habia de pagar tan caros; y no pasando mucho tiempo, porque la infame Lisarda, oyendo

Digitized by Google

con demasiada facilidad y ansioso deseo los consejos de su lascivia, no tardó en franquear un postigo, que por un zaguan á una oscura sala baja daba, al enamorado don Baltasar.

Temia Lisarda que si él la conocia, en aquel punto se acabasen sus amores, y por esto recibíale siempre á oscuras y á pretexto de vergüenza impedíale la reconociese, y el engaño duraba, y la honra de mi madre andaba ya por calles y plazas; porque don Baltasar dijo primero el secreto de su dicha á un su amigo, encareciéndole lo guardase, y este otro lo dijo tambien muy en secreto á otro muy su amigo, y así, de amigo en amigo y encargándose el secreto todos, todo el mundo vino á creer en lo que no era más que un tejido de infames mentiras, en las que, sin embargo, se creia á causa de las apariencias; porque algunos que habian dudado, siguieron á don Baltasar, yo no sé si por un honrado celo de la honra de mi madre, ó si por celos de la dicha de don Baltasar; y vieron, en efecto, que éste entraba en casa de mi madre por un postigo á trasmano, muy después de la media noche, y que no salia sino muy poco ántes de la alborada.

Sucedió, al fin, que, por desdicha, estas cosas que de mi madre se decian, llegaron á oidos de un pariente de mi padre, que tenia un oficio de alcalde en Sevilla; y digo por desdicha, pues cuando este pariente nuestro supo lo que de mi madre se

Digitized by Google

contaba, ya mi madre estaba próxima á su alumbramiento, que cuando hubiera sobrevenido se hubiera sabido por la solemnidad de mi bautizo, que no podia ménos de ser solemne, siendo yo hija de un general de las galeras del rey; don Baltasar hubiera caido de su engaño, y no hubiera podido ménos de reconocer que la liviana que desde hacia poco tiempo le concedia sus favores, no era mi madre ni podia serlo, lo cual le hubiera movido tal vez á restaurar á mi madre en su honra.

No lo quiso así Diós; porque nuestro pariente, cuando supo lo que de mi madre se decia, siguió una y otra noche á don Baltasar, y las dos le vió entrar por un postigo de mi casa ya bien adelante la media noche, y no salir sino á la proximidad del dia.

Dió con esto por cierto lo que se decia de mi madre, y no queriendo quitar á mi padre el propio desagravio de su honra, escribióle, y de tal manera, que mi padre, sin pedir la licencia al rey para dejar la conducta de las galeras con las cuales estaba en las costas de Nápoles, tomó postas para España, y se vino por tierra, temeroso de que la instable mar le dilatase el triste y horrendo logro de la venganza de su honra, que debia ser para él la muerte del dolor y de la pesadumbre de la infamia.

Llegó mi padre á los pocos dias y reventando

Digitized by Google

caballos á Sevilla, una noche, ántes de que se cerrasen las puertas, y encubriéndose con las sombras, fué á esconderse casa de su pariente, de quien miéntras llegaba la hora de ir á vengar su honra, oyó la triste relacion de su desdicha, y como al acabarse esta tocasen á maitines unas monjas que en la vecindad habia, y fuese ya la hora, ambos, mi padre y su pariente, bien embozados y apercibidos, fueron á adelantar á don Baltasar, que nunca iba sino muy pasada la media noche.

Antes de que él llegase llegaron, y ocultáronse en un soportal, amparados de la oscuridad, y allí esperaron con el oido en el silencio y las convulsas manos en las espadas.

No hay que pensar por esto que se prevenian á ser dos contra uno, que ni para el castigo de un infame agravio puede el honrado valerse de ventajas contra su enemigo, sino que á don Baltasar acompañaba un criado que se quedaba fuera, y necesario era prevenirse contra este hombre, que podria muy bien ayudar á su amo.

Pasó así largo tiempo, y de tal manera, que mi padre y su pariente creyeron que por aquella noche se les escapaba la venganza.

La tardanza de don Baltasar era porque él no entraba nunca en la callejuela donde estaban los soportales y el postigo, sino después de haber visto el resplandor de una luz, desde la calle del Hom-

Digitized by Google

bre de Piedra, en los vidrios de una ventana de la parte principal de la casa, cuya seña hacia Lisarda para que él supiese que podia ir sin cuidado; y aquella noche Lisarda no habia hecho la seña á la hora de costumbre, porque en aquella hora estaba yo viniendo al mundo, y ella estaba junto á mi madre.

En este punto se detuvo la hermosa indiana, y dijo á Miguel de Cervántes:

—Perdonadme, señor mio, si aquí suspendo la relacion de las desdichas de mi familia, que con mis propias desdichas se han continuado, que el corazon me va doliendo, más de lo que resistir al dolor puedo, al recordarlas, y harto tiempo tenemos para que yo dé fin y remate al cuento de mis desventuras; y porque estoy más de lo que puedo sufrirlo fatigada, y de todo punto me es necesario el reposo, yo os ruego me deis licencia para llamar á mi doncella Florela, á fin de que os lleve adonde podais acabar de pasar la noche seguro, que mañana sabremos lo que haya de vuestro negocio, y si estais en peligro ó no lo estais, y lo que en todo caso haya necesidad de hacer.

Conocia Cervántes que á poco que él hiciese, doña Guiomar no llamaria á su doncella; ántes bien dejaria con mucha voluntad venir el dia, entretenida con él en blanda y amorosa plática; no lo hizo, empero, porque para primera vista ya habia alcanzado más favores que los que él se habia atrevido á

Digitized by Google

desear; que tal era la grandeza del enamoramiento en que por aquella hermosísima señora suya se encontraba, que á sueño y fingimiento de su deseo tenia el encontrarse á solas con ella y á sus piés, y asiéndola las manos, y gozando de la luz de sus ojos, que no encubrian el contento del alma, y encantado con la dulzura de su voz, que de ángel, más que de mujer le parecia.

Así pues, vino en lo que doña Guiomar queria sin quererlo, más por miramiento á su recato que por voluntad, y habiendo ella llamado á Florela, él se fué con ella, dejando á doña Guiomar confusa y sobresaltada con aquella aventura, que tan sin esperarlo ella la habia llevado la ventura de sus amores, ó tal vez el principio de otras más grandes y más dolorosas desventuras.

Digitized by Google

VI

En que se contiene una carta de Cervántes para doña Guiomar, y se sabe á lo que Florela se aventuró por servir á su señora

No dice la historia si los amantes descansaron lo que quedaba de noche, que no era mucho por ser verano, pero sí que cuando al alba fué Florela á despertar á su señora como de costumbre para que fuese á misa, encontróla ya vestida, señal de que el lecho se la habia hecho enojoso, y tan hermosa con las suaves ojeras y con la melancolía que mostraba su semblante, que deidad más que mujer parecia.

Preguntó con desmayada y dulce voz á su doncella si habia visto señales, al pasar por el aposento del escondido, de que éste hubiese despertado; y Florela no supo qué decir, sino que debia de dormir el buen soldado, porque cuando élla pasaba por la puerta del aposento, adonde pocas horas ántes le habia conducido, escuchado habia

Digitized by Google

un cierto ruido, que si no se parecia al roncar de una persona que está en siete sueños, no sabia ella á lo que se parecia.

Suspiró la bella indiana, porque se la representó que aquella tranquilidad de sueño no convenia, como ella hubiese querido, con las congojas y con la inquietud, de ella no conocidas hasta entonces, que de sus ojos habian ahuyentado el sueño; y acordándose de que le habia encontrado dormido ántes, cuando fué á sacarle del cuarto en que le habia encerrado para ir á hablar con el familiar del Santo Oficio, se la apretó el corazon, y sobresaltóse su vanidad, y fué necesario que se acordase de las amorosas razones y de las encendidas miradas de su amado, para que en alguna manera se la endulzase el amargor que en su alma habia sentido.

Mandó á Florela hiciese salir á algun criado á inquirir si en la calle habia alguna novedad, ó persona apostada ó en espera que á corchete ó alguacil ó cosa de justicia se pareciese, y cuando supo que el barrio estaba tranquilo y que en diez calles á la redonda no habia ni áun olor de gente de justicia, alegróse, ó más bien, aunque ella quiso no conocerlo y se engañó á sí misma, contristóse, porque mejor hubiera querido tener una excusa para que de su casa no saliese Miguel de Cervántes por aquel dia.

—Ahora bien, Florela amiga,—dijo á su donce

Digitized by Google

lla;—yo te ruego guardes el secreto de lo que sabes, ya que sabes bien que yo no he buscado la ocasion en que me he visto, y por estar tú allí detrás de las cortinas, como yo te mandé, á solas no he estado con ese hidalgo, y bien has podido oir lo que hemos hablado.

—Eso no, señora,—contestó Florela,—porque sin ser yo poderosa á evitarlo, por más que procuré resistirlo, cogióme el sueño, y de tal manera, que bien puedo jurar que ni áun entre sueños he oido nada.

—¡Válgate Dios por sueño, Florela!—exclamó doña Guiomar toda encendida y confusa, por las imaginaciones en que á causa de su sueño podia dar su criada;—¿y para qué habia yo de haberte mandado que detrás de las cortinas te sentaras, sino para que fueras testimonio á tí misma de lo honesto de mi conversacion con ese hidalgo? Anda, anda, Florela, y díle que ya puede salir sin temor, y sácale tú misma por el postigo del huerto ántes de que venga el dia más claro, y que Dios le ayude, y á El plegue que no vuelva, que estoy sintiendo barruntos de que no le he conocido sino para mi desdicha.

Volvió á poco Florela toda sobresaltada, diciendo:

—¡Ay, señora, que ese hombre no parece, ni han quedado de él más señales que si se hubiese deshecho en aire!

Digitized by Google

Entróle en oyendo esto á doña Guiomar otra vez, y con mucho más efecto, su temor á los duendes, y se apresuró á mirar si tenia aún en su seno aquella poderosa é inestimable medalla del familiar de la Inquisicion, y hallóla; y temió que aquel hombre con quien habia hablado, no hubiese sido otra cosa que una imaginacion suya, ó cosa de encantamiento y hechicería, de la cual se habia librado por la virtud de la santa medalla.

Pero no pudo durar mucho en esta creencia, porque habiendo mandado á Florela fuese á registrar de nuevo el aposento, volvió con un papel en la mano, y dijo:

—Por la ventana descolgóse sin duda, señora, que abierta la he hallado, y sobre la mesa este papel escrito que os traigo.

—Dame acá,—dijo ansiosa doña Guiomar.

Y vió que el papel decia lo siguiente:

«Hermosa señora de esta enamorada alma mia, y digo mal, porque debiera decir vuestra; y ni áun así digo bien, porque no puedo llamarla vuestra, si vos no quereis admitirla en vuestra alma, que es el único asiento donde puede estar sin condenarse, esta que ya no sé si en vuestra alma es mi alma, ó fuera de ella fuego fátua y perdido, de acá para allá por el helado viento de la desventura arrebatado.»

Llevóse la mano sobre el corazon doña Guiomar, ya acabada de perder de amores por el en-

Digitized by Google

revesado comienzo del papel en que los turbados ojos ponia, y cuando estos al fin volvieron á aclararse, continuó leyendo, pálida ahora, encendida luego, y toda anhelante y turbada, lo que sigue:

«Sea de esto lo que Dios fuere servido, y lo que querais vos, que, después de Dios, sois lo que más yo amo, si es que puede llamarse bastantemente lo que yo por vos siento amor, que yo creo que es más bien agonía y quebranto, y fuego irresistible, y gloría en un infierno, y infierno delicioso, y muerte que vale cien vidas, y vida que no se resiste, y cosa, en fin, tan no conocida de mí, que al verme á ella sujeto, yo mismo me desconozco y de mí dudo, y parece que siendo no soy, y que, no siendo, soy más que nunca he sido. Y como deciros no puedo lo que en mí es y no es, ni lo que yo soy por el efecto de vos que en mí se hace, quiero deciros, que acordándome del papel y del tintero que conmigo siempre traigo para coger al vuelo las mercedes que mi pobre musa me concede alguna vez, especialmente cuando entre las verdes alamedas del Guadalquivir la tristeza de mis pensamientos paseo, he querido escribiros por que sepais que cuando yo vuelva á veros, más que por lo de anoche, de la justicia habreis de ampararme; y quedad con Dios, puede ser que hasta la noche, que cumplido ya mi propósito bajo vuestros miradores venga á ponerme, ó

Digitized by Google

si lo quereis mejor, señora mia, por la reja que á la vuelta de vuestra casa en la callejuela se halla, podeis á la media noche tener noticias del suceso de las aventuras en que por vos voy á meterme. Y no os digo más, que bien creo yo que con lo dicho me habeis comprendido, y á Dios os quedad y en mí pensad, pagándome en buena moneda el pensamiento enamorado y perdurable, que de vos en esta encendida alma vuestra me llevo.»

—¡Ay, Florela!—dijo la hermósa indiana,—que no sé qué piense, ni qué tema, ni qué espere, ni qué haga, ni qué deje de hacer. Este hombre que así se nos entró anoche, por la justicia perseguido, á ampararle obligándome, de tal manera se me ha entrado en el alma, que en él vivo y en él muero, y ansío lo que no sé á qué violento término, ni nunca vista ni oida pasion puede llevarme. ¡Ay, cielos tiranos, que habeis hecho que cuando yo ame, ame de tal manera, que sobresaltos de muerte sean los comienzos de mi amor!... Escucha, oye, atiende, Florela; mira lo que en este papel me dice, y cuán preñado está de peligros y temores; que él sabe, porque yo en mal hora se lo he dicho, el crudo enemigo que sedienta me tiene de desagravio; y yo me acongojo viendo en estas casi desembozadas razones del papel que el alma mia me ha escrito, que él se ha puesto en términos de darme cumplida venganza, si pudiere, de ese mi impío perseguidor; y sabe, Florela, que ese enemigo

Digitized by Google

de mi reposo puede tanto y á tanto llega, que posible hallo que con una nueva desgracia aumente la saña que en mi desventurado corazon en contra de él, y en vano hasta ahora, se alienta. Oye, pues, Florela amiga, y díme lo que de esta carta juzgas, y ayúdame con tu ingenio, que yo estóy tan turbada, tan confusa y tan cobarde, que, como ya te he dicho, no sé qué haga, ni qué deje de hacer, ni qué espere, ni qué tema.

Leyó el papel que en tales confusiones y en tal pelea con su razon la ponia, doña Guiomar á su doncella, y esta, sonriendo á lo picaresco, empero con el gracejo de sus pocos años y de su doncellil belleza, la dijo:

—¿Pues hay más, sino que yo arremeta al rodrigon García, y le tome prestado un traje, y me pinte, y en blanca nieve convierta lo negro de mis cabellos, y de García acompañada, y de muchacha trocada en rodrigon viejo, á esas calles de Sevilla me eche, y busque, y averigüe, y con vuestro enamorado me tope, y le arme una trampa en la que caiga ántes de que en el empeño, que á él pudiera costarle caro y á vos, se meta?

—¿Conocerásle tú, Florela?—dijo doña Guiomar con la voz un tanto cuanto sonando á celos.

—Cien años pasaran, y entre mil le viera, y conociérale,—respondió Florela.

—¿Pues cómo le has visto tú, ó cómo te ha mirado él,—exclamó, ya con la voz y la mirada ene-

Digitized by Google

migas, doña Guiomar,—que así, no habiéndole visto más que por breves momentos, no puede despintársete?

—Con vuestro deseo, señora,—contestó Florela,—que á mí se ha pasado por la mucha lealtad y amor que os tengo.

—No entiendo yo ese pasamiento y trasiego del deseo de una mujer á otra, ni que por lealtad esto suceda,—dijo doña Guiomar.—Y paréceme á mí que no en sosegado y tranquilo sueño ese hidalgo ha pasado el tiempo desde que de aquí se partió, sino en plática contigo, traidora, que puede ser, y bien se me representa, que un hombre mozo de los que hoy se usan, haga una sola aventura amorosa del ama y de la doncella.

—Cosas son esas, señora,—respondió Florela,—que vuestro grande amor por ese caballero os pinta con el falaz color de los celos, que hace que parezcan ciertas cosas que ni áun en sueños verdad han sido, ni pudieran serlo; que mi alma tengo yo en mi almario, y aunque yo conozca bien cuánta es la primacía que sobre mí os han dado naturaleza y fortuna, áun todavía no he quedado yo para segundo servicio, ó relieve de sobremesa, que en Dios y en mi ánima, que cada cual tiene en este mundo lo que le hace falta, á más de aquello, que nunca falta un roto para un descosido; y sosegaos, señora, y en la lealtad fiad de vuestra Florela, y vamos á lo que importa, y dejadme ha-

Digitized by Google

cer, que Dios será servido que todo llegue á felice término.

Y con esto Florela se fué á buscar al rodrigon García para disfrazarse, y acompañada de él ir á lo que el curioso lector verá más adelante, si continuare leyendo.

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

En que se suspende la historia para decir algo de Miguel de Cervántes

Cortemos aquí el relato de la amorosa aventura de doña Guiomar y de nuestro Miguel de Cervántes, porque es conveniente, benigno lector, manifestarte varias cosas que son necesarias á la claridad del cuento.

Sábese por todo el mundo, desde há luengos años, quién Miguel de Cervántes era, y cuál su ingenio, que á revelar y enaltecer el suyo ha bastado el libro inmortal que se intitula *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, patrimonio de gloria el más riço y excelso que ha podido ni podria soñar la ambicion de renombre de poetas y escritores. Pero lo que todo el mundo no sabe, son las noticias de la vida y fortuna de nuestro

Digitized by Google

héroe, que es lo que á renglon seguido va á manifestársete en la proporcion de la pequeñez del trabajo que el que esto escribe tiene entre manos.

Corria por los tiempos en que pasaban los sucesos que se narran, el año de gracia de 1571, y tenia Miguel de Cervántes veinticuatro, aún no cumplidos.

Era un mozo de buena y gentil apariencia, de noble compostura, aliñado en su traje cuanto lo permitia su pobreza, vivo de genio, alegre de condicion, profundo de pensamiento, inquieto en sus deseos, descontento de su suerte, y comunicador, porque así lo pedia su naturaleza avara de sensaciones.

Veíasele tratar indistintamente con altos y bajos, con pobres y ricos, con pícaros y honrados; pero nunca con nécios, de los cuales, como todos los hombres de ingenio, era enemigo.

Tenia además el carácter quisquilloso, y altivo y atraviliario, y era la cosa más fácil del mundo hacerle poner mano á la espada y meterle en un empeño de monta y honra.

Dejábase llevar de los impulsos de su corazon ó de su apetito, y de la misma manera enamoraba á la moza de partido, que á la buscona y á la sencilla menestrala, y á la soberbia dama, sin que ninguna de ellas lograse saciar aquella su sed de amor que su soberano ingenio habia menester, y que no era ménos que el imposible trasunto de

Digitized by Google

un arcángel de Dios en una criatura mortal y perecedera.

El que haya leido con reflexion ese libro sin par que se llama *Don Quijote*, ha podido conocer cuál era la idea que del amor tenia Cervántes. Burla burlando, él manifestó á las gentes el sueño de su amor, en la locura de amor por Dulcinea de don Quijote.

A compasion mueve, no aquel desdichado loco, sino Cervántes, que en él se reflejó harto de veras, con apariencias de donaire y burla; lágrimas que no sonrisas arrancara á los que tienen alma don Quijote, y en él se advierte que Cervántes arrojaba entre sus gracejos al mundo, que no le comprendia, *pedazos de sus míseras entrañas.*

De un sueño de amor deshecho por la fea y severa verdad, pasaba nuestro ingenio á otro sueño de amor, que cual los anteriores, se desvanecia como el humo, como la niebla, como esas figuras que fingen las nubes y deshace el viento, como esas sombras que miente la noche y desvanece la luz del dia.

Almas hay tan grandes, que en el mezquino suelo no encuentran empleo digno de ellas, y de sí mismas se alimentan y en sí mismas buscan el engaño á su certidumbre y el consuelo á sus pesares.

Entretenia Cervántes su tiempo ántes de que conociese, por desgracia ó ventura suya, á doña

Digitized by Google

Guiomar, con los divertimientos y el humor alegre que por todas partes brindaba Sevilla á los que moraban en ella, y especialmente, con las juntas de poetas que se hacian, casa de un tal Arquijo, hombre muy dado á las buenas letras, y donde todos los que concurrian se esforzaban por lucir su buen ingenio. Cuna de ellos y madre, y fecunda, ha sido siempre Sevilla, no escaseando tampoco los pintores y los escultores, y llegando á poseer glorias tan esclarecidas como Herrera, que en tiempos de Cervántes vivia, y Velazquez y Murillo, que después vinieron, con otros muchos, que de sí han dejado imperecedera fama.

Las salas de los tenientes de armas, y las palestrillas que en Tablada y en el Pópulo, fuera de muros, y dentro de ellos en las plazas y lugares más públicos se mantenian, eran frecuentemente visitadas por Cervántes y sus amigos, donde nuestro ingenio lucia su gran destreza, ya con espada prieta, ya con espada y daga; allí donde habia mozas de empeño, gente alegre, decidora y maleante, música y alegre bullicio, era cosa fácil encontrar á nuestro Miguel, siempre dispuesto al lucimiento del ingenio, á las locuras de la mocedad y á los percances de la riña.

Pasaba así los dias tranquilo y contento, sin que nada le conturbase el alma, nuestro mozo, hasta que una mañana entre dos luces, volviendo con otros amigos de inquietar el sueño á un ca-

Digitized by Google

nónigo, no por él, sino por una muy hermosa sobrina suya, á la que habian dado música, Cervántes, que solo hácia su posada se iba, que estaba junto al postigo del Carbon, entre este y el del Aceite, en una mala calleja y con vecindad no muy limpia, al llegar á la puerta del patio de los Naranjos de la Catedral, que al pié de la Giralda aparece, topóse con una rica silla de manos que conducian lacayos y resguardaban criados, y que no era otra que aquella en que iba nuestra doña Guiomar de Céspedes y Alvarado, la llamada la hermosa indiana, no embargante fuese hija de Sevilla.

Dióle en la nariz cierto husmillo á gloria á Miguel de Cervántes, porque de una pequeña parte que vió, sacó un todo de perfecciones; y fué aquella pequeña parte una mano blanquísima, enriquecida con hermosos cintillos, que descansando iba, y por debajo de las cortinas, en la portezuela de la silla de manos; mano de alabastro, torneada; mano que hablaba en favor del brazo, y que, siguiendo por él, hacia soñar en un cuerpo humano poco ménos que divino.

Apoderóse de Miguel un pensamiento de tal manera tentador, aunque él no hubiese podido juzgar más que de aquella mano, que le trasportó á sus ensueños amorosos, y á aquella su ánsia de encontrar una mujer en la cual pudiesen hallar buen empleo sus aficiones de cuerpo y alma; en

Digitized by Google

resúmen, aquel ángel humano que su alma habia fingido y compuesto, y que hasta entónces habia buscado en vano.

Dió nuestro mozo en el cláustro ó patio de los Naranjos tras la silla, pero recatadamente y sin dejarse sentir de los que la conducian y resguardaban, y vió que, llegada la silla á la puerta del Perdon, allí se detenia, y se abria la portezuela, y salia la dama, toda rebozada, pero tan gallarda, que si empeñado iba ya por la mano Miguel, arrebatósele el alma á los espacios imaginarios á la vista de todo el cuerpo, aunque le encubriese y un tanto le dificultase el cumplidísimo manto de raja de Florencia.

Entróse en el templo doña Guiomar, sus criados con ella, y tras ellos Cervántes, que amparándose de los altos pilares que las soberbias naves de aquella sin par catedral sustentan, fué adelantando del uno en el otro hasta que llegó á un punto donde pudo ver sin ser visto á doña Guiomar, que en la capilla de San Fernando habíase metido y arrodilládose sobre la alfombrilla y el cojin que la habian puesto sus pajes.

Crecia en tanto la luz de la mañana, que por las pintadas vidrieras en el templo penetraba, y como doña Guiomar, sofocada por el calor, que le hacia, y bueno, aquella mañana, sin que á templarle bastase el fresco ambiente de la catedral, se levantase el velo, Miguel de Cervántes acabó de per-

Digitized by Google

derse, ganado por la peregrina y casi sobrenatural hermosura de la hermosísima indiana; y tanta codicia fué en los ojos de Miguel, que adelantó para ponerse más cerca, y como si el alma, que se le salia por los ojos é iba á buscar su deleite en aquella grandísima hermosura, hubiese tenido algo de hechizo y encantamiento, doña Guiomar volvió la cabeza, ni más ni ménos que si la hubieran llamado, y sus lucientes ojos negros, con todo su esplendor, fueron á dar en los ya turbados ojos de Cervántes, que se sintió en el corazon herido, y sintió miedo y escapó, huyendo por la primera vez de un enemigo; que bien puede llamarse enemigo á aquel que, apénas visto, la voluntad nos roba y á la suya nos somete, y nuestra libertad cambia en esclavitud ansiosa, llena de dudas y sobresaltos; que ver lo que para nosotros es un tesoro largo tiempo codiciado, sin tener á la par la certeza de su posesion, en espanto nos pone, y nuestro cuidado afanoso y nuestro sobresalto causa.

Lo que por Miguel de Cervántes pasaba, pasado habia al verle, ó dígase mejor, al entreverle, y en un punto, por doña Guiomar; si la ponzoñosa saeta del amor habia herido el corazon de Cervántes, traspasado habia el de doña Guiomar; si él habia sentido las bascas de una dulce muerte, no ménos poderosas sentíalas ella, y si él ansiaba llegar á la resolucion de aquellas sus dolorosas dudas, no ménos lo ansiaba ella.

Digitized by Google

Aconteció lo mismo en tres dias consecutivos: acechando Cervántes á doña Guiomar, entreviéndole ella un momento, y enamorándose ámbos más y más á cada vez que se entrevian, hasta que al fin Miguel, no pudiendo ya guardar en su pecho el volcan amoroso que en él, abrasándole, se alimentaba, juntó á sus amigos, pidió le acompañasen con sus guitarras, compuso el soneto que ya se conoce, y aquella noche se fué á cantarle bajo los balcones de doña Guiomar, sobreviniendo por esto lo que ya se ha relatado.

Acaso fué venturoso de la fortuna para Cervántes el que, necesitado de salvarse de los alguaciles que le perseguian, saltase la tapia del jardin de la casa de doña Guiomar.

Entreclara era la noche, y por lo bien cuidado del jardin, por las estátuas que acá y allá se encontraban para su adorno, y por sus bancos y asientos de labradas, aunque en apariencia rústicas maderas los unos, y de blandos céspedes, como formados por la naturaleza, los otros, que al descanso y al regalo por todas partes convidaban; y por la hermosa fuente de alabastro que en el centro se veia, con su taza que á una gran concha se asemejaba, sostenida por delfines, en los que cabalgaban amorcillos, y de la cual caia en claras cintas el agua, causando un dulce ruido, que al sueño convidaba, no pudo ménos de apercibirse de que en el jardin de una casa principalísima habia

Digitized by Google

entrado, y de que aquella casa no podia ser otra que la de la nobilísima, y, sobre todo encarecimiento, bella indiana, cuya parte principal daba á la calle de las Sierpes.

No habia tomado medidas sobre aquella casa, ni reconocido sus linderos Cervántes, que esta es cosa de ladrones ó de alguaciles, ó tal vez de amantes desdeñados que de malas trazas se amparan para el mal logro de sus deshonestos deseos, y hacen y obran como si ladrones ó alguaciles fuesen; pero fuese que nuestro Miguel, por enamorado, por un secreto instinto y por algunas señales, no dudosas, de favor que doña Guiomar le habia dejado ver las pocas veces que por un momento se habian visto, y además, por la buena fortuna que con las mujeres hasta entónces habia alcanzado, no hubiese temido desdenes, y en reconocimientos de lugares flacos por donde entrar, como por asalto y sorpresa, en la casa de la señora de su alma, ni áun habia pensado.

Alegrósele, empero, el alma cuando, tan sin traicion y tan obligado, dentro se vió de aquel jardin, por el cual, y por alguna comunicacion que acaso encontraria fácil, podria llegar hasta las plantas de aquella que tan sin alma le tenia, y sorprenderla tal vez melancólica y pensativa á impulsos del encendido amor en que él anhelaba ardiese; y sin más detenerse, hollando silenciosamente la blanca y menuda arena, que entre flores y plan-

Digitized by Google

tas formaba calles y laberintos, fué á dar en un corredor cubierto de enredaderas, y como allí hiciese oscuro, prosiguió á tientas, y á poco halló á diestra mano una escalera, al cabo de la cual, y no á mucha altura, dió en un corredor, que le llevó derechamente á una mampara, y abriéndola hallóse más á oscuras que ántes; pero por la luz que se dejaba ver en unos como resquicios de puerta, yendo á ella abrióla recatadamente, y quedóse como extasiado y suspenso, que en un rico camarin, sentada, de espaldas á él, delante de un espejo de Venecia, descubrió á doña Guiomar, que, con el tesoro de sus dorados cabellos se entretenia.

Batíale el corazon á nuestro mancebo, y no sabia si paraíso de su ventura era aquel á cuya puerta se encontraba, ó triste lugar donde del vuelo de sus amorosas ilusiones cayese en el negro abismo de un mortal desengaño; y como la blanca estera de palma, ricamente labrada y matizada con vivos y bien contrapuestos colores, le convidase á llegar sin ruido adonde ella estaba, llegóse hasta tocarla casi, y vióla, copiada por el espejo, con la mirada absorta, y triste y melancólica, y tan pensativa de amor, y de un tal amor y tan del alma, y tan encendido, que él no pudo dudar de que á efectos de la poco ántes pasada música nacian aquellas imaginaciones amorosas que en los lucientes ojos de doña Guiomar tan al vivo se representaban, y pareciéndole á Miguel, ó más bien

Digitized by Google

sintiendo que no una criatura mortal y perecedera contemplaba, cuya beldad habia de perderse en la edad ó en la muerte, sino una divinidad inmortal, trasunto de todas las bèllezas que el alma puede fingir en lo no conocido, aunque esperado, ardiósele el alma, desmayósele el cuerpo, y como quien adora arrodillóse, y sin ser poderoso á otra cosa, convidándole la una mano de doña Guiomar, asióla como se dijo y besóla, siendo este el principio de lo que ya se ha relatado, hasta el punto en que nuestro Miguel escribió la carta que Florela encontró en el aposento, donde no á reposar, sino á que soñase locuras por su venturoso amor, le habia llevado.

Y en efecto, para perder el juicio era lo que á Cervántes le acontecia; que por más que él hubiese confiado en su hasta entónces buena fortuna con las mujeres; por más que grato asombro y anhelo hubiese visto en las miradas y en el semblante de doña Guiomar, cuando pasajeramente se la habia aparecido, habíale puesto en grandes cuidados y confusiones el considerar que una dama tan principal y tan rica, como doña Guiomar lo parecia, y tan celestialmente hermosa, y tan en el tiempo, por su lozana juventud, de los amorosos y soñados deseos, tener debia quien la sirviese y enamorase, y tal vez tratado de casar con ella estuviese, máxime viviendo en la populosa y opulenta Sevilla, patria y asiento de tanto rico, noble y

Digitized by Google

galan caballero; allí donde todo, el cielo y la tierra, el sol ardiente y la hermosura y la frondosidad de los árboles, y las limpias aguas, á amar convidan.

Estos pensamientos habíanle entristecido el alma, y hecho de su amor, más que una pasion de los sentidos, un deliquio celeste que le trasportaba y le hacia sentir la gloria, vislumbrada en la tierra antes que el fenecimiento de su cuerpo hubiese permitido á su alma volar á los espacios empíreos.

Asombrábase Miguel de esta trasmutacion que en sí sentia, que él hasta entónces de tal manera no habia amado, ni áun creido pudiese ser el amor.

Y aconteciόle que creyó que con la vida de doña Guiomar vivia, que con sus alegrías se alegraba, que se entristecia con sus tristezas, que suyos eran sus anhelos y sus cuidados, y que, en resúmen, de sus dos almas una sola alma habíase hecho, unido y juntado, de tal manera, que ni áun la muerte podia partirla; y ódio sintió hácia aquel eterno perseguidor y siniestro enemigo que en don Baltasar de Peralta doña Guiomar tenia, y que de tal manera habia sido la sentencia y el destino de su vida, obligándola á encerrarse y á no mostrarse fuera de su casa sino bajo el amparo de la santidad del templo; y áun así acompañada y guardada por bravos á sueldo, armados hasta los dien-

Digitized by Google

tes; y como Cervántes era mal sufridor de amenazas, y necesitaba muy pequeña causa para poner mano á la espada y cerrar á cuchilladas, siquiera fuese con una legion de diablos, punzóle más de lo que era menester para llevarle á una determinacion aquel perseguimiento que doña Guiomar sufria, y aquel perpétuo peligro que la amenazaba; y como yendo y viniendo en estos pensamientos la blanca aurora se hubiese anunciado ya en las vidrieras de la cámara donde Florela le habia encerrado, fué á la ventana y abrióla, y hallóse con que daba sobre una plazoleja por la que nadie pasaba, y reconociendo más, halló que bajo la ventana habia una reja de cuerpo entero, que podia servirle de escala; visto lo cual, y no queriendo desaparecer sin saludar á doña Guiomar, y sin empeñar con ella una cita para la siguiente noche, sacó de debajo de su coleto de ámbar de soldado, un cañuto de hojalata, donde un tintero de cuerno (con perdon sea dicho) con un enrollado papel en blanco guardaba, y sacándolos, escribió la carta que Florela halló, y que doña Guiomar leyó toda congoja y sobresaltos; hecho lo cual, y guardado el tintero en el cañuto, y este en la parte de adentro del coleto, ciñóse su espada y sus pistoletes, que para buscar un reposo que no habia hallado habíase desceñido, calóse el chapeo al soslayo, que así, sin ser maton, le llevaba por hábito, tercióse la capa, fuése á la ventana, echóse

Digitized by Google

fuera, puso en el coronamiento de la reja los piés, y deslizóse al suelo y alejóse, volviendo ántes de doblar la esquina la cabeza, para mirar á la abierta ventana por donde, dejándose dentro la mitad del alma, habia sacado la otra mitad doliente con el dolorido cuerpo; y exhalando hondísimos suspiros, tomó la marcha á gran paso y sin saber adónde; pero acordóse á poco de que ir podia á buscar á un bachiller su amigo, que en la pasada ronda le habia acompañado, y al que, si no habia sido preso por lo de las cuchilladas con la justicia, hallaria en casa de una su amiga buscona con ribetes de dama, y que no muy lejos junto á la iglesia y plaza del Salvador vivia.

Digitized by Google

VIII

En que se relata una aventura que le salió al paso á Cervántes, cuando á las aventuras de sus amores iba

Era este bachiller un valiente sujeto, con atrevimientos de poeta y realidades de bravo, y lo que mejor tenia y le hacia en ocasiones útil y necesario, era que se sabia de memoria la vida y milagros, y la habitacion y las costumbres, y hasta lo mínimo de los que en Sevilla y en sus alrededores vivian y algo valian. A este bachiller Carrascosa, que así se llamaba, iba á agarrarse nuestro Miguel, si era, se repite, que no le habia agarrado la justicia, á fin de que dónde iba y dónde vivia le dijese. aquel irreconciliable enemigo de amor de su bella indiana; y ya apretaba los dientes y crispaba el puño Cervántes, ante él creyéndose en

Digitized by Google

algun apartado sítio donde le llevase, y á sus piés le viese ensangrentado y muerto de alguna buena estocada, y á su doña Guiomar alegre y tranquila al verse libre de aquella su pavorosa y eterna pesadilla; y con estas imaginaciones, y sin pensar en las cuentas en que con la justicia iba á meterse tan sin vacilacion ni empacho, íbase embraveciendo Miguel, y crecia tanto en su pecho su amorosa llama, que harto claros indicios de ello daban la brava y siniestra mirada de sus ojos, y el ardoroso aliento que de su pecho salia.

Y al mismo tiempo versos improvisaba, de los cuales el sujeto era ¿ni cómo podia ser otro? aquella adorada hermosa; y tal vez por un enternecimiento de amor expresado en un concepto poético que en su imaginacion nacia y moria, asomaba una lágrima á sus ojos, que de bravos se tornaban en enamorados.

Yendo así por las desiertas calles, desiertas á causa de lo temprano de la hora, en que los rondadores han dejado ya la reja ó la esquina, donde su amor han libado, ó donde el rigor de su mala ventura han sufrido; cuando aún el perezoso sueño en el lecho retiene sabrosamente á todo el mundo ántes de la tarea cotidiana, de repente le sorprendieron unos tristes ayes que al doblar una calleja le alcanzaron, y mirando al lugar de donde aquellos venian, vió que hácia él delantaban cuatro hermanos de la cofradía de la

Digitized by Google

Paz y Caridad, que sobre sus hombros, en un medio ataud, llevaban el cuerpo difunto de una mujer, que para sus desposorios con la muerte habia sido vestida con el humilde hábito de San Francisco, y detrás venia, abatida la cabeza, mal cubierta con un manto de usada sarga y humildemente vestida, una mujer, que era la que los inarticulados ayes daba.

Deshacíase en lágrimas la triste, y Cervántes no podia ver si era jóven ó vieja, porque á más del manto que su cabeza cubria, caíanla sueltas sobre el semblante dos grandes y pesadas crenchas de negrísimos cabellos; pero reparando bien, y Cervántes reparó, porque tenia el alma viva y potente, y aunque la embargase un cuidado, perspicacia hallaba y reflexion y fijeza para lo que ante él de súbito aparecia, sacábase en claro, que jóven y hermosa debia ser, porque unos tales, tan ricos y tan sedosos cabellos, parte eran de una hermosura, y demostracion de juventud, y Dios no da comunmente de una hermosura una parte, sin dar tambien las otras partes que á un hermoso todo contribuyen.

Un perro viejo y lanudo, cabizbajo y triste, torpe y cansado, de los que se llamaban ingleses de muestra, y que para la caza son muy estimados, á la doliente mujer seguia, mostrando, cuanto en un irracional puede mostrarse, un dolor que tenia mucho de humano.

Digitized by Google

El acompasado andar de los cofrades, el gesto de la dolorosa agonía que aún en el rostro de la muerta se mostraba, vislumbres de belleza que, á pesar de los años y de la muerte, aún en ella aparecian, el desconsuelo de la mujer que tras la difunta iba, su mísera apariencia, y el perro que lentamente y con el hocico pegado al suelo en pos é inmediatamente iba, todo esto, cayendo como un chubasco de dolores sobre el alma compasiva de Miguel de Cervántes, hicieron que el paso tuviese, y que al pasar el lúgubre cortejo, con la una mano derribase el chapeo y con la otra se persignase; y aún no habia acabado el padre nuestro, ni llegado á la mitad, cuando volviendo á calarse el sombrero, dejó el camino que llevaba y tras el pobre entierro fuese, acabando de rezar su oracion y el alma entristecida por un doloroso presentimiento; que no era para él buen augurio, cuando iba pensando en sus amores y en los medios de librar á su doña Guiomar de sus congojas, con una desgracia tal haberse encontrado; y así, los cuatro hermanos conduciendo en paso lento el cuerpo muerto, y la mujer sin cesar en sus dolientes ayes detrás, y luego el perro, y á buena distancia Cervántes, siguieron hasta llegar á la puerta de la iglesia de San Salvador, cuya campana tañia á misa de alba, y en la cancela del templo detuviéronse los cofrades, dejando el medio ataud en tierra, y la mujer doliente se arrodilló en las

Digitized by Google

gradas del pórtico, y el perro se allegó á la difunta y la lamió el semblante; en tanto uno de los cofrades entróse por uno de los lados de la cancela, y á poco se abrieron las dos hojas de en medio, y el cofrade que las habia abierto volvió á su sitio y á los piés del ataud, y él y los otros tres le alzaron de nuevo, y ellos y la mujer y el perro en la iglesia entraron, y Cervántes tambien; pero quedóse bajo el coro, á la sombra de un pilar, sumido más que nunca en sus amorosos y lúgubres pensamientos, ya mezclados y entristecidos por aquella mala aventura con que se habia tropezado, y cuidadoso por la influencia que sobre él y sus cosas podia tener aquel encuentro; y ocurrióseles que tal vez Dios le habia puesto delante la muerte para advertirle y retraerle de los malos propósitos con que iba á tomar lenguas de un hombre para matarle; y poníasele por delante, que por mucha razon que él encontrase en su amor, y en la persecucion y en la desgracia que doña Guiomar sufria por don Baltasar de Peralta, aquella razon no era bastante, ni teníala jamás un hombre, para destruir una criatura que él no habia criado ni podia crlar; y acometíale un tumulto de dudas y confusiones, que de una parte le embravecia la airada y pertinaz malevolencia contra la diosa de su amor, de su enemigo, y de otra se le venia poderosa á la memoria, y conmovia su alma cristiana, la divina palabra de nuestro

Digitized by Google

Redentor Jesucristo, que habia predicado el perdon al enemigo y el amor al prójimo.

En tanto, los cofrades habian sacado un tapiz negro, que habian extendido en el crucero, y sobre él habian puesto á la difunta, y á las esquinas del tapiz cuatro candeleros deslustrados, con unos trozos desiguales de amarillo cirio; y á un lado se habia arrodillado la mujer, y junto á ella habíase echado el perro con el hocico entre las patas, y entrádose habian los hermanos de la Caridad en la sacristía.

Algunos fieles madrugadores habian entrado en la iglesia y arrodilládose acá y allá; habia sonado el tercer toque de misa, y á poco salió al altar un celebrante con casulla de *requiem*; y rezada que fué la misa y cantado el responso, el celebrante entróse en la sacristía, y salieron otra vez los hermanos de la Paz y Caridad, con la difunta cargaron, y seguidos de la mujer y el perro salieron de la iglesia.

Siguiólos Cervántes, y con él algunos de los piadosos fieles, y vió que el entierro se entraba por las puertas del cementerio, y entrándose él tambien, pasando por entre las tumbas sobre el césped sembrado de blancos huesos, que gran descuido habia entónces en los cementerios, llegó con las otras personas caritativas á un negro rincon en la umbría, donde una profunda sepultura se veia abierta; y allí pareció de nuevo el sacerdote,

Digitized by Google

y asistían los sepultureros, y se cantó el último responso, y quitada la difunta del medio ataud, lo que decia harto claro la gran pobreza de la mujer superviviente, que hasta el borde de la hoya habia llegado, en ella fué puesta por los cofrades; y acreciendo entónces los ayes dolorosos de la mujer, dió á los hermanos un pañizuelo para que sobre el rostro de la finada le pusiesen, y habiéndola dado la pala con algo de tierra un sepulturero, la arrojó sobre el cadáver temblorosa, y en el mismo punto de las desfallecidas manos fuésele la pala, y dando una gran voz de dolor desmayóse, y por tierra cayera, si Cervántes, que como á impulso de un poder incontrastable se habia llegado, en sus brazos no la sostuviera.

Acudieron las personas caritativas que al enterramiento habian venido á una fuente que en el cementerio habia, y trajeron agua, y para rociar con ella el semblante á la desmayada se lo descubrieron, y entónces apareció la más peregrina hermosura que podia imaginarse; pero flaca, como si largo tiempo hubiese sido maltratada por la dura é impía mano de la miseria, y tan pálida, que no parecia sino otro cuerpo difunto al que hubiese de darse sepultura.

Abriéronsele á Cervántes las entrañas, alborotósele el corazon, espanto le cogió el alma, porque parecióle que algo que no podia comprender, á aquella desmayada beldad le atraia.

Digitized by Google

Y aquello no era amor, que resplandeciente y soberana, sin dejar lugar á otros amores, su alma llenaba la divina imágen de doña Guiomar; ni era compasion tampoco, por más que de ella estuviese lleno lo que por la desmayada hermosura sentia; y en fin, no podia explicarse aquella nueva pasion, tan no conocida de él, que de él se apoderaba.

Dió, en fin, muestra de que en sí volvia la desmayada con un dolorosísimo suspiro; abrió los ojos, y como por acaso al abrirlos encontrase los ojos de Miguel en ella fijos, con un compasivo y tierno espanto, y sintiéndose en sus brazos, estremecióse, y esforzándose llegó á ponerse de pié, pero tan débil, que en el brazo de Cervántes hubo de apoyarse, quedando abatida y doblegada.

Gente pobre era, que los pobres son los que más madrugan, la que al entierro habia acudido, y viendo que la hermosa jóven necesitada de socorro, y áun de alguna caritativa limosna parecia, fuéronse esquivando, que la pobreza tiene aún este dolor, que no puede seguir los impulsos de su caridad; y habíanse ido cura y monaguillo, y con ellos los cofrades, y cubierta ya la huesa, ídose habian tambien los sepultureros, y solos en su solo cabo, con su dolor y su conmiseracion, habíanse quedado la desconocida jóven y Cervántes, y junto á ellos el perro con el hocico siempre pegado á la tierra.

Digitized by Google

—Decirme habeis, señora,—exclamó Cervántes con la voz trémula,—en qué puedo yo ampararos y serviros; que bien creo, á lo que parece, que niña y pobre, sola y sin amparo en el mundo os habeis quedado.

—Dios me concederá en su gran misericordia,—contestó ella,—la merced de no tenerme mucho tiempo apartada de la adorada madre mia; y Dios oiga mi perdon al de endurecidas entrañas, y mal cristiano y mal caballero, que á tal desesperado punto de extrema desventura nos ha traido; que ella á su duro rigor resistir no pudo, y yo en la más desdichada de las orfandades me encuentro.

—No ha de decirse,—exclamó Cervántes,—que habiéndoos yo en un tan duro trance hallado, sola y huérfana quedais en el mundo; en mí teneis un hermano, señora, y muy récia cosa será que siendo yo quien soy, y con el aliento que Dios ha querido darme, no encuentre modo, si no de consolaros, de ampararos al ménos; y asíos bien á mi brazo y teneos firme, que á vuestra casa vamos.

—Soledad, y negrura, y miseria, que no otra cosa en mi casa hallaríamos; y á más que como en ella no queda más para mí que la memoria de mis acerbas desventuras, cuando con mi madre dejéla, la llave dejé al casero.

Requirió su bolsa Cervántes, y hallóse con que sólo tenia en ella tres reales sencillos y cinco cuartos con tres maravedises segovianos, que la pobre-

Digitized by Google

za era en él cosa contínua, y las pagas del ejército no andaban tan prestas como hubiera sido menester.

Lo ruin de su hacienda puso en confusiones á nuestro mozo, què no sabia qué hacer con aquella criatura que la desgracia le habia deparado y que por su buen corazon habia acogido; llevarla á una posada ser no podia, que las posadas estaban de ordinario llenas de gente mala y licenciosa, y más entónces, que por lá empresa que se preparaba contra el turco, habia en Sevilla cuatro banderas de infantería, á las que alistados los unos por su amor á las armas y por lo grande del propósito, otros por su necesidad, y muchos por tener la inmunidad de bandera para escapar de las garras de la justicia por desaguisados que habian cometido, acudian á centenares soldados, que se desbandaban por la ciudad y llenaban los mesones y las hospederías, gastando alegremente el dinero que se les daba de enganche; hervia, otrosí, Sevilla de marinería y gente de leva de las galeras que en el Guadalquivir estaban para embarcar la gente que se reclutase, y no podia llevarse á cualquier parte, y dejarla sola, á una doncella tal como Margarita, cuya hermosura era bastante, no ya para excitar á soldado aventurero ó galeote dejado de la mano de Dios, sino al mismo anacoreta San Antonio el del yermo.

Pues llevarla á su casa Cervántes, no podia ser,

Digitized by Google

que él vivia con tres camaradas, el mejor de los cuales no le hubiera querido el diablo por empeño, y hubiera sido como meter una paloma en un nido de gavilanes.

Urgia además ántes que todo, acudir al desfallecimiento en que Margarita se encontraba, y que era tal, que apénas si la pobre jóven podia dar un paso, y colgada iba del brazo de Miguel, y arrastrada y llevada por él, que no andando.

Hambre parecia tener la triste de dias, y tal vez hambre habia sido la enfermedad de su madre.

Digitized by Google

Digitized by Google

IX

De como lo que no podia amparar Cervántes vino á ampararlo doña Guiomar

Tropezábase por entónces en Sevilla á cada paso con una opulenta hostería, lugar de morada, de pasatiempo y placeres de la gente alegre, noble y rica, pero olíales el resuello á las más á una legua á carestía, y no era la menguada bolsa de Miguel la que podia atreverse con ninguna de ellas, ni aun con la más humilde; no habia que pasar de bodegon, y aun así, cuidando no fuera de aquellos que se daban tufos de hostería, y acordándose del de la tia *Zarandaja*, que en una revuelta de la calle de las Sierpes estaba, y al que podia llegarse sin pasar por delante de la casa de la bella indiana, á él se fué, y en ella dió al fin á punto que el sol asomaba por el Oriente, y

Digitized by Google

la tia *Zarandaja*, que ya para el despacho habia abierto, á la puerta se encontraba departiendo con algunas vecinas de los sucesos de la noche, que á la vecindad habian alborotado, y que habian tenido por remate el que la Inquisicion prendiese al señor *Vivais-mil-años*, cosa que ponia espanto en aquellas buenas comadres, la que más y la que ménos parienta próxima y hermana en el diablo, por brujas, del preso; y por aquello de que cuando las barbas de tu vecino veas pelar echa las tuyas en remojo, todas aquellas valientes hembras andaban desasosegadas y en corrillos por las puertas, que no era sola la del bodegon de la tia *Zarandaja* la en que se las veia.

—Algo que sea bueno y confortativo, buena madre,—dijo Cervántes entrándose por el bodegon,—habeis de darme para esta pobre jóven, que harto doliente se encuentra; y sea esto pronto, y empiece por una buena taza de caldo que tenga por mitad del generoso trasañejo de Montilla.

—Medio muerta tráela vuesa merced, señor soldado,—dijo la tia *Zarandaja*, mirando con el rabo del un ojo á Margarita, y guiñando con el rabo del otro á las vecinas que con ella estaban á la puerta;—y con sólo haberla metido en mi casa, á la vida la ha tornado; y ya se verá cuando saliere, si es la misma que cuando entró.

Y entróse la tia *Zarandaja*, y fuese á las hornillas, y sentáronse á un lado, y en el cabo de

Digitized by Google

una larga mesa, Miguel y Margarita, él pensativo, ella triste y abatida; cuando héte aquí que se presentó á la puerta, y en ella se detuvo, y adentro miró con curiosidad y atencion, y su mirada se detuvo penetrante y grave en nuestro Miguel, una extraña persona.

Reparóla Cervántes, y en ella con curiosidad y áun con cuidado se fijaron sus ojos. Era la tal persona ni alta ni baja, airosa, aunque parecia pretender apariencias de desgarbo y desmayo, y más años de los que pesaban sobre sus hüesos; era su traje negro de tercianela, con botones dorados en la ropilla, gorguera larga de puntas lácias, peluca rubia de guedejas desmadejadas, pañizuelo blanco y rosario con medallas pendientes de la pretina, medias calzas negras, zapatos con grandes lazos, y gorra asimismo de tercianela; un rodrigon, en fin, en el traje, pero sólo en la apariencia, que queria ser de viejó, sin conseguirlo; que el vigor de la juventud se patentiza á sí mismo, por mucho que quiera encubrírsele, y no eran aquellas redondas, carnosas, finas y bien contórnadas piernas de sexagenario, ni aquellos piés diminutos, á despecho de los gruesos zapatones; ni casaban bien con aquella frente despejada, serena y tersa, las descomunales narices bermejas y ásperas que bajo ella nacian: á disfraz trascendia todo el pergeño del rodrigon, y por mujer bella y jóven, que para algo que la importaba

Digitized by Google

habíase disfrazado, túvola Cervántes; y como ella creciese en la atencion con que le miraba, pasando sus ojos de él á Margarita y de Margarita á él, en más cuidado se puso, y acabó por convencerse de que el fingido rodrigon no era otra cosa que una muy apuesta y gentil moza, que en vano con todos aquellos trebejos y nariz postiza habia cargado, y antojósele que tal vez aquello tenia que ver algo, y áun mucho, con su adorada doña Guiomar; y no se engañaba, porque el rodrigon fingido no era sino Florela, que con las ropas del rodrigon García habia procurado encubrirse, añadiendo unas narices de pasta que en otro tiempo habia usado ella para una mogiganga, y que habia guardado.

Era el caso que, como ya se dijo, doña Guiomar, toda cuidadosa por la extraña partida de Cervántes y por la carta que la habia dejado, habia encargado á Florela se disfrazase y le buscase, para impedir una desgracia que doña Guiomar recelaba, si su enamorado buscaba á don Baltasar de Peralta y le encontraba; y Florela no habia podido disfrazarse tan pronto, y repasar y adovar las narices y la peluca, para que al efecto la sirviesen, sin que pasase tiempo bastante para que sucediese lo que ya se ha relatado, desde que Cervántes escapó, hasta que con Margarita entró en el bodegon de la tia *Zarandaja;* acasos hay que parecen providencias, y á veces providencias no son,

Digitized by Google

sino artimañas del diablo para enredar más las cosas; y así sucedió en esta ocasion, porque habiéndose ido Florela á casa de la tia *Zarandaja* á tomar lenguas, por si podia descubrir algo (que ella conocia á la tia *Zarandaja*, porque la habia vendido no sé qué brevajes, medicinas y hechizos, contra un mozo de cuadra, ó dígase palafrenero, de la misma servidumbre de la indiana, para meterle en amores, y por este conocimiento á buscarla iba; que ella tal vez podria darle indicios, y buscarle quien la aconsejara, acompañara y guiara), como vió á Cervántes con Margarita casa de la tia *Zarandaja*, conocióle, y alteróse toda, y no supo qué hacerse; y cuando Cervántes sospechó, poniéndose en lo cierto, que aquella mujer disfrazada que tan atentamente le miraba, podia ser muy bien una criada de doña Guiomar, á quien ésta hubiera mandado le buscase, levantóse y se encaminó á ella para preguntarla. Florela, que por haber hallado con otra mujer jóven y bella á Cervántes, no sabia qué hacerse, poseida de un miedo súbito, echóse fuera de la puerta del bodegon al ver que Cervántes se levantaba y para ella se iba, y dióse á correr, y doblando una próxima esquina, metióse por la callejuela á que daban las tapias del jardin de la casa de su señora, y llegó al postigo por donde habia salido, y del cual tenia llave, y entró, y no se creyó segura hasta que tornó á cerrar, poniendo aquel reparo

Digitized by Google

entre ella y Cervántes, que la habia perseguido.

Creerla no queria doña Guiomar, cuando la oyó decir que á Cervántes habia encontrado en un tan no decente lugar como el bodegon de la tia *Zarandaja*, y en compañía de una hermosíma jóven en hábito de miseria y de enfermedad; pero como Florela lo afirmase y la dijese que ella misma por sus propios ojos podria convencerse si la siguiese, perdida toda prudencia y todo miramiento la hermosa indiana, arrebatada por la locura de sus celos, que no lo serian si hasta la locura no llegasen, amontonóse, y á salga lo que saliere, y sin importársele nada de otra cosa que no fuese su amor, que en tan dolorosos cuidados y tan mortales ánsias la ponia, hizo que sin dilacion Florela la prendiese un manto, y en el momento con ella salióse por el jardin y el postigo, y se fué á dar con toda su nobleza, toda su altivez, toda su riqueza y toda su hermosura, en el bodegon de la tia *Zarandaja*, en donde se entró de rondon y como si hubiese ido á buscar allí lo que más que la vida y la honra la importase.

Olor de gloria dióle en los vientos (que ella tenia algo de podenca, y áun pudiera decirse que de vulpeja) á la tia *Zarandaja*, al ver entrar tan réciamente en su casa á una tan principalísima dama; y reconocióla, aunque no la habia visto sino una sola vez y de refilon, desde las ventanas del tinglado ó casa del rapista, en su jardin; alegró-

Digitized by Google

sela el alma toda, porque olió aventura, y vió celos, y conoció que de quien la enamorada indiana estaba celosa era de aquel gentil soldado que en su casa estaba con la hermosa y doliente jóven.

Perseguido habia Cervántes á Florela sin poder cogerla, por la rapidez de su fuga y la delantera que le llevaba, y habíase vuelto cuando Florela se habia puesto á salvo por el postigo, entrándose por el cual, habia certificado á Cervántes de que no se habia engañado cuando habia supuesto que aquella mujer disfrazada era una criada de doña Guiomar, que la habia enviado para que le buscase; lo cual habia sido para nuestro mozo un gran contentamiento y una ardorosísima esperanza de su amor; que cuando ella á tales cosas se arrojaba por él, no podia ser ménos sino que le adoraba; y cuando ya al lado de Margarita, que tomaba la escudilla de caldo con vino generoso que la tia *Zarandaja* la habia llevado, vió que doña Guiomar se metia por el bodegon como fuera de sí, y en él reparaba, y se detenia sobresaltada, tuvo por cierta su ventura, y levantóse y hácia doña Guiomar se fué todo cortesanía y rendimiento.

Pero ella, ántes que él llegase, con voz airada y trémula le dijo:

—¿Qué quereis? ¿A dó venís? ¿Qué buscais? ¿En dónde nos hemos visto, ni qué empeños tenemos, ni qué palabras entre nosotros han media-

Digitized by Google

do, ni cómo ni cuándo, en fin, y esto basta, nos hemos conocido, para que así os acerqueis á mí, como si para ello tuviéseis autoridad y razon bastante? Volveos al lado de quien estábais, y dejad á los demás que á sus negocios vayan, que otra cosa no os importa, ni yo he de permitirlo.

Oyendo estuvo Cervántes estas palabras en silencio, el sombrero en la mano, el amor en los ojos y la sonrisa en los labios; y atentas estuvieron tambien á aquellas palabras, Margarita asombrada y la tia *Zarandaja* alegre.

—Ingrato seria yo para con Dios,—dijo Cervántes,—si no le bendijese por haberme traido al mundo para este momento de suprema ventura, señora mia; y ruégoos que os sosegueis y me escucheis, que cuando me hubiéreis oido, bien sé yo que razones hayareis en lo que veis y os enoja, más para estimarme que para reprenderme y despreciarme; y porque este no es lugar decente para vos, dejadme os ruego que á algun aposento de esta casa pasemos, donde en compañía de esta doncella, con la cual me habeis encontrado, me oigais, y la oigais á ella, y sepais que no traidor para con vos he sido, sino compasivo y cristiano para con una gran desventura, con la cual, para ventura mia á lo que presumo, me he encontrado.

—No ha de ser aquí donde yo os oiga,—dijo doña Guiomar,—y donde á esa sinventura deje; que ya que vos decís, y yo quiero creerlo, que

Digitized by Google

como hidalgo y cristiano la habeis amparado, ampararla quiero yo, que mejor podré hacerlo y más honestamente, dado que mujer soy y viuda. Y no se hable más de esto, y véngase conmigo esa doncella y con mi rodrigon, y vos id luego, que ya sabeis dónde está la puerta principal de mi casa.

Con asombro habia visto todo lo que habia sucedido desde que en el bodegon entró la hermosa indiana, la no ménos hermosa Margarita, y con un mayor asombro oyó aquellas palabras; y como con la cólera se le hubiese descompuesto el manto á doña Guiomar, y dejádola al descubierto la incomparable cabeza con aquella su dorada corona de riquísimos cabellos, al ver tanta beldad, y el rubor que por hallarse allí, y hasta tal punto haber llegado, la encendia el purísimo semblante, aficionóse á ella, y túvola por buena, y á más por gran señora, que no mostraba ménos por su continente y su atavío doña Guiomar, y levantándose á ella fuése, y asiéndola una mano, con voz desfallecida por la enfermedad y por el sentimiento, la dijo:

—Amparada he sido, y tan generosa y noblemente como pudiera serlo, por este caballero con el cual me habeis hallado; y pues tambien le conoceis, señora, como se muestra por lo que con él hablado habeis, sin duda habeis tambien conocido cuánta debe haber sido y ser la desventura en que me ha encontrado; y porque acepto el amparo que

Digitized by Google

me ofreceis y porque sepais mis desdichas, á vos me acojo y á vuestra casa os sigo.

Y con esto, dándola el brazo doña Guiomar, para que en él se sostuviese, salieron seguidas de Florela, y al postigo del jardin se encaminaron, y por él entraron en la casa.

Digitized by Google

X

De como Cervántes encontró casa de la tia Zarandaja más de lo que habia querido buscar

Suspenso quedóse Miguel de Cervántes, cuando hubieron desaparecido doña Guiomar, Margarita y Florela.

Amor, celos y rendimiento, hasta tocar en los límites de la locura, habia visto en su bella indiana; que si ella no hubiese estado enamorada hasta volverse loca por él, ni en su busca hubiera enviado disfrazada á su doncella, ni á buscarle hubiera ido á un lugar tan indigno de ella como el bodegon de la tia *Zarandaja*, ni con tan celoso ahinco allí le hubiera hablado, ni con tan cuidadoso recelo se hubiera llevado consigo á la hermosa Margarita; que para nuestro mancebo era cosa manifiesta, que más por separarla de él se la habia llevado que por caridad, puesto que ella fue-

Digitized by Google

se de condicion tierna y caritativa. Contento estaba Cervántes con su buena aventura, que tan en claro le habia puesto el encendido amor en que por él ardia doña Guiomar, y parecíale que ya su vida y su alma habian encontrado buen empleo, y la codicia de ver de nuevo á doña Guiomar le aquejaba, y de gozar otra vez de sus ardientes miradas, de las que para él se la salian del alma; pero temia, si iba, no le obligase ella con juramento á que nada intentase contra aquel enemigo de sus padres y suyo, que de tal modo habia perseguido á su madre y á ella la perseguia. Aborrecia ya á aquel hombre Cervántes, y por nada del mundo hubiera querido obligarse á no pedirle razon cumplida, espada contra espada, de todas las desgracias que habia causado á la madre de doña Guiomar y á ella misma; y por esto, y aunque ardia en deseos de tener cuanto ántes presentes las perfecciones y los encantos de su bien amada, deteníase, y pensaba en que tal vez seria mejor ir á buscar á aquel bachiller Carrascosa, su amigo, porque conocia á todo el mundo en Sevilla, y debia conocer á don Baltasar de Peralta, y preguntarle cuál fuese su morada, é ir á buscarle y provocarle de tal manera, que no pudiese dejar de ponerle en la ocasion de matarle. Y estando en estas vacilaciones Cervántes, entre si acudiria en el momento á la casa de la hermosa indiana, ó iria, para lo que se ha dicho, á buscar á su amigo el

Digitized by Google

bachiller Carrascosa, entróse en el figon un hombre alto, con el sombrero de alas gachas echado sobre los ojos, subido hasta el sombrero el embozo de su larga capa, con botas altas de gamuza y larga espada, que bajo la capa se mostraba.

Parecióle á Cervántes que, además de lo abatido del sombrero y lo subido del embozo, llevaba aquel hombre antifaz; y previnole contra él, el ver que, cuando junto á él pasó le miró como con recelo, y yéndose á una puertecilla que allá en lo último del bodegon se veia, hizo seña á la tia *Zarandaja* de que fuese, y entróse por la puertecilla, y á ella se fué la tia *Zarandaja*, y cuando se hubo entrado por ella cerróla, quedándose solo en la primera parte, ó dígase en la parte pública del figon, Cervántes con una moza como hasta de veinticinco años, cariredonda, rubicunda y sucia, que á la tia *Zarandaja* servia.

Llamóla Cervántes, dióla un real sencillo para que hiciese boca (su pobreza no le consentia ser más largo en la dádiva), y teniéndola ya por suya (que ella era tal, que con un real sencillo se conocia bien apreciada), preguntóla quién fuese aquel, que, aunque encubierto, por su soberbia y su talante parecia caballero, y de los principales.

Díjole ella que aquel señor era uno de los á quien su ama servia; y preguntándola Cervántes cuáles fueran estos servicios, ella le nombró una cáfila de ellos tal, que sin más informacion que-

Digitized by Google

daron hechas todas las alabanzas, y representados todos los méritos de la tia *Zarandaja*, y que eran tales, que si la Inquisicion ó la justicia ordinaria los hubieran sabido, no los hubieran premiado con ménos que con quemarla viva, ó enrodarla y descuartizarla; en lo tocante al señor que acababa con la tia *Zarandaja* de encerrarse, dijo la moza que su ama le traia engañado, chupándole los dineros con la promesa de embrujar y hechizar, para que le amase, á aquella misma señora que vivia en la vecindad, y que poco ántes habia estado allí. Con estas noticias creyó conveniente Cervántes dejar por el momento el campo, y volver cuando el encubierto del figon hubiese salido, y para saber cuándo esto sucediese, fué á esconderse detrás de un poste de un soportal que en una rinconada frente del figon habia. Pasó bien media hora ántes de que el embozado saliese, y cuando Cervántes le hubo visto, metióse por una callejuela inmediata, volvióse al figon, y púsose delante de la tia *Zarandaja*, que se turbó, y por encubrir su turbacion le dijo:

—Bien se os conoce que sois honrado, y que teneis conciencia, y que no habeis querido dejar de pagarme la buena taza de caldo con vino trasañejo de Montilla, que se tomó aquella desventurada doncella con quien primero vinísteis.

—Pues si de conciencia entendeis,—dijo Cervántes,—llevadme adonde á solas podais decirme

Digitized by Google

lo que con vos habló, buena madre, ese caballero embozado con quien os encerrásteis no há mucho.

—¡Ah, señor soldado!—dijo la tia *Zarandaja*, más conforme que ántes,—que ese caballero es un menesteroso que me busca para que yo le remedie; como si yo fuese una santa que pudiese hacer milagros.

—¿Y un milagro es lo que ese señor há menester?—dijo Cervántes.

—Y tan milagro, que seria más fácil resucitar á un muerto. Pero ya, señor hidalgo, que yo he visto que sois tan amigo de la señora doña Guiomar, hablaros quiero, y de tal cosa, que importa grandemente á esa vuestra amiga y á vos; y venid donde nadie pueda oirnos, que más de lo que pensais el secreto importa.

Y fuése á la misma puerta que ya se ha dicho, y entróse por ella, y siguiéndola Cervántes, hallóse en un aposentillo desguarnecido y lóbrego, en el que no entraba más luz que la que venia de un altísimo patio estrecho, y por una raja de la pared, á manera de saetera, pasaba, y allí, sentándose la tia *Zarandaja* en una estera y Cervántes en un taburete cojo, ella le dijo que aquel caballero amaba de una manera desesperada, desde hacia mucho tiempo, á doña Guiomar, y que con ella queria casarse; pero que ella ni áun de él dejaba verse, porque para que no la viese se mantenia encerrada en su casa, y no salia sino entre dos

Digitized by Google

luces para ir á misa á la iglesia mayor, y que cuando iba no era sino en silla de manos, cerrada y guardada por cuatro lacayos armados, que eran cuatro fieras, y de tan probada lealtad, que no habia habido medios bastantes para obligarlos á que á su señora desirviesen, dejándola arrebatar por otros que de buena gana el caballero de quien se trataba hubiera enviado para apoderarse de ella: añadió la vieja que aquel dia aquel caballero habia ido á pedirla noticias de quién fuese el que la noche anterior habia dado música á la hermosa viuda, y si no lo sabia, que lo averiguase, como asimismo de la causa por qué la Inquisicion habia estado, ántes de la música, en casa de la viuda, y en vez de prenderla á ella, habia preso al rapista *Vivais-mil-años;* y que ella le habia dicho que no sabia nada, pero que procuraria averiguarlo.

Escuchando estuvo atentamente Cervántes á la tia *Zarandaja*, y cuando hubo ésta acabado, la dijo:

—¿Y nada os preguntó ese hombre acerca de mí, que cuando junto á mí pasó, parecióme que me miraba con recelo?

—Sí que me preguntó, y con encarecimiento,—contestó la tia *Zarandaja*;—pero yo, que pude decirle mucho, nada le dije, porque me importa mucho más servir á la buena señora, mi vecina, que al otro.

—¿Y qué os parece, madre, si yo me casara con doña Guiomar?—dijo Cervántes.

Digitized by Google

A lo que respondió la vieja:

—Si no os casáseis con ella, ó casado seríais, ó estaríais dejado de la mano de Dios; porque un tal bocado de cardenal, y áun si me apretais de papa, ¿dónde le podríais encontrar mejor? Y que ella está enamorada, y celosa, y rabiando por que vos la pidais la mano, no me lo digais á mí, que en esto de amores soy yo maestra. Y si doña Guiomar no os quisiere, y para nada ménos que para marido, que me lleven por esas calles hasta las cuatro estátuas de la Tablada con coroza y sambenito, y que allí me quemen viva.

—Pues dándome ya por casado con doña Guiomar,—dijo Cervántes,—mirad si yo os recompensaré bien por lo que ahora me sirvais; ántes ha de faltaros talego, que escudos para llenarle.

—Pues diga vuesamerced, señor soldado,—dijo relumbrándole los ojos la tia *Zarandaja*.

—Quédese aquí por ahora,—dijo Cervántes,—que yo vendré más tarde y hablaremos.

Y con esto salióse, y ya más resuelto, fuése á la casa de doña Guiomar, á la que halló en su retrete con Margarita.

Digitized by Google

Digitized by Google

XI

En que doña Guiomar prosigue el relato de su historia.

—Tan á tiempo venís, señor Miguel de Cervántes,—le dijo doña Guiomar apénas hubo entrado,—que esta señora iba á empezar á relatarme sus desventuras.

Margarita, con los hermosos ojos fijos en el suelo, parecia ruborosa y como con miedo; pero no embargante esto, cuando oyó los pasos de Cervántes y las palabras que doña Guiomar, con la voz no muy segura, le habia dirigido, alzó la vista y en él la fijó, y de tal manera, que él se encontró entre dos fuegos; que de una parte le miraban los lucientes y enamorados ojos de doña Guiomar, y de otra los más tímidos, aunque no más castos, de Margarita, que aunque triste y apenada por la muerte de su madre y por la tris-

Digitized by Google

tísima orfandad en que se veia, no se defendia del amor que por Cervántes en el alma se le habia entrado, y le mostraba claramente en su mirar ansioso. Reparó en esto doña Guiomar, y apretósele el corazon, y empezó á nacer en ella la enemistad amarga de los celos contra Margarita; que á ella le parecia que Cervántes no miraba de una manera tan indiferente como ella hubiera querido á la hermosa huérfana; y con competidora se encontraba, y tal en cuanto á las bellezas corporales y en cuanto á las del alma, que por sus lucientes ojos mostraba, que era para que doña Guiomar temiese, y mucho, por el buen suceso de sus amores.

Alegróse de esto, en que no pudo ménos de reparar, Cervántes; que él creia, y no sin razon, que por más que doña Guiomar hubiese dado muestras, enviando primero á Florela en busca suya, y lanzándose después, sin algun miramiento, en un lugar tan indigno de ella como el bodegon de la tia *Zarandaja*, del encendido amor que le tenia, que este amor era de dificilísimo logro; que podia ser muy bien que, estando áun en los principios de aquel amor, por grande que él fuese, de los principios no pasase; ántes bien, con la reflexion se amenguase y desapareciese; sobre todo, que cuando en mucho se aprecia una cosa, viene á parecer imposible, y tanto cuanto más imposible se la cree, tanto más empeño en ella se

Digitized by Google

pone, y tanto más se estima aquello que puede ayudarnos al logro de la victoria; y que los celos de una parte, y la vanidad femenil de otra, son los mejores amigos de un enamorado para ayudarle á vencer su hermoso y anhelado imposible, sábelo todo el mundo; y sabíalo mejor que otros Cervántes, que en esto de conocer las cosas del mundo era graduado *in utroque*, como lo muestra claramente la gran perspicacia que acerca de la vida y de sus sentimientos ha patentizado en sus inmortales escritos: por lo mismo, y para estimular más los ansiosos celos de doña Guiomar, miró tiernamente, y como con codicia, á Margarita, puesto que por ella no sintiese otra cosa que una caritativa voluntad y una aficion honesta, que podia muy bien compararse con el amor de un hermano; que muy reciente estaba la herida que en su pecho habian abierto las grandes perfecciones de la hermosa indiana, y harto encendido el volcan de sus amorosas ánsias por ella, para que otra mujer, siquiera fuese un trasunto de belleza, pudiese curarla ni apagarle.

Sentóse entre las dos Cervántes en el canapé; procuró apagar doña Guiomar con el disimulo el fuego de su celoso cuidado, posó Margarita su mirada en el suelo, y habiéndola rogado la bellísima, enamorada y celosa viuda comenzase el cuento de sus desdichas, ella empezó de esta manera:

Digitized by Google

—Mi nombre es Margarita de Ledesma; el lugar de mi cuna la villa de Vitigudino, en Castilla, donde tenian alguna hacienda mis honrados padres. Llamábase él don Diego de Ledesma, y ella doña Isabel Ampuero; nobles eran, aunque no ricos, y me criaron en la comodidad, el temor de Dios y el ejemplo de honestísimas costumbres, y crecia yō contenta y feliz, sin sospechar siquiera que hubiese penas en el mundo.

Venturosos conocia á mis padres, venturosos á los que me rodeaban; hermoso era cuanto veia, la tierra, las aguas, las flores, el cielo, y yo no podia creer otra cosa sino que todo en el mundo era ventura, contento y hermosura. Llegué á mis quince años, y requirióme de amores el hijo de un rico ganadero vecino nuestro; y digo mal que me requirió, porque aunque él por mí de amores se abrasase, como despues pareció, nunca, ni con sus ojos, ni con su lengua, osó decirme el cuidado en que por mí se encontraba; ni áun fué él quien á mis padres lo dijo, sino los suyos, que cuidadosos por la salud de Gaspar, que así se llamaba este mi primer enamorado, viendo que cada dia estaba más melancólico y más y más se tornaba amarillo, inquirieron la causa de su dolencia, y sabiendo por él que yo lo era, á mis padres me pidieron, y dijéronmelo mis padres, y yo, que no sabia qué cosa fuese amor, ni necesidad alguna de él sentia, ni cosa encontraba en Gaspar que á él me lleva-

Digitized by Google

se, dije á mis padres que los obedeceria, sin saber á lo que me obligaba mi obediencia; y sin pensar mis padres en otra cosa que en el buen casamiento que yo haria, por lo rico que Gaspar era, mi casamiento con él concertaron, esperando que con el trato y comunicacion vendria el amor, de que entonces yo no daba ni áun remota señal. Como yo era niña, tratóse que el casamiento no se haria sino de allí á dos años, cuando yo cumpliese los diez y siete; y entre tanto, Gaspar, no teniendo valor, segun lo que en su carta me dijo, para conllevar á mi lado una tan larga espera, fuese del pueblo á Sevilla, y de allí partió en una galeota para las Indias Occidentales. Por algun tiempo yo recibí cartas suyas, que mi madre me leia y yo no entendia, porque felizmente mi corazon dormia tranquilo sin que le despertasen amorosos cuidados; pero al año no vino de las Indias carta de Gaspar, y se esperó en vano que viniese, y tanto tiempo pasó, que se dió á Gaspar por muerto; y aconteció entónces que, pensando yo que por mí solamente se habia partido á las Indias, y que yo, sin quererlo, habia sido la causa de su desventura, empezó á labrarse en mí por él una primera aficion y congoja; que se me representaba en sueños triste y enamorado, y tan macilento y pálido, que no parecia sino cosa del otro mundo. Desasoseguéme, y acabé al fin por sentir un amor tan extraño, que yo no podia darme cuenta de lo que sentia; y acometióme una

Digitized by Google

dolencia que no entendian los médicos, pero que, harto de prisa iba desmejorándome y acabándome. Pensaron mis padres que trayéndome entre el tumulto y las grandezas de la opulenta Sevilla me distraeria, y á ella me trajeron, y me engalanaron, y me llevaron á saraos y á divertimientos, adonde concurria la gente más garrida y más noble de Sevilla. Gastábase en esto mi padre, llevado del entrañable amor que me tenia, la mejor parte de su hacienda; y aunque por ser yo muchacha, y no mal parecida, y en las apariencias rica, me galanteaba gran número de jóvenes y hermosos caballeros, no se me iba á mí de la memoria aquel pobre Gaspar que por mí á las Indias se habia ido, y por mí sin duda habia muerto; y aparecíaseme con mucha más frecuencia en sueños, y más melancólico, y á cada aparicion con más semejanza de un alma en pena. Así es que los galanteos de los jóvenes señores que me buscaban enojábanme, y de tal manera mostrábame yo con ellos impía é incapaz de amores, que acabaron por llamarme la niña de *diamante:* yo tenia en el alma al sin ventura Gaspar, y él la llenaba de tal manera, que no quedaba para otra pasion ni áun el lugar más mínimo; yo creia que esto era amor, y bien veo que amor no es, sino una pasion que yo no puedo decir cómo fuese, sino que tal como era, me quitaba el gusto y el deseo para cualquier otro afecto.

Suspiró Margarita, y callóse como tomando

Digitized by Google

descanso, aunque tan al principio de su historia se encontraba. Oídola habia atentamente doña Guiomar, y cuando hizo pausa en su relato, aprovechando la ocasion, la dijo:

—¿Y Gaspar decís que se llamaba ese vuestro primer enamorado, amiga mia, y que de Castilla era y de Vidigudino?

—Sí que así es,—respondió Margarita.

—¿Y sabeis si, por ventura, ese Gaspar tomó bandera en Sevilla para los tercios de Méjico?

—De Méjico nos escribia,—respondió Margarita;—pero él nunca nos dijo en sus cartas hubiese entrado en la milicia; y si entró callólo, sin duda por no dar pesadumbre á sus padres.

—Un alférez he conocido yo,—dijo doña Guiomar,—que Gaspar se llamaba, y castellano y de Vitigudino era, y jóven, y de no mal semblante y apostura.

—¿Llamábase por acaso Gaspar de Valcárcel, señora mia?

—Sacado hemos al fin en claro que era el mismo que yo me pensaba el sin ventura,—dijo doña Guiomar.

—Pues sin ventura le llamais,—contestó con la voz triste Margarita, mirando con sus ojos serenos á doña Guiomar,—noticias debeis tener seguras de sus desdichas.

—Prendóse el señor Gaspar de Valcárcel,—dijo doña Guiomar,—de una señora, que ni á su

Digitized by Google

amorosa pasion ni á la de nadie podia corresponder honradamente, ni hacer cosa que contra su honra fuese, porque casada estaba con un oidor de aquella real chancillería.

Aguzó el oido Cervántes, porque sabia él bien que doña Guiomar era viuda de un oidor de la real chancillería de Méjico, y no dudó de que doña Guiomar era aquella por quien el alférez Gaspar de Valcárcel habia olvidado en Méjico los amores que habia dejado en España, y disculpóle; porque aunque Margarita era bella como la flor de la qué el nombre tenia, y niña y pura, comparada con doña Guiomar, era lo que la violeta comparada con la azucena, ó con el sol la luna; y díjose para sí, que á él, en el coleto del malaventurado alférez, hubiérale acontecido lo mismo; y disimuló sus imaginaciones, y continuó escuchando atento.

—Pues que vos le conocísteis, señora,—dijo Margarita,—y á la dama que sin pretenderlo y sin menoscabo de su decoro, que bien lo creo, fué causa de que de mí se olvidase, decidme os ruego cuáles fueron sus aventuras, que sin duda á un desastrado fin le llevaron.

—Combatido habia como bueno contra los indios bravos,—dijo doña Guiomar,—el señor Gaspar de Valcárcel; merecido habia, por tanto, que el virey le hiciese alférez, y, más aún, que le diese este empleo en los alabarderos de su guardia, con

Digitized by Google

lo que Gaspar de Valcárcel vino á residir de asiento en Méjico, y á tratarse con las personas más calificadas que en aquella rica ciudad, gloria de Hernan Cortés y joya de España en las Indias, moraban. Conoció á la dama que os he dicho, y aunque ella no le diese causa ni razon alguna para que á su honra se atreviese solicitándola, que el que solicita á una mujer casada, por serlo, la desprecia, que si no la creyera capaz de una vileza, no la solicitara; solicitóla, y ella, que calzaba muy altos los puntos de la honra, indignóse, y por no afligir é indignar al viejo marido, que á más de ser únicamente hombre de leyes, no estaba en edad de mantener espada en la mano contra mozos, y áun mozos bravucones, no queriendo dejar sin castigo aquel de todo punto sin disculpa atrevimiento, confióse á un alguacil de los más ágrios de la cámara de su esposo, hombre de puños y de alientos, y díjole:

—Cedacillo, tan leal eres á tu amo y á mí, que hacerte quiero una confianza, esperando que harás lo que te cumple, en agradecimiento á lo que á tu señor y á mí nos debes, y es que si te atreves des una apretada vuelta, como tuya, á cierto bravo mancebo, alférez de los alabarderos del virey, que se llama Gaspar de Valcárcel, y que cuando le apretares los puños, le digas: «Ahí va eso de parte de mi señora.»

Y aconteció, que á la otra mañana encontraron

Digitized by Google

sin sentido en la plaza, molido y casi descoyuntado, rota la espada, rasgado el traje y entre si se vá si se viene, al señor Gaspar de Valcárcel, sin que nadie supiese, ni él lo dijo, quién de tal manera ni por qué causa le habia malparado.

Convaleció nuestro hombre, no sin que se temiese por su vida, y tan escarmentado quedó, que ni osó volver á poner sus ojos en aquella dama, ni á buscar á Cedacillo para tomar venganza del rapapelo que habia sufrido.

—Tan al por menor estais, señora mia,—dijo á este punto Margarita,—que no es dable que no seais vos aquella dama, que con tanta justicia mandó castigar al ciego y enloquecido, más bien que culpable, enamorado mio. Y no le culpo, porque vuestra hermosura es tal, que bien se alcanza que de todo otro amor aparte á un hombre, y le vuelva loco.

—Yo soy en efecto,—dijo doña Guiomar,—y dígoos á lo de la disculpa que en el que fué vuestro enamorado encontrais, que no la merecia; que no una locura de amor le llevó á punto de ofenderme, sino un apetito desordenado y asqueroso; y no pasion tuvo por mí, sino empeño tenaz por el que olvidó hasta el último vislumbre de su honra; que no atreviéndose á insistir en sus solicitudes, temeroso de un nuevo y más grave castigo, tiró á vengarse, y como no tenia de qué, porque la justicia que se sufre no da ni puede dar

Digitized by Google

lugar á la venganza, quiso deshonrarme propalando contra mí inauditas calumnias, que por fortuna mia acabaron donde empezaron. Y aquí, para que sepais lo que sucedió, empieza esta historia, que es la prosecucion de la que yo os he contado ya, señor Miguel de Cervántes, hasta el punto en que, engañado mi padre por la traicion que á mi madre hacia su doncella Lisarda haciendo creer á don Baltasar de Peralta, como ya os dije, que con mi madre, y no con una doncella suya, tenia amores, mi padre, llamado por un su pariente, acudió á sorprender, engañado, á la que creia su esposa adúltera. Dejamos mi relato, señor Miguel de Cervántes, en el lugar en que, habiendo abierto Lisarda el postigo, entróse por él don Baltasar de Peralta, y en aquel mismo momento, y ántes de que el postigo se cerrase, metiéronse por él espada en mano mi padre y su primo Francisco de Rivalta, que este era el nombre de mi difunto marido.

Y como este pariente mio llegó á ser, andando el tiempo, mi marido, lo sabreis cuando llegue la hora. Decia yo que por el postigo, áun entreabierto, entráronse empujándole, y espada en mano, mi padre y su primo Francisco de Rivalta; y como el aposento estuviese oscuro, Rivalta abrió una linterna que á prevencion llevaba, y encontráronse con que, hecha una estátua á causa del espanto, estaba á poca distancia del postigo Lisarda, y

Digitized by Google

junto á ella, con la espada en la mano, y mirando á aquella mala mujer, todo asombro, á don Baltasar de Peralta. Arrojóse Lisarda á los piés de mi padre y confesó su delito, pidiéndole con lágrimas y desmayos la perdonase, y viese que el amor que la habia cogido por don Baltasar de Peralta, al engaño la habia llevado de hacerle creer, recibiéndole siempre á oscuras, que no era ella, sino su señora quien le recibia. A lo cual, ciego de furor mi padre, contestó atravesando con su espada á aquella criada traidora, y volviéndose luego á don Baltasar de Peralta, que deshonrado le habia, aunque no hubiese sido sino engañándose, con él cerró, y á poco cayó mi padre sin vida, que ménos diestro era que don Baltasar de Peralta y le furor le cegaba. Huyó espantado del suceso don Baltasar de Peralta, y mi pariente Francisco Rivalta salió tras él, siguiéndole sañudo y loco, y sin poder alcanzarle, que no hay quien alcance al que huye llevando el pavor en el alma. Hallóse Francisco de Rivalta, cuando se perdió en las oscuras y revueltas callejuelas don Baltasar de Peralta, á mucha distancia del lugar de la tragedia, y vino sobre sí, y pensó en lo que le acontecia, y vió que si á la justicia daba parte, y por ello pruebas de haberse hallado en el lance, le prenderian, y prendiéndole le impedirian el tomar venganza y justicia, como el quería tomarla por su mano, de don Baltasar de Peralta; y fuése para su casa, entrando

Digitized by Google

en ella recatadamente, como habia salido con mi padre, por un postigo. Y sucedió, que cuando aquella inaudita desgracia sobrevenia, mi madre me daba á luz á esta vida desventurada, que he sufrido y sufro. Al ruido de las espadas acudieron algunos criados; pero cuando llegaron sólo hallaron los dos cuerpos sin vida de mi padre y de Lisarda, y el postigo abierto, por donde claramente, á lo que parecia, el autor ó los autores de aquellas muertes habian escapado.

Sobrevino la justicia; ocultóse el suceso á mi madre, que fuera impío decirla recien parida que se habia quedado viuda y con aquellas apariencias; el mundo no juzga más allá de lo que se ve en la superficie, y todos echaron á la peor parte lo que habia acontecido, y díjose, porque así lo creyeron, que mi padre, enamorado de la hermosura de Lisarda, secretamente se habia venido de Nápoles, y con Lisarda se veia en secreto, y que tal vez algun otro enamorado, celoso de Lisarda, las dos muertes habia hecho.

Callóse don Francisco de Rivalta, que bien pudiera haber patentizado la verdad; pero como la honra de mi madre quedaba á salvo, y venganza queria tomar por su mano de don Baltasar de Peralta, guardó el secreto. Buscó la justicia á los homicidas, dióse por vencida no hallándolos, y mediando los ruegos y las dádivas de Francisco de Rivalta, se echó tierra sobre los muertos, y

Digitized by Google

con ellos se enterró para mi madre el secreto de de la muerte de su esposo, á quien en Nápoles creia. Pero no recibiendo cartas suyas en respuesta á las que le escribió anunciándole mi nacimiento, y como el tiempo pasase y carta de mi padre no viniese, puesta en un angustiosísimo cuidado, escribió al mayor de los tercios de Nápoles pidiéndole noticias de su esposo. Entretúvola aquel caritativo caballero con escusas y vaguedades, hasta que al fin la dijo, no pudiendo más defenderse, lo que él en verdad sabia, esto es, que mi padre habia pedido licencia y partido para España, sin que hubiese vuelto á saberse lo que de él habia sido. Y como Lisarda hubiese desaparecido tambien, dió mi madre en imaginar que enamorado de ella su esposo, por ella secretamente á Sevilla habia venido, llevádosela, y con ella desaparecido. Callábase todavía Francisco de Rivalta, porque tenia, y con razon, por más cruel para mi madre la verdad que la duda; y asistíala, que adolecido habia mi madre gravísimamente de tristeza, y agravábase y amenazaba irse por la posta, acabada por el insoportable dolor de su desventura. Desaparecido habia tambien don Baltasar de Peralta, como gota de agua que cayó en la mar, y Francisco de Rivalta no le buscaba, porque le obligaba la asistencia á mi doliente madre, que al fin halló el remedio á su desventura en la muerte.

Detúvose al llegar aquí doña Guiomar; el co-

Digitized by Google

razon se la habia oprimido, y las lágrimas, que en vano quiso contener, rompieron por sus hermosos ojos.

Oídola habia Cervántes grave y triste, y estremecida y tomada por una melancólica pena Margarita. Desahogó con sus lágrimas el dolor de aquellos sus tristísimos recuerdos doña Guiomar, y enjugándose los ojos, continuó con voz desfallecida.

—Huérfana quedé cuando aún no contaba un año, con mucha hacienda y mucha nobleza; pero sola y sin más arrimo que aquel mi lejano pariente, que fué despues el buen esposo mio. Un labrador que tenia en arrendamiento una de mis haciendas, y cuya mujer estaba criando, á su cargo tomóme; y libre ya del cuidado mio, mi pariente, Francisco de Rivalta, por el mundo se fué á buscar, ardiendo en saña, al causador de tanta desdicha. Era él jóven aún, graduado en letras humanas, en leyes y en sagrada teología y cánones, y como he dicho, alcalde del crímen en Sevilla. Por mí á su vara renunció, que parecióle cosa imposible atender á las graves obligaciones de su oficio y al mismo tiempo á las de padre mio, en que mi orfandad le habia puesto. Atrasóse en su carrera por buscar al causador de nuestras desdichas y tomar sobre él, en el nombre de mis padres, justicia y venganza; y por el mundo andúvose tres años, gastando su

Digitized by Google

hacienda, inquiriendo y buscando á aquel hombre, vislumbrándole á veces, sin encontrarle nunca, y perdiéndole de nuevo cuando más esperanza tenia de ponerse á una distancia de él del largo de las espadas. Pero Dios no queria que aquel irreconciliable enemigo de mi familia fuese castigado, sin duda porque le guardaba para que le castigáseis vos, señor Miguel de Cervántes.

—Gran merced es esta que á los cielos debo, y por la que les estoy agradecido,—dijo Cervántes;—y justo es que una tan grande hermosura como la vuestra, y una tan gran suma de perfecciones como en vos se hallan, con grandes merecimientos conseguida sea y lograda; y dígoos, que mucho me pesa de que lo á que por vos obligado estoy, de tan liviano momento sea, en vez de ser comparable á los trabajos de Hércules ó á los peligros de la encantada Puente Mantible, que si así fuera, mayor seria mi contento, porque exponiendo por vos cien veces mi vida, y poniéndola en cuestion con lo imposible, más estimaríais y á mayor amor por mí os llevaria, el encendido amor que os tengo.

—No creo yo que sea posible ir más allá de donde, no sé si por mi ventura ó mi desdicha, reconocida, obligada y enamorada me siento; y no extrañeis que esto delante de esta doncella aquí presente os diga, que ella es mujer, y sabe, ó si no lo sabe lo barrunta, los rendimientos de amor

Digitized by Google

á que puede llegar una mujer enamorada, no embargante la honestidad y la honra, que prendas preciosas son estas del alma, y no pueden perderse sin que ántes se pierda el temor de Dios. Y no hablemos más de esto, y con mis desventuras sigo. Desesperado ya Francisco de Rivalta, mi pariente, al ver que por cerca que hubiese tenido á don Baltasar de Peralta, nunca ponerse delante de él habia logrado, volvióse á su casa de Sevilla, y encomendó á la Providencia de Dios el castigo de nuestro contrario; y pasó el tiempo cuidando él mi hacienda, y yo criándome, y habiendo yo cumplido seis años y él treinta, vínose al pueblo, sacóme del poder de los honrados labradores que me habian criado, y púsome en las monjas de Santa Clara, y al cuidado de dos tias, hermanas de mi padre, que allí eran señoras de piso. Vendió la hacienda que le quedaba para comprar otra vara de alcalde, y alcalde fué algunos años, y por sus merecimientos, luégo, oidor en la real chancillería de Valladolid, y por último nombráronle presidente de sala de la real chancillería de Méjico. Larga era la distancia á que de mí iba á ponerse, y ó renunciaba el honorífico y encumbrado oficio que se le habia dado, ó descuidada me dejaba, estando entre ámbos los mares. Habia yo cumplido ya mis diez y ocho años, y enseñádome habian las buenas madres todo lo que enseñarme podian.

Digitized by Google

Mis dos ancianas tias habian muerto la una tras la otra. A tomar el velo habíase querido inclinarme; pero Dios no me llamaba á la perfeccion de la vida monástica; ántes bien, ansiaba yo ver lo que fuera del convento habia, que aunque decian que el mundo estaba gobernado por Satanás, y que en él la perdicion acechaba á las criaturas, decíame á mí la luz natural de mi entendimiento que cuando tantas gentes vivian en el mundo, no debian ser tan grandes sus peligros, dado que el mundo no se habia acabado ya, y todas las cosas que contra el mundo me decian, metíanme más en apetito de conocerle.

En fin, que yo no tenia vocacion para la clausura, y así lo dije á mi buen padre y pariente cuando me preguntó sobre ello. Visto por él lo cual, y que yo estaba ya crecida y hecha una mujer, y que en el monasterio estaba de ojos, luego de él sacóme y llevóme á una casa noblemente alhajada, en que para servirme habia una respetable dueña, ó más bien aya, señora viuda, de grande virtud, honestidad y entendimiento, con otras doncellas y criados; y carrozas y sillas de mano, todo como habia de ser, teniendo en cuenta mi grande hacienda y la clara nobleza de mi linaje; y él, para evitar murmuraciones, fuése á otra casa, y no me veia más que al dia breves momentos, y áun así, tratándome con un tal respeto y encogimiento, y de una manera tán avarienta mirándome,

Digitized by Google

aunque lo disimulaba, que puesto que yo no entendia de amores, por barrunto conocí que él de mí estaba enamorado, y que por su edad y sus achaques, que le hacian parecer más viejo que lo que en realidad lo era, á declararme sus amorosos sentimientos no se atrevia; muy por el contrario, mandaba á doña Agueda me llevase á cuantos divertimientos podia yo concurrir honestamente, y en esto veia yo que él buscaba que, conociendo el mundo y tratándome con él, de algun caballero que de mí fuese digno me enamorase, para con él casarme. Pero era el caso, que aunque muchos me solicitaban, y me escribian versos, y me daban música, y por mí con otros se enemistaban y reñian, haciendo de mi calle palenque nocturno, donde más de alguno dejó entre rabiosas y celosas ánsias la vida, yo no me agradaba de nadie ni queria agradarme, y no habia rendimiento que me incitase ni merecimiento que me rindiese; visto lo cual por don Francisco de Rivalta, y creyendo, acaso, por el cariñoso modo de mi trato con él, que á pesar de sus años y sus dolencias yo le amaba, y que si yo no se lo mostraba, á causa era de mi recato, propúsome un dia, todo tembloroso, como aquel que teme encontrar la muerte en su propio atrevimiento, si queria con él casarme.

Díjele que sí, sin saber lo que me decia, que era yo tan inocente como cuando entré en el convento; y el casamiento se hizo con gran pompa y

Digitized by Google

regocijo, como á nuestra riqueza y nobleza convenia; y ántes de que el festin de las bodas se terminase, díjome mi aya doña Agueda no sé cuántas cosas, que yo no pude entender; y luego, cuando acabada la fiesta se fueron saliendo de casa los convidados, la madrina me dijo otras cosas que tampoco entendí; y rodeada de las doncellas de honor, lleváronme á lo que mi madrina llamaba el tálamo, y que yo no sabia qué cosa fuese, y metiéronme en una habitacion ó cámara lujosamente ornada, en la que habia un gran lecho todo guarnecido de blanco y adornado con flores, y allí me dejaron sola y suspensa, cuando á poco hé aquí que entró mi esposo pálido y convulso, y alentando apénas, y á mí se vino á abrazarme; visto lo cual, yo me hice atrás tres pasos, y espantéme y extendí hácia él los brazos, como para impedir que me tocase.

—¿Pues qué, señora de mi alma, —dijo don Francisco, quedando inmóvil y como si le hubiese herido un rayo, —no sabeis que sois mi esposa y que ante el altar de Dios nos hemos juntado en uno?

Siguióse á esto una conversacion, por la que el desdichado don Francisco de Rivalta vino á convencerse de que yo con él sin amor me habia casado, y áun sin saber lo que el amor y el casamiento fuesen, y de esto provino que, dando un profundo suspiro, me dijo:

Digitized by Google

—Siéntolo, porque si mañana os prendáreis de alguno, amarle no podreis, sin ofensa á Dios y sin menoscabo de la vuestra y de mi honra; pero yo juro, que si alguna vez solamente inclinada á prendaros de alguien os conociere, con mi muerte os dejaré libre, para que podais ser dichosa. Entre tanto, por padre tenedme.

Y sin decir más, salióse, pálido como un muerto, y preñados de lágrimas los ojos, sin que yo llegase á comprender todavía la causa de aquello, que era para mí lo que la luz para el ciego, que no sabe que hay otra cosa que las tinieblas en que su ceguera le tiene.

Llevóme mi esposo á Méjico, y digo mal mi esposo, mi padre, adonde le llevaba el cumplido plazo de la licencia que para el cuidado de sus asuntos propios en España habíanle concedido. Gente es la de Méjico rica y ociosa, dada al galanteo é inclinada á las malas costumbres; y como si don Francisco hubiese querido remediar el yerro en que, casándose conmigo, habia dado, abierto habia nuestra casa á los saraos y á los festines, y no parecia sino que para convidarlos á ellos buscaba á los caballeros más jóvenes, y más galanes, y más ricos; y de tentaciones me rodeaba, sin apartar de mí la vista, y aguzando la experiencia que le habian dado sus largos años de judicatura, todo por ver si yo á alguno me inclinaba, que pudiese, libre ya y viuda, amándome, por

Digitized by Google

su amor venturosa hacerme. Perdido habia yo, en fuerza de las solicitudes y galanteos que me rodeaban por todas partes, aquella mi primera inocencia, ó más bien ignorancia, de las cosas de la vida. Conocia harto bien el grande sacrificio en que por amor mio mi buen esposo se empeñaba, y gran parte hubiera sido esto para que yo me enamorase de él, que Dios me ha dado buena alma y agradecida; pero no es el amor cosa que cuando se quiere se tiene, ni hay tienda donde se compre, ni lugar donde se le busque; que él viene cuando ménos se le espera y en el alma se nos entra, y la avasalla, y prenda nos hace, no de aquel á quien hemos buscado, sino del que Dios ha querido que venga para hacerse dueño de nuestra vida y de nuestra alma en un solo punto; que el amor viene del cielo cuando ménos se le espera, y porque es aliento de Dios, es como Dios divino, y logrado cuanta gloria puede haber en la tierra.

Suspiró doña Guiomar, partiósele de los ojos, aunque involuntariamente, una mirada, que como si hubiera sido fuego del cielo, en su dulce fuego abrasó el corazon de Cervántes, y luégo, bajando los ojos ruborosa la bellísima doncella viuda, quedóse en silencio como si la grandeza de lo que sentia la vedara el uso de la palabra.

No ménos confusa y turbada parecia Margarita, y agitábasela el seno, como si una potente fuerza dentro de él se hubiera conmovido inquie-

Digitized by Google

ta. Conocíase adorado Cervántes por la hermosísima doña Guiomar y por la bellísima Margarita amado, y dolíale, y no sabia qué hacerse, y acometíanle un tumulto de tentaciones que consigo mismo le enemistaban; porque si bien él era mozo galanteador que no reparaba en inconvenientes, hasta entónces, como ya se ha dicho, con amor no habia dado que le obligase y en tristezas y cuidados le pusiese; y encontrábase entre dos mujeres, ambas merecederas de todo respeto y homenaje; y puesto que Margarita le pareciese hermosa á maravilla, y dulce y enamorada, parecíale doña Guiomar una divinidad; y no habia lugar á que dudase; que tratándose de que perdiese su libertad bajo el yugo, tal vez durísimo, del himeneo, doña Guiomar era sin contradiccion y sin sombra de duda su escogida y su bien amada; y como él no pudiera partirse en dos, ó no hubieran de llegar á hechos las tentaciones que por Margarita sentia, ó habia de tenerla por amiga, cosa que los hidalgos y cristianos pensamientos de Cervántes repugnaban; que tratándose de una doncella tal, y tan mal aventurada, y tan cuitada como Margarita, infamia hubiera sido, prevaleciéndose de sus inocentes amores y de sus desdichas, perderla en la desonra como una hembra de poca valía, en malos pañales criada y á todo puesta; así es que Cervántes no sabia qué hacerse; que si los amores de Margarita, que ya se mostraban harto claros, no

Digitized by Google

aceptaba, heríala á un tiempo en su vanidad y en su amor, y aceptándolos la perdia y á doña Guiomar ofendia, y él mismo se ofendia en sí mismo en las dos; que no se puede ir por un mal camino sin exponerse á caer en los despeñaderos que en él se encuentran, y tanto más, que estos caminos malos son resvaladizos, y una vez entrados en ellos, atrás no podemos volvernos y nuestra perdicion es segura, y quien en el peligro se mete conociéndole, las desventuras que le sobrevengan merece. Conocíalo todo esto Cervántes, y en ello pensaba, y pensando en ello aparecia confuso y turbado, tanto casi como las dos de él enamoradas doncellas. Al fin doña Guiomar, rompiendo su silencio, continuó de esta suerte:

—Yo, conociendo ya el mundo, hubiera querido premiar el amor de mi esposo, si no con el amor de mi alma, dándole la posesion de esta mi persona que tan hermosa le parecia, y, aunque procurélo, ser no pudo, que él tenia mucha experiencia y mi intento conocia, y que aquello por lo que yo me brindaba á arrojarme en sus brazos, no era amor, sino compasion y agradecimiento; y evitólo, y sufrió su martirio en silencio, y como estaba achacoso y más viejo que por sus años debia serlo, agraváronse sus dolencias y con él al fin acabaron; que murió el desdichado casi loco de amor entre mis brazos, y sin que yo evitarlo pudiera. Dejóme su hacien-

Digitized by Google

da, que puesto que hubiese vendido para comprar su primer oficio la primera que sus padres le dejaron, por los grandes provechos que los oidores gozan en las Indias, habíala hecho, y buena: ¿pero qué era su hacienda comparada con la opulenta hacienda mia? ¿ni de qué podia servirme más que de amargura, siendo así que la tenia por su muerte?

Triste quedéme, desamparada, y lo que fué peor, en peligro; que apenas cubrió la tierra de la fosa el cuerpo del sin ventura esposo mio, pareció que de otra fosa ignorada salia, para poner en mi corazon ira y espanto, el eterno perturbador de mi sosiego, á quien yo no conocia más que por la relacion que de él me habia hecho mi esposo; digo que apenas, despues de los primeros meses del luto, á la calle salí, y en mi casa empecé á recibir como ántes á mis amigas, y á los amigos de mi marido, hizo le presentasen en ella sin mirar en nada, y como si hubiese ignorado que yo ignoraba su nombre, conociéndole por el mortal enemigo de mi familia, el capitan don Baltasar de Peralta. Perturbéme al oir su nombre, pero tuve valor, ó Dios me lo dió, para disimular; y cuando todos se fueron y con él me quedé sola, que él de intento para procurar la ocasion se habia hecho reacio (cosa que fué reparada por todos, y á todos les hizo creer que eran ciertas las calumnias que de mí se decian, y que Gaspar

Digitized by Google

de Valcárcel, alférez de alabarderos del virey, habia propalado), túvoseme por liviana muy más que ántes, y por mujer que, olvidada de todo pudor, libre ya por la muerte del marido, en nada reparaba ni se detenia, y que no era ya el alférez Valcárcel el único y sólo favorecido por mí, sino que tambien de mis favores gozaba el capitan don Baltasar de Peralta, que por muerte del capitan de los alabarderos del virey, de España para sucederle habia ido.

Nadie pudo oir lo que yo, encolerizada y embravecida, dije á don Baltasar de Peralta en cuanto, como lo ansiaba, con él me ví á solas; que despues de manifestarle que al oir su nombre le habia conocido como el matador de mi padre, de mi casa arrojéle, amenazándole con mi venganza. Oyóme inalterable don Baltasar de Peralta, sonrióse como hubiera podido sonreirse un demonio, y díjome saliendo de mi estrado:

—¡Vive Dios, que ó habeis de ser mia, ó tanto haré, que habeis de soñar conmigo como si soñárais con el diablo!

Dieron á este punto en la iglesia del Salvador las Ave-Marías de las doce, y como un paje apareciese y dijese que ya la mesa estaba servida y esperaba á los señores, doña Guiomar dijo:

—Pongamos por ahora punto redondo á la relacion de los negros sucesos de mi vida, que de ellos no ha de hablarse delante de los criados, y

Digitized by Google

déjese la prosecucion para despues de la siesta, que en el jardin nos juntarémos.

Y con esto levantóse la hermosísima viuda, y tras ella, Margarita y Cervántes á comer con ella se fueron.

Digitized by Google

Digitized by Google

XII

De como se iban cruzando los amores y apercibiéndose á una ruda batalla los celos.

Tal era la mesa de doña Guiomar, y tan alhajada de ramilletes y vajilla de oro y plata, que no la mesa de una dama particular parecia, sino la del opulento Lúculo.

Sentáronse á la mesa con doña Guiomar y sus dos convidados, doña Agueda, ya anciana, que aún junto á ella vivia, y su capellan, docto licenciado, ya de edad provecta y de muy buenas maneras y gracia, que la mesa bendijo, despues de lo cual, y de haber servido lindas doncellas los aguamaniles, empezó la comida, tan variada y tan suculenta, que más que comida ordinaria, banquete de Estado parecia.

Asomaba en todo clara y manifiesta la gran riqueza de la bella indiana, y era de ver el

Digitized by Google

lujo de las libreas de los pajes, que solícitos y diestros, y seis ú ocho en número, las viandas servian, yendo sin cesar de los bufetes á la mesa y de la mesa á los bufetes.

Duró la comida no ménos de dos horas, y no se acordaba Cervántes de haber comido en su vida de una tan egregia manera, no embargante lo cual, inapetente mostróse; que harto le ocupaban el cuerpo los pensamientos que le combatian, aunque en el semblante sus efectos disimulase; y disimulaba doña Guiomar, pero mostrábase taciturna; y en cuanto á Margarita, no podia pasar bocado, porque su triste madre se la representaba muerta á las crueles manos de la miseria, y recien enterrada, y la desnudez de la mezquina casa que para siempre habia abandonado se la ponia en comparacion con aquella ostentosísima sala, ennoblecida por tablas y lienzos de los más estimados pintores sevillanos, y con aquella riquísima mesa, cargada de oro y plata, de flores y frutas, en cuyas botellas de rico cristal de Alemania aparecian los dorados vinos de Montilla, y los pardos del Rhin, y los tintos de la Mancha, pareciendo los unos topacios, y carbunclos negros los otros. Amargábala todo esto su ya grande amargura á Margarita, y por no mostrarse desagradecida, fuerza se hacia para comer, y comiendo se martirizaba; y considerando que con lo que en aquella mesa sobraba á lo necesario, y áun á lo

Digitized by Google

noble y rico, hubiera podido salvarse su madre, las lágrimas se la subian á los ojos, y el mayor tormento que sufria era contenerlas. Aumentaba su martirio el ver cuánto la aventajaba en hermosura y riqueza doña Guiomar, y que ni aún esperar por soñacion la era dado que aquel su generoso protector dudase ni un solo punto entre ella y doña Guiomar.

Entretuvo como pudo la conversacion el capellan con las noticias que por Sevilla corrian, siendo gran parte para ello lo que se contaba de la liga del rey Católico con los venecianos para su guerra contra el Gran Turco.

Terciado habia en la conversacion Cervántes, y puesto en cuidado á sus dos enamoradas, porque decir le oyeron que él sentia mucho que su compañía de infantería no era de las que habian de embarcarse para ir contra el Turco, sino que se embarcaria para Nápoles; y temian que, segun encarecia su deseo de hallarse en aquella grande empresa, al fin no se pasase á una de las compañías que muy presto habian de embarcarse en las galeras que debian zarpar para Mesina.

La comida, de suyo triste, más triste se hizo para ellas con la noticia de que, si no contra el Turco, para Nápoles habia de embarcarse Cervántes; y levantados que fueron de la mesa, fuéronse todos á dormir la siesta, que así era uso, aunque nuestro Cervántes y nuestras dos enamoradas no

Digitized by Google

pudiesen conciliar el sueño, combatidos como estaban por sus graves, celosos y tristes pensamientos.

Pero cuando sonaron las Ave-Marías de las tres, levantáronse todos, aliñáronse, y habiendo avisado doña Guiomar que los esperaba en un sombroso cenador del jardin, allá se fueron, y á doña Guiomar encontraron sentada en unos cogines, bajo la sombra de las tupidas enredaderas, de las zarzas rosas y de los jazmines que el cenador cerraban, dejándole en aquella hora, que era la del gran calor, en una media luz y con tal frescura, que allí no se conocia que fuese verano y en el punto más caloroso.

Servida habia en una mesa una limonada para el refresco, y tomádole que hubieron, Cervántes y Margarita pusiéronse el uno á un lado y el otro al otro de doña Guiomar, que con voz ya un tanto cansada y lánguida, continuó su relacion de esta manera.

Digitized by Google

XIII

En que se ve que doña Guiomar hubiera hecho muy bien en no contar tan presto su historia á Cervántes y en no amparar á Margarita

—Decia yo,—dijo doña Guiomar,—cuando la hora del comer llegando, suspendió mi historia, que el capitan don Baltasar de Peralta, apareciendo como si le hubiera abortado la tierra, en el punto en que murió mi buen esposo, requirióme de amores, y con tal empeño, y una al parecer tan grande seguridad de la victoria, que yo hube de arrojarle de mi casa con la prohibicion de no volver á ella; y aquí empieza la tragedia del alférez Gaspar de Valcárcel, que desesperado y codicioso don Baltasar de mostrarme cuánto me amaba y cuánto por mi honra miraba, aunque él hubiese sido quien, á socapa y permaneciendo oculto en Méjico, hubiese ayudado con dinero y malos consejos á Valcárcel, que no lo necesitaba mucho,

Digitized by Google

para que contra mí la viperina lengua soltase, ya trocadas las cosas por la inopinada muerte de mi marido, y pensando en hacerme su mujer, por aquello de que quien porfía consigue, y de que no hay fortaleza que no se rinda si bien se la asedia, y doliéndole que de la qué, segun él creia, habia de ser su mujer se dijesen cosas bajas, deshonestas y vergonzosas, por todo esto, un dia que encontró á Gaspar de Valcárcel entre otros caballeros extremando contra mí sus calumnias, díjole:

—Cosa séria es, y con la cual los que se precian de hidalgos no se atreven, publicar las debilidades ó las liviandades de una señora, puesto que sean ciertas; que hay cosas tales y tan infames, que áun los labios por donde se manifiestan queman; y señal de buen estómago, aparejado para todo, da el que de cosas corrompidas hace pasto, y luégo le arroja por la boca en inmundicia, apestando á todo el que á su lado tiene, para lo cual se necesita ser mal nacido y villano; pero cuando no se vomitan podredumbres ajenas, sino de la propia alma de quien las arroja, quiero decir, cuando aquello con que se escandaliza al mundo es ficcion traidora, villanía intencionada, puñalada dada á traicion, ponzoña administrada á trasmano, como es todo lo que vos decís, alférez, de esa señora, (para hablar, de la qué debíais bañaros la boca con agua rosada, y quitaros el sombrero y arrojar de vuestra boca perlas, que no difamaciones), no es

Digitized by Google

ser ya villano y mal nacido, sino infame y traidor y asesino cobarde, que por la espalda en el corazon hiere á quien debiera honrar y reverenciar; y adviértoos que á lo que digo no admito réplica; y que si no os rompo á bofetones la malvada boca que tales nunca oidas vilezas pronuncia, es por no contaminarme la mano con el veneno asqueroso que de vuestra boca mana.—A lo cual no contestó el alférez, sino que dijo á uno de sus amigos dijese á don Baltasar que tales cosas no podian decírsele á él, no ya públicamente, sino que ni áun en secreto, sin que él cortase, quemase la lengua y arrancase el corazon al que á tanto se habia atrevido. Y con esto, aquella noche el alférez, con un su amigo, y don Baltasar con otro, á un lugar apartado se fueron, y allí don Baltasar, con más fortuna, ó más valor, ó más destreza que Valcárcel, matóle, dándole á los primeros embites de la pelea una estocada tal, que el corazon partióle; y el mísero á quien su mala lengua, ó más bien la desgracia de encontrarse en el mismo empeño que don Baltasar, habia matado, no pudo ni áun decir ¡Dios me valga!

Contómelo al otro dia uno que de todo habia sido testigo, ó por servirme, ó tal vez por servir á don Baltasar, que quiso que yo supiese cuánto por mí habia hecho, y en qué trance por mi honra se habia puesto. Ya sabeis, pues, doña Margarita, á qué mal fin llegó, por sus malos pasos, aquel

Digitized by Google

vuestro amante, y desde ahora, si quereis, podeis continuar vuestra historia, que yo no interrumpí sino para deciros lo que del alférez Valcárcel habia sido.

—Ignoraba yo,—dijo Margarita,—que tal fuese el hombre con quien mis padres mi casamiento trataron, y al que no sé si amé; porque ahora conozco que el amor es muy distinto de lo que yo habia creido. Y como al decir estas palabras, por más que quisiese disimularlo, se la fuesen los dulces ojos á Margarita hácia Cervántes, mucho tuvo que hacer doña Guiomar para no dar indicios de la enemistad y áun del ódio que en aquel mismo punto nació en ella contra Margarita.

Disimuló, no obstante, y dijo:

—Pues que del relato de vuestra historia estamos pendientes, seguidla, que ya veis con cuánta atencion y buen deseo os escuchamos.

—No ha de ser sin que vos acabeis vuestro relato,—señora,—dijo Margarita, que lo que del mio queda, aunque sea bien doloroso, es harto breve.

—Pues no falta gran cosa á mi historia,—dijo doña Guiomar,—y sigo en ella por complaceros y porque se acabe la porfía. Y habeis de saber que matando don Baltasar á aquel villano difamador de mi honra, no me favoreció por esto, sino que á peor punto llevó mi fama; que todos dijeron, no que yo era una dama honesta, sino que don Bal-

Digitized by Google

tasar habia cegado de amores por mí, propuéstose habia casarse conmigo, y pretendido atajar una maledicencia, que cuando él fuese mi esposo habia de alcanzarle; y si ántes era el difunto Valcárcel el solo que contra mí vomitaba maledicencias, una vez él muerto, avivado el incendio de la calumnia por el móvil de la envidia, dieron en decir de mí tales cosas á propósito de las músicas y de las rondaduras con que don Baltasar me afligia, que ya abandonada en Méjico de todos, que de mí huian como si hubiese estado apestada, me propuse escapar de aquel no merecido infierno en que me encontraba; y vendidos los cuantiosos bienes de mi marido, que montaron á muchos cuentos de escudos, amen del oro y plata labrada que en nuestra casa habia, embarquéme para España y llegue á Sevilla, donde en manos de genoveses puse mi dinero á ganancia, y en la casa de la Contratacion las barras de oro y plata que de las Indias truje, y al meson de la Cabeza del Rey don Pedro acogíme, en tanto que casa hallaba en donde morar con la decencia que á mi linaje y á la memoria de mi marido correspondia; y no siempre en el meson de la Cabeza del Rey don Pedro he estado, que largas temporadas he pasado en una granja que de mis padres era; y así se han pasado bien dos años, y hubiérame quedado en la granja con mi viudez y mi desgano del mundo, lejos del ruido de la populosa Sevilla, á no ser

Digitized by Google

porque, descubierto mi retiro por el eterno enemigo de mi familia y mio, de tales asechanzas me ví rodeada, que de vivir en despoblado tuve miedo; que aunque mis criados eran muchos y valientes, y fieles, capaz hubiera sido don Baltasar de juntar un ejército de salteadores, y combatir la granja y robarme, cosa que en Sevilla no es fácil, donde hay tanta gente de guerra y de justicia, y toda al servicio del rey, para seguridad de sus buenos vasallos. Víneme, pues, otra vez al meson de la Cabeza del Rey don Pedro, y sin dejarlo de la mano, casa mandé buscar, y hallaron esta, y visítela y agradóme y compréla, y reparada y alhajada que fué, á ella víneme, harto ajena de creer que duende en la casa habia, y que por ello la Inquisicion habia de visitarme, y aparecérseme duende que me perturbara y me pusiera en ocasion en que yo hasta ahora no me he visto, ni pensado verme; y si no fuera por esta bendita medalla que me dejó el familiar que á verme vino, ni áun á pensar me atrevo en lo que de mí hubiera podido ser.

Y como al acabar su relato doña Guiomar sacara del hermosísimo seno la medalla que la noche anterior la habia dado el señor Ginés de Sepúlveda, sintió Cervántes un no sé qué de desabrimiento y de celosa rábia, que hubo menester un gran esfuerzo para que de ello al semblante no le salieran los indicios; que antojósele (antojo ocio-

Digitized by Google

so y áun calumnioso de enamorado) que doña Guiomar no era una tal y tan honesta dama, ya que no inmaculada doncella, como él habia creido, sino que se agradaba de parecer tan rara en lo tocante á la condicion en que se hallaba, como era rara en hermosura; y que tal vez todo aquello que de ella se habia dicho en Méjico, y que habia costado la vida al alférez Gaspar de Valcárcel, y que ella no habia tenido empacho en referir, no era sino muy cierto; y que tal vez en él no buscaba marido amante, sino marido pobre y sufrido, que á trueque de sus grandes riquezas y áun de los abandonos de su hermosura, todo se lo sufriese y callase, y su reparo y el nombre de sus hijos ante el mundo fuese.

Y esto lo pensaba Miguel de Cervántes, aunque tenia el alma noble, porque no hay recelos que de una mujer se tengan sin pruebas, que villanos no den; y en este pecado dan los que bien aman, por buenos que sean, y por la misma fuerza de su amor, que á los tristes y desesperados recelos los lleva.

Inocente habia sido en contar con tal lisura su historia doña Guiomar, y claras muestras habia dado de no conocer el mundo; que el calumniado que de la calumnia de que es víctima habla, es uno más que á la calumnia que le sacrifica ayuda. Y esperárase á lo ménos doña Guiomar á que, por ser mujer de Cervántes, este dudar no pudiera de la

Digitized by Google

hasta entónces entera castidad suya, y mejor hiciera, y sobre seguro y sin peligro pudiera contarle lo qué, no habiendo llegado á aquellos términos, era ocasionado á los recelos, que como no podia ménos de ser, á nuestro Miguel, que era hombre de una grande experiencia, acometieron.

Imprudente habia sido doña Guiomar confiando en su inocencia, y más aún en el amor de su soldado; y si hubiera su corazon visto cuando ella sacó de su seno la medalla del señor Ginés de Sepúlveda, arrepentídose hubiera de su imprudencia; que Cervántes creyó, que si el familiar no la habia preso, á causa habia sido de algun inapreciable favor con que la rectitud del enviado de la Inquisicion doña Guiomar habia torcido; y no tuvo la medalla que de su hermosísimo seno doña Guiomar habia sacado, sino como recuerdo y prenda de amor por el familiar á ella dejados. Y no habia sido otra la intencion de doña Guiomar que la de espantar á Margarita, á la que una vez recibida no se atrevia á echar á la calle, para que ella de su *motu proprio* se fuese, atemorizada al saber que la casa tenia duendé, y que para defenderse del mal era necesaria una medalla de la Santa Inquisicion, que ella no tenia. Celosa andaba doña Guiomar, porque poco recatado Cervántes, atraido por aquellos dos opuestos polos entre los cuales se encontraba, y aunque más cerca de doña Guiomar, no muy distante de Margarita, habia mirado más de

Digitized by Google

una vez á esta con encendido ahinco, y hartas señales habia dado Margarita, aunque sin pensarlo, del amor que por Cervántes se habia encendido en su pecho; todo lo cual habia nublado y ennegrecido los inquietos espíritus de doña Guiomar, y por esto, como se ha dicho, de duendes habia hablado y habia sacado la medalla, para que de ella, y por su propia voluntad, se apartase aquella su negra enemiga. Y estando en esto, entró en el cenador Florela, ya repuesta en su natural y propio traje de doncella, y arrimóse á doña Guiomar y quiso hablarla en secreto, pero ella le dijo:

—Díme alto lo que tuvieres que decirme, que no hay necesidad de que estos, mis buenos amigos, crean que yo tengo algo oculto, y á más que es descortesía.

—Pues, señora,—dijo Florela,—ahí está, y por vos pide, aquel señor familiar que anoche vino, y dice que de graves asuntos tiene necesidad de hablaros.

—Pues que allá voy díle,—respondió doña Guiomar.

Y como Florela se fuese, continuó:

—Cosa es la Inquisicion á que no puede cerrarse la puerta ni obligar á espera. Y así vosotros, amigos mios, me perdonareis si os dejo para ir á ver lo que la Inquisicion de mí quiere.

Y doña Guiomar, levantándose con no pequeñas muestras de sobresalto, del cenador salióse

Digitized by Google

llena de celosos cuidados, porque á solas dejaba con Miguel á Margarita; y más cuidosa hubiérase sentido doña Guiomar si en el alma de Cervántes pudiera haber leido; que éste creyó que doña Guiomar se encontraba en la mezquina y dura ocasion de una dama de poco más ó ménos, que estando al lado de un su enamorado, la visita de otro enamorado con quien tiene grandes respetos, y dejar de asistir á la cual no puede, la anuncian.

Digitized by Google

XIV

De como hubiera hecho muy bien doña Guiomar en no acudir á la visita que le hizo el señor Ginés de Sepúlveda

Como Margarita, libre de testigos, á solas con Cervántes se encontrase en aquel cenador sombrío, donde la belleza, el silencio y la frescura al amor convidaban, sin reparar en que los que están rodeados de tupido ramaje no pueden tener la seguridad de no ser acechados, como lo eran ellos, y de cerca, porque la celosa doña Guiomar habia diputado á su fiel Florela para que observase, los ojos alzó ella sin miedo y los fijó en Cervántes de una manera tan clara, que él se sintió amado hasta las entrañas, y dolorido por doña Guiomar y contra ella irritado, sus ojos fijó en Margarita con no ménos vehemencia y fuego que ella en él fijaba los suyos; y fuésele á ella un suspiro, y él

Digitized by Google

con otro suspiro contestó, y así permanecieron algun tiempo, indecisos, sin hablarse, y mirándose tiernamente, y requebrándose con los ojos, que el diablo andaba por allí suelto y tejia ya una maraña que sin desdichas no habria de desenredarse, y cuando fuese peor el remedio que la enfermedad.

—En verdad, en verdad, señora mia, —dijo Cervántes, —que ni yo sé lo que me pasa, ni dónde estoy, ni á qué atiendo, ni qué deseo, ni de qué hilo he de valerme para salir del laberinto en que perdido me hallo.

Oíalo todo Florela, que á poca distancia estaba, entre el follaje de un bello jazmin escondida, y oyó asimismo que Margarita dijo, con la voz apenada y débil, y tan apasionada, aunque queria ocultarlo, como si su voz hubiera salido de en medio de sus doloridas entrañas:

—¡Ay, señor mio, que yo tambien estoy espantada de mí misma, porque no debiendo tener ni corazon ni alma más que para la desgracia, que nunca lloraré bastantemente, del fallecimiento de la desventurada madre mia, en cosas pienso que tan léjos están de mi madre como de mi ventura! Y en cuanto á lo que decís del hilo que necesitais para salir del laberinto en que os encontrais perdido, dígoos que bien podeis valeros del hilo de oro que teneis en las manos, y él os sacará á buen puerto.

Digitized by Google

—¿Pero no sabeis, hermosa señora mia,—contestó Cervántes,—que el hilo de oro, cuanto más rico es, por no tener mezcla de ningun otro metal, es más quebradizo? Oro no me deis á mí para que de guia me sirva, que nunca ha sido el oro el imán de la aguja de mis deseos; que si lo fuera, no hubiera yo dado en poeta, que es lo mismo que hacer voto de pobreza perpétua é incurable, y de perpétuo afan é irremediable locura.

—De poetas es,—dijo Margarita,—volverse á lo que más brilla y adorar el sol que deslumbra.

—Pero á veces, señora, cuando más luce el poeta, es cuando la fragancia aspira del humilde lirio que entre la yerba se esconde, y con plácida voz y acordada armonía le canta.

Coloráronse súbitamente las mejillas de Margarita, y un súbito temblor acometió á Cervántes, que en los ojos de Margarita vió algo que, yendo más allá de lo humano, divino parecia, y que le atraia con una no conocida fuerza, y de tal manera, que el uno dió en los brazos del otro, y sus labios se unieron, y ella, desfallecida sobre el hombro de Cervántes, reclinó su hermosa cabeza, y suspirando le dijo:

—Mi esposo sois, que ya de ello con vuestros labios y con vuestro abrazo me habeis dado testimonio; y ved lo que haceis, señor mio, de mi alma, que aquí de celos fallezco y de espanto me muero; que de vos doña Guiomar está enamorada,

Digitized by Google

y duendes hay en esta casa, y yo no tengo como ella medalla de la Inquisicion que de los duendes me defienda.

Selló una y otra vez Cervântes los labios de Margarita, libando la ambrosía de su aliento, y reparándose al cabo y pensando en que de aquel su olvido y arrebato podia haber ocultado cuidadosos testigos la espesura, de sus brazos dulcemente separó á Margarita, y la dijo:

—Vuestro esposo soy; de ello no podeis tener duda, si no es que en duda poneis mi hidalguía y mis cristianos pensamientos; y puesto que esto no tiene ya remedio, ni yo deseo que lo tenga, ni arrepentido estoy de haber llegado al punto á que me ha convidado mi por vos próspera fortuna, disimulemos, que á vuestra honra y á la mia el disimulo conviene; que no hay para qué de vos se hablé ni de mí se diga que no he tenido valor para contener los impulsos de este violento corazon mio, que tan presto, de tál manera y para siempre, habeis hecho vuestro.

—¡Dios sea bendito! — exclamó Margarita, levantando los hermosos ojos, llenos de lágrimas, al cielo, — que en el amargo y negro dia en que para mí juzgaba ya cerradas todas las puertas de la esperanza, la felicidad encuentro, no embargante el dolor que siento porque mi desdichada madre no vive, y es testigo y partícipe de mi ventura.

Digitized by Google

—Cesemos en esto, señora de mi alma,—dijo Cervántes,—y procuremos recobrar la serenidad del rostro, no sea que doña Guiomar vuelva y sospeche, y celosa os injurie, y en trance me ponga de hacer lo que no quisiera ni cumpliria á mi honra; y habladme de los sucesos de vuestra vida que relatar os falta, y más que esposos enamorados, parezcamos buenos amigos hasta que de esta casa salgamos, y habiendo pasado por la iglesia, á la pobre mia os lleve.

Y como aconteciese que Cervántes fuese volviendo en sí de aquel trastorno de sus sentidos, de lo á que él, si no hubiese estado celoso y perturbado, no hubiera llegado, espantóse; porque conoció claro que no por haber empeñado él su honra, tomando la de ella, habia menguado en un ápice su adoracion por doña Guiomar, sino que ántes bien, con la nueva dificultad habia acrecido; y aquejábale hasta criar dentro de su pecho una rabiosa tormenta, el ver que la visita del familiar con la hermosa viuda continuaba, y que ella no volvia; y miéntras esto ponia á Cervántes en una borrasca de confusiones, Florela atisbaba, demudada y pálida, porque á su señora amaba, oculta entre los jazmines, y proponíase todo relatarlo como ella lo habia visto y oido á doña Guiomar, para que no fuese más tiempo burlada y engañada, y por la burlá y el engaño se vengase.

Digitized by Google

Digitized by Google

XV

De como Cervántes oyó el fin de la historia de Margarita entre las cabilaciones que le causaba el no saber adónde le llevaria la historia de sus amores

Receloso estaba Cervántes, sospechando lo que acontecia, esto es, que testigos habia habido de su repentino é inevitable delirio; y no sospechando nada de esto por su inocencia Margarita, y dominando cuanto pudo las huellas que en su semblante quedaban del frenesí de amor que por ella habia pasado, con voz dulce y enamorada dijo:

—Pues lo que contar de mis desdichas queda es tan breve, señor de mi alma, que muy presto habré terminado; mucho ántes quizá de que doña Guiomar venga; que Dios sabe cuán largos pueden ser los asuntos por los que la Inquisicion la busca.

Con estas palabras avivado habia Margarita el

Digitized by Google

fuego de la celosa rábia de Cervántes, que se arrepentia más y más de su pasada, pero irreparable debilidad y ligereza.

Mantúvose, sin embargo, sereno, y Margarita continuó:

—Por curarme de las tristezas en que la ausencia de Gaspar de Valcárcel me habia puesto, aunque yo, por lo que siento ahora conozca, ¡ay de mí! harto bien no era amor lo que por mi ausente enamorado sentia, ni viso, ni áun sombra de ello, trajéronme mis padres, como ya he dicho, á la populosa Sevilla, ansiosos porque mis melancolías tuviesen término en un nuevo amor; que yo era muchacha, y á la juventud no hay que pedirla reflexion ni firmeza; que no hay firmeza sin reflexion, y las jóvenes plantas que cuando dejan de ser halagadas por el dulce céfiro se doblegan mústias, otros céfiros las alientan y reviven; y céfiro es para la mujer el primer amor que apenas si su inocente alma conmueve; amor de la inocencia, que en nada se parece á este otro amor de la vida, que por vos, señor de mi alma, me abrasa y me devora, y de tal manera, que me parece que no es mia la vida que vivo, sino que en vuestra vida aliento, y en medio de vuestras propias entrañas, y que en mis entrañas os siento; pues, como decia, aunque mis padres tenian una tal cual hacienda, por la que en el pueblo por ricos eran tenidos y respetados, y como ricos vivian, no

Digitized by Google

era esta hacienda cosa bastante para sufragar los dispendios á que les obligaban las galas y las joyas con que para llevarme á las principales casas de Sevilla necesitaban ataviarme y prenderme; y como mis melancolías y pesadumbres no cesaban, y llamaban hermosura al pobre parecer mio los galanes de la populosa y regocijada Sevilla, y con pretensiones me asediaban, sin que yo de mis melancolías y negro humor me curase, esforzábanse mis padres, y acrecian sus dispendios, y hasta llegaron á poner gran casa donde pudiesen tener lugar saraos y representaciones de pasos y comedias; que así los tristes, que por no tener más hija que yo, en mí sus ojos y su alma y todo el amor de su corazon habian puesto, creian dar alegría á mis tristezas, alivio á mis pesares, y ponerme más y más en ocasion de que algun gentil y jóven caballero de mí se enamorase, y fuese tal que yo no pudiese ménos de amarle; pero esto no acontecia; que para mí los hombres eran como si no los hubiese, y en vez de agradarme me martirizaban con sus solicitudes, y mis tristezas y mi desabrimiento aumentaban; y en balde dábanme música, y en balde escribíanme versos en que me comparaban con el sol, con la luna y con las estrellas, con el cielo y con la tierra, con las praderas y las selvas, con las flores y los céfiros; yo no leia estas composiciones, sino que, desdeñándolas, las rompia ó las quemaba; y si yo las guar-

Digitized by Google

dara, bien hubieran podido hacerse con ellas dos ó tres gruesos libros infólio. Vendido habia mi padre su hacienda para sufragar los diparatados gastos en que por amor mio se habia metido, y puesto el dinero á ganancia casa de genoveses; pero la ganancia del dinero no alcanzaba ni con mucho á aquel loco y contínuo gastar de mi padre, y fué necesario al propio dinero recurrir quitándole de la ganancia; tal era la ceguedad de mi padre, tal la vehemencia de su amor por mí, que en aquel camino de perdicion no se detuvo, esperando siempre que algun poderoso magnate de mí se prendase, y yo le correspondiese y nos casásemos, y todo viniese por último á un fin próspero; que tal era la idolatría que mi padre tenia por mí, que no se le figuraba ménos que yo era la única mujer hermosa que en la tierra habia, en cuya creencia le ayudaba el ver que las gentes que á mi casa iban y que en paseo nos encontraban, y en las comedias, y en las iglesias, se desojaban mirándome, y tras mí se iban y ansiosamente me pretendian.

Llegó al fin un punto en que, no habiendo habido hombre que en él reparar me hiciese, y por el que en nada mi malaventura del alma se aliviase, mi padre llegó al fin y remate de su hacienda, y no rindiéndose aún y esperando siempre el ave-fénix que conmigo habia de casarse, pidió dinero prestado, que cuando los plazos se cum-

Digitized by Google

plieron no pudo pagar; de modo que, conocida la pobreza de mi padre, nadie fué osado á prestarle un solo maravedí; más bien los acreedores embargáronle cuanto en la casa habia: muebles, tapices, carroza, y áun la misma ropa y alhajas de mi madre y mias; y como mi padre se viese en medio de la calle con mi madre y conmigo, sin poder volver á nuestro pueblo, porque en él nada nos quedaba, y sin tener otro refugio que la pobre casa de un fiel criado que de nuestras bien merecidas desdichas condolióse, enfermó, y de tal y tan grave manera, que al hospital de San Juan de Dios fué necesario conducirle; que el criado que nos amparaba no tenia fuerzas para otra cosa; y allí el desgraciado, perdida ya toda esperanza, comido del remordimiento de la miseria en que á mi madre y á mí nos habia puesto, murióse, y de caridad le enterraron no léjos del sitio en que esta mañana fué sepultada mi desventurada madre, en ese cementerio del Salvador, adonde vos, movido á compasion por mi desgracia y mi soledad, me seguísteis. No aprovechábamos mi madre ni yo para sustentarnos con nuestro trabajo, que trabajar no sabíamos, como no fuese el soportar por amor de Dios nuestras nunca oídas y agudísimas desgracias.

Trabajaba para nosotras, que se quitaba la vida, el bueno de Francisco; pero viejo, tambien adoleció, y al hospital se lo llevaron, y otro dia

Digitized by Google

fuimos acompañando su cadáver como habíamos acompañado el de mi padre.

Cerrábase todo para nosotras, y de tal manera, que el cielo que todos veian azul y sereno, nosotras le veíamos nublado y siniestro, preñado de tempestades, y entre sus neblinas caliginosas parecíanos ver la muerte que cruzaba y sobre nosotras descendia, amenazándonos con su horrible guadaña.

Algunos de los amigos que tuvimos en aquellos tiempos que la locura de mi padre (¡Dios le perdone!) hizo que para nosotras pareciesen prósperos, nos socorrieron; pero no hay quien socorra una necesidad contínua: la amistad se cansa pronto; que para la miseria no hay amigos, y si la caridad subsiste algun tiempo más, acaba al fin por entibiarse y por convertir su ardiente fuego en duro hielo. Hace cuatro meses desto, y ya mi madre, por amor mio, habia pretendido salir á mendigar de noche, yéndose á las puertas de las iglesias donde habia ejercicios; y yo por mí no se lo hubiera consentido, pero por ella consentílo y acompañéla, y ámbas á dos, en cuanto la noche cerraba, á la iglesia más próxima donde habia ejercicios nos íbamos, y á su puerta nos poníamos rebozadas, y áun á pesar del rebozo avergonzadas, y trémulas, y poco ménos que agonizando.

Caian algunos maravedís en nuestras heladas manos, y para el pan sacamos la primera noche;

Digitized by Google

pero la segunda, los mendigos de oficio que allí acudian, y que la noche anterior de nosotras se habian apercibido, nos echaron, llenándonos de improperios, diciéndonos que les hacíamos perjuicio, y que como éramos pobres nuevos, si habíamos de seguir pidiendo, habíamos de ganarlo, y no habia de ser esto ménos que repelándonos contra toda aquella falanje de ciegos, cojos, mancos, tullidos y muchachuelas de mal vivir; y no nos lo decian esto de buena manera, sino rodeándonos y empujándonos, y poniéndonos los puños á dos dedos de la cara, y amenazándonos con garrotes y vihuelas, y gritando y chillando y aullando todos y todas á una, ni más ni ménos que si hubiesen sido una legion de demonios voraces, contra nosotras conjurados. Y no sabemos lo que de nosotras hubiera sido, porque aquella mala gente se iba embraveciendo con su propia cólera, si de improviso sobre aquel torbellino de rabiosos no lloviera de repente una tal tempestad de cintarazos, que todos, sanos y lisiados, escaparon, quedándonos solas en el átrio de la iglesia, asustadas y poco ménos que agonizando, mi madre y yo, y de tal manera amedrentadas, que no acertábamos á movernos, estrechadas la una contra la otra, y temblando.

Estando en esto, vino á nosotras un caballero, ya no jóven, pero al que tampoco podia llamársele viejo, que era el que en aquel apretado trance

Digitized by Google

nos habia socorrido, y en él para nuestra desdicha, porque nos impidió aceptar de él más socorro, reconocimos á un señor capitan, persona muy noble y muy rica, y de mucho respeto en Sevilla, y como poeta no mal reputado; en una palabra, el capitan don Baltasar de Peralta, del que tan acerbas é impías memorias tiene la hermosa doña Guiomar, vuestra amiga, y tan perseguida de él se encuentra.

—¿Y os persiguió tambien ese hombre?—dijo con la voz alterada y demudado el semblante Miguel.

—Su concupiscencia no encuentra respeto que le ataje, ni su soberbía dificultad, en vencer la cual no se empeñe,—dijo Margarita;—cuatro meses hacia que á Sevilla habia llegado y conocídome, cuando todavía nos encontrábamos con las apariencias de una riqueza mentida, y requerídome habia de amores, y como yo le resistiese, habíame dicho:—«O mia habeis de ser, señora, ó hemos de ver los dos para qué hemos nacido.»

—Desde Adam acá,—dijo Cervántes,—al mundo no ha venido criatura sino para morir; sólo que á unas las mata Dios y á otras las matan los hombres, sino es ya que ellas á sí mismas, porque no se puedan resistir, se destruyan; y antójaseme que para el capitan don Baltasar de Peralta las tres sangrientas parcas miden ya con muy breve término su vida; y la más tremenda de ellas, la

Digitized by Google

despiadada Atropos, sus inexorables tijeras prepara; y tengo para mí que lo que ha de ser esas tijeras lo es la buena hoja de Toledo que á la cinta llevo.

—No por Dios, señor mio,—exclamó Margarita, poniéndose como la cera amarilla,—que hartas desventuras he sufrido ya y el valor me falta, y si yo os perdiese, no podria resistir ni un punto, y ahogaríame la pena; que mirad que ese hombre es tal que no hay valiente ni diestro con quien se mida á quien no hiera ó mate; y ved no hagais que la despiadada punta que á vos os corte la vida á mí al corazon me llegue, y en la tumba me arroje desesperada.

Sonreia Cervántes oyendo á Margarita, como quien sonrie cuando escucha las raras quimeras de un sueño que se relatan, y asiéndola dulcemente una mano y mirándola amoroso, la dijo:

—Aunque yo no tuviera más valor que el que el encanto de vuestra hermosura y el amor que me mostrais me infunden, dígoos que no ya ese capitan, que de tal modo os espanta, sino el mismísimo Orlando con toda una cohorte de encantadores y vestiglos, no bastaria para contrarestar el poder de mi brazo, que vengada ha de haceros, mal que le pese al brío y á la fama de vuestro enemigo; y tened más confianza en el aliento de quien bien os ama, y no tembleis ni empalidezcais, mi dulce señora, que en verdad os digo que para vos

Digitized by Google

y para mí han empezado ya dias más bonancibles de amor, de ventura y de esperanza. Y en esto no porfiemos, porque ved que yo no he de dejaros por todos los hombres del mundo, así sean gigantones de los que por los libros de caballería se encuentran, y que si no os dejo, él sobre mí vendrá y provocaráme, y en trance me pondrá de que yo le ponga de manera que más mal que el que ha hecho no pueda hacer á nadie en este mundo; y otrosí, señora mia, que á doña Guiomar tengo prometido castigar á ese su contumaz y peligroso contrario.

Y á Cervántes se le iba el pensamiento sin poderlo remediar á doña Guiomar, ó, por decirlo mejor, se le estaba en ella; porque ni un punto de ella se habia olvidado, como no fuese en aquellos momentos en que otra cosa no vió, ni para más vivió que para Margarita; y ahogábase ya, aunque lo disimulaba Cervántes, porque la ausencia de doña Guiomar se hacia tan larga, que ocasion daba á toda suposicion de los recelosos y abultadores celos, y la ira y el espanto le cogian el corazon, é inquieto se hallaba, y á no mediar miramientos, á buscar hubiérase ido á la hermosísima indiana; que entónces, á causa de sus celos y de las emponzoñadas imaginaciones que por ellos en la turbada mente revolvia, parecíale más y más hermosa, y espantábase, porque veïa que, si en vez de estar ausente doña Guiomar, lo hubiese estado

Digitized by Google

Margarita, conturbádose hubiera de igual modo y de igual manera enojado é irritado, y no sabia explicarse por qué extraña, y para él no conocida razon, enamorado y en igual ó casi igual término de empeño por dos mujeres se encontraba; y no sabia cómo de aquella dificultad habia de salir; que él con las dos no podia casarse, ni hacer desmerecer en su alma á la una por la otra, con la una casándose y teniendo á la otra por amiga; que ambas eran altivas y honradas, y si la virtud habia faltado un punto á Margarita, culpa del amor que enloquece habia sido, y á punto doña Guiomar habia estado de olvidarse de su virtud por su amor, lo que nada implicaba para que ellas estimasen su honra de una igual manera; que la mujer que ama y, por el amor, de su honra se olvida, no cree que su honra ha perdido, sino que en depósito la ha dado al señor de su alma, y en obligacion le considera de restaurarla en su honra, haciéndola suya, su esposa y compañera.

Disimulaba Cervántes aquel sufrimiento en que los sucesos de su amor tan inopinadamente le habian puesto, y á Margarita sonreia, y no parecia sino que teniéndola á ella, toda cuanta felicidad habia ansiado tener tenia; y como ella, por las razones que Cervántes la habia dicho, hubiese conocido que el venir á las manos el capitan don Baltasar y Cervántes inminente era, en cuanto el capitan supiese que ella á Cervántes amaba, y que

Digitized by Google

á mayor abundamiento, en la casa de la hermosísima viuda indiana estaba, y ella le amaba, no porfió, sino que disimulando tambien su angustia, dijo:

—Si cuando yo me veia rica, porque mi padre me cubria con flores el abismo que cerca de los piés teníamos, atencion no presté á las solicitudes y á los encarecimientos del amor de don Baltasar, ménos podia admitirle cuando por la miseria en que me encontraba, él podia creer que, no esposa amante en mí tenia, sino mujer desesperada, que por no morir á los rigores del hambre, á él se habia unido esclava de su desventura; y si altiva me habia mostrado con él ántes, más altiva con él fuí luego; y de tal manera irritado y desesperado, y con el alma torcida apartóse de nosotras, dejándome ver claro en una mirada, que no parecia sino que de los ojos de un demonio salia, que creia que la miseria, y la desesperacion, y el amor á mi madre haríanme someterme á sus deseos; y no fué ya sólo la dura y horrenda pobreza, los dias sin pan, el cuerpo sin abrigo, la soledad y la tristeza lo que sufrir tuvimos, sino asechanzas y humillaciones, y visitas de viejas olvidado todo temor de Dios, que á proponernos cosas venian, que no eran ni áun para oidas; y rondadas nos veíamos por bravas y malas gentes, y asustadas nos encerrábamos de noche, y miéntras la una dormia velaba la otra, siempre dispuesta á clamar socor-

Digitized by Google

ro á los vecinos al primer asomo de peligro, y sin atrevernos á salir ni áun de dia á la calle. En fin, mi desdichada madre resistir no pudo á tanta miseria, á tanto dolor, á tal quebranto, y ya lo habeis visto, vos me habeis acompañado cuando la conducia al lugar de su reposo; junto á mí habeis estado cuando la horrenda y negra tierra de la fosa de ella me ha separado, y en vuestros brazos me habeis sostenido cuando, arrebatada por el insoportable desconsuelo de mi alma, creí tambien para mí llegada la última hora. Dios junto á mí os ha puesto; Dios ha querido que, habiendo mi corazon repugnado siempre el amor, en él por vos haya caido en breves horas, y de tal manera, que á la locura del amor llegada, vuestra esposa me hayais hecho y héchoos mi esposo ante Dios, que el juramento de nuestras almas ha oido; y Dios ha debido quererlo, porque yo no sé cómo, dolorida y desesperada por la eterna separacion de la adorada madre mia, esto ha sido, ó más bien ha sido por esto; que la yedra que pierde el árbol que la sostenia, si otro árbol encuentra próximo, á él váse y á él se estrecha con más fuerza que con la que al otro que perdió se asia; y pues yo soy la yedra y vos el árbol, y por el amor la yedra al árbol se une, no me hagais temer, único apoyo y sustento mio, que en peligro me veo de que otra hacha enemiga el dulce arrimo á que llena de esperanza me he enlazado, me robe.

Digitized by Google

—Dígoos, —exclamó Cervántes, —que mi esposa sois, que de otra manera ser no puede, porque ni yo puedo olvidarme de los buenos padres de que vengo, de la honra que de ellos he recibido, ni de la religion ni de la crianza que me han dado, ni de mi propio honor, ni de mi corazon propio, que vuestros son tanto como mios; y porque yo tenia ciertos empeños, aunque no de honra, con doña Guiomar, y en su casa estamos, y en ella os tiene amparándoos, y amparándoos á vos á mí me ampara, y por ello, no sólo respeto, sino agradecimiento la debemos, dejadme hacer, y nada de lo que hacer me viéreis os extrañe, os ponga en cuidado, ni os enoje; que todo será buscando el camino para salir á buen lugar y honrado; y en esto cesemos, que ya por entre aquellas espesuras me parece haber visto á doña Guiomar que se acerca.

Y así era la verdad, que la hermosa indiana venia por entre las verdes frondosidades del jardin, y en paso lento, hácia el sombroso cenador donde los dos amantes se encontraban; y era el paso lento de doña Guiomar la vacilacion de su alma, en la que tal tumulto habian levantado su amor y sus celos, su indignacion contra Cervántes, su ódio contra Margarita, y la obligacion en que se encontraba, por su propio decoro, de vencer aquella tempestad que en su alma se revolvia, y aparecer ante los dos amantes tal y de igual ma-

Digitized by Google

nera que como estaba cuando se separó de ellos, que no sabia qué hacerse, y temia que en el semblante se le conociesen la turbacion, y el despecho, y la ira, y los celos, y la venganza, y el infierno, en una palabra, que á su alma daban cruda guerra; porque Florela no habia andado con rodeos, y todo lo que habia visto y oido habíala contado en el momento en que se partió el familiar que á visitarla habia ido. Y porque importa saber lo que el familiar y doña Guiomar hablaron, y lo que hablaron doña Guiomar y su doncella, de ello se va á dar cuenta en el capítulo siguiente.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVI

En que se ve cuán dura tenia la Inquisicion la mano, áun para sus familiares, y cuánta fuerza, cuánta virtud y cuánta prudencia doña Guiomar para encubrir sus amarguras

Habia acudido doña Guiomar desasosegada y con disgusto á la visita del señor Ginés de Sepúlveda, al que encontró todo mezquino y encogido, y tan espantado como quien se cree en un gravísimo peligro.

Miraba á doña Guiomar cual si hubiera sido cosa del otro mundo, y con tal avaricia y tal miedo, en que la misma ánsia con que la miraba le ponia, que tanto movia á lástima como á risa su extraña catadura.

Hízole una profunda reverencia en entrando doña Guiomar, y luego fué á sentarse en el canapé.

Saludóle, y le convidó á que se sentase.

Digitized by Google

Hízolo el menguado, quedándose tan encogido y tan temeroso como cuando estaba de pié, y continuó mirándola de la misma manera absorta, codiciosa y espantada.

—En mal hora para mí y para castigo de mis culpas,—dijo con la voz balbuciente,—fuí yo á esta casa venido anoche; y no os digo por qué, aunque bien podeis figuraros la causa; que prohibido me está severísimamente, y bajo pena de grave censura, el que más de la cuita en que estoy agonizando hable, ni con vos ni con nadie, ni áun conmigo mismo: quejas hánse dado hoy á la Inquisicion, porque en vez de prenderos á vos, señora, al rapista *Vivais-mil-años* prendí; y yo no sé quién pudo dar esta queja; pero es lo cierto, que pùesto que el rapista haya dado en otras ocasiones motivos ó sospechas para que la Inquisicion le prenda ó le aperciba, por lo de ahora limpio está de acusaciones y sospechas, y le han soltado, y en su casa se halla, insolente y ufano y satisfecho, diciendo que á un tal católico apostólico romano como él, no hay quien en materias de fe le meta el diente, y que si hay malos ministros que, por servir á hermosas damas, á los buenos católicos llevan á la Inquisicion á encerrarlos, este tribunal, en su justicia y en su sabiduría, al atropellado suelta y le satisface, y á sus temerarios ó tal vez malévolos familiares, que á tanto osan, reprende, apercibe y penitencia. Y la Inquisicion

Digitized by Google

háme obligado, despues de haberme enderezado una severa y dura amonestacion, á que á buscar venga al tal rapista, y ante él me ponga, y perdon por el desaguisado que dicen que contra él he hecho, y que sin duda he debido de hacer, porque la Inquisicion no se engaña ni puede engañarse, le pida. Mucha mano ha debido de haber en todo esto; que la Inquisicion no suelta tan ainas al que una vez en sus prisiones coge, aunque luego resulte inocente. A un mes de convento y de ayuno y de penitencia me han sentenciado, á más de á la demanda del perdon del rapista, que ya he solicitado, y en cuyo acto de humildad, que la Santa Inquisicion se ha dignado imponerme, he sufrido cuantas insolencias pueden decirse y son imaginables, de la boca del rapista. Y otrosí, como la Inquisicion haya notado que yo no tenia al pecho su medalla, y por ella me haya pedido, y yo, no atreviéndome ni debiéndome atrever á engañar á la Santa Inquisicion, la verdad haya respondido, por esto se me ha castigado con suspension del oficio y de las preeminencias que en la Inquisicion tengo, por un año; se me ha impuesto una multa de cien ducados para obras pías, y se me ha mandado que á vos venga y la medalla os pida, y os aperciba para que de ahora en adelante, y en toda vuestra vida no volvais á solicitar su posesion, que por ser vos persona extraña al Santo Oficio, y sobre todo hembra, no po-

Digitized by Google

deis poseerla ni áun tocarla, sin incurrir en una especie de pecado, que no es verdaderamente sacrilegio, ni deja de serlo; y que cuando os haya reprendido bien sobre esto, y apercibídoos y anunciádoos que tiene puesto la Inquisicion sobre vos su ojo perspicaz y escudriñador, que todo lo ve y lo descubre, y lo juzga y lo castiga, la medalla os pida y á entregarla al Santo Oficio vaya, despues de lo cual me llevarán á los capuchinos de la Paciencia, bien recomendado para que á severos ejercicios se me someta, y en rigoroso ayuno y encierro se me ponga. Conque así, señora, cumplido ya lo de la reprension y el advertimiento, que bien á mi pesar os he hecho, la medalla dadme, y con ella la licencia de que vuestras manos bese, y á cumplir la penitencia que se me ha impuesto vaya.

Dijo todo esto el familiar con voz desfallecida y con ánsias, y de tal manera, que para no perder algunas palabras, doña Guiomar tuvo que aguzar el oido.

Y no se rió, porque no era para que riese el saber que estaba vigilada y acechada por la Inquisicion, y porque hubiera sido además poca caridad, segun aparecia de acabado y casi moribundo el señor Ginés de Sepúlveda.

Apresuróse la hermosa indiana á sacarse la medalla del pecho y su cordon por la cabeza, y dándosela al familiar, le dijo:

—Tomad, que más valiera que no viniérais

Digitized by Google

nunca, si tal habia de costaros el haber venido y en tal cuidado habia de poneros.

Y aquí cortara la visita doña Guiomar, y al señor Ginés de Sepúlveda dejara irse, por volver cuanto ántes al jardin, impulsada por el ánsia en que la tenia el haber dejado á solas y en lugar apartado y espeso á Miguel de Cervántes y á Margarita; que sobresaltada estaba la hermosísima viuda, y celosa y con toda el alma puesta en el jardin, antojándosela que oia ternezas y veia rendimientos que Cervántes prodigaba á Margarita.

Pero aquello de haber soltado la Inquisicion tan presto al maleante rapista, y lo que el asendereado familiar habia dicho de que en aquello debia de haber habido mucha mano, y lo del apercibimiento, y la reprension, habíanla puesto muy en cuidado y en la necesidad de averiguar acerca de esto lo más que pudiese.

Así es, que habiéndose puesto de pié el señor Ginés de Sepúlveda para despedirse en el punto en que tuvo pendiente otra vez de su cuello aquella malhadada medalla, que si no la tuviera en su vida en aquellos aprietos de amor no se hallara, ni penitenciado ni castigado por el Santo Oficio se viera, díjole:

—No tan pronto, señor mio; sentaos otra vez, yo os lo ruego, que puesto que haya persona que mida el tiempo que en mi casa permaneciéreis, aunque este tiempo se alargue, bien podrá creer

Digitized by Google

que en la larga y severa reprension que os mandaron me hiciérais vos le empleásteis; y yo tengo que preguntaros algunas cosas, que para mí son de mucho momento, y no dejeis de decírmelas si las sabeis, aunque no sea más que por esa entrañable aficion que decís tenerme.

—En esto no hablemos,—dijo desfalleciendo el familiar,—que prohibido me está, como os he dicho, de esto hablaros, ni áun pensar en ello, so pena de gravísimos castigos; pero no tratándose de esto, y siendo verdad que por la dura comision que he traído entretener un tanto puedo el tiempo sin que á mala parte se eche, preguntadme lo que de mí saber quereis, que yo os responderé en verdad, porque yo nunca he mentido.

—Habeisme dicho,—dijo doña Guiomar, en tanto que el señor Ginés de Sepúlveda otra vez se sentaba, quedando tan encogido como ántes,—que la libertad del rapista tan presto como ha sido, no ha podido ser sin que en ello haya habido mucha mano.

—Eso he dicho, señora,—contestó el familiar,—porque tengo la larga experiencia de que las cosas del Santo Oficio de la General Inquisicion nunca fueron tan de prisa; pero no sabré deciros cuya sea la grande influencia que tal y tan extraña cosa ha causado; y que no ha habido influjos de tal monta, que á ellos el Santo Oficio no haya podido negarse, no me lo digan á mí, que el mismo ra-

Digitized by Google

pista en su insolencia me lo ha dado á entender, diciéndome:

»—Pues qué, familiarcillo mezquino y simplote que tú eres, ¿creias tú que yo era un gusano así tan desamparado, que podias echar mano de él á tu placer y á horro, sin que el gato te se viniera á las barbas? Anda, anda, y buena pro te haga, que por el año de mi abuela, que yo no la conocí, ni sé quién fuese, que las has de pagar á ayunos y vahidos y hasta con las setenas: pues qué, ¿soy yo ahí una nonada, y no tengo yo aldabas á que agarrarme, y tales, que no digo yo de tí, sino de la mismísima Gorgona que de mí hiciera presa me librara? Anda, anda, menguadillo, bobalicon y mentecato, y atrévete otra vez á personas que, como yo, tanto valen.»

—Hinchádole hubiera yo la cara á mogiçones al tal rapista, y áun siendo mujer, si tal á decirme se atreviera, —exclamó doña Guiomar, irritada; —que yo no sé para qué os ha hecho Dios hombre, señor Ginés de Sepúlveda; y cosas son estas más para vistas que para oidas, porque no viéndolas parecen imposibles.

—Atado envióme á ese barbero el Santo Tribunal, por su mandato de ir á demandarle perdon de mi culpa; y el que perdon humilde pide, al tanto se está de la reprension que le endilguen, y no puede hacer otra cosa que sufrirla, y sufrirla con paciencia, si el acto de humildad que

Digitized by Google

se le manda ha de ser provechoso para su alma.

—¿De manera,—dijo con impaciencia doña Guiomar, dando con el breve pié sobre la estera,—que vos no sabeis, ni áun sospechais, quién sea el que su mucha mano ha interpuesto en favor del rapista, para con el Santo Oficio?

—Ignórolo, señora, y aunque averiguarlo pudiese, guardaríame bien de ello; que cuando de esa persona que yo supongo tanto caso ha hecho el Santo Tribunal de la Fe, gran persona y respetabilísima debe ser ella.

—Vaya,—dijo doña Guiomar de todo punto disgustada y mohina,—pues que de nada podeis servirme, señor Ginés de Sepúlveda, y estais ahí inquieto y desasosegado como si asentáreis sobre alfileres, idos en buen hora, y no os digo que cuando escapeis de vuestra penitencia podeis venir á visitarme como un buen amigo, porque se me antoja que mi casa ha de causaros espanto, por creerla lugar de perdicion para vuestra alma.

—En ella se queda la desventurada,—exclamó poniéndose de pié y dando un hipido el señor Ginés de Sepúlveda,—y ya, señora, que veis que de vos tan mal aventurado me aparto, y tan castigado y doliente, acordaos de mí en vuestras oraciones, que puede ser que Dios os oiga, y por vuestro ruego la paz del alma me vuelva que he perdido.

Y haciendo un puchero, miró á través de sus

Digitized by Google

lágrimas tan ansiosa y miserablemente á doña Guiomar, que ésta, no embargante los amargos cuidados en que èstaba, sintió por él lástima.

Fuése el familiar, y doña Guiomar quedóse toda confusiones, toda temores, toda celos, toda amargura. Y así, ensimismada en sus pensamientos, y la bella color trocada, y el semblante grave y apenado, estúvose inmóvil una gran pieza, hasta que de improviso alzóse, y sus ojos ardieron, y hácia el jardin se volvieron, que á él daban las ventanas de la sala, como si á través de las paredes ver hubiera querido lo que en el sombroso cenador del jardin pasaba, y hácia la puerta fuése rápida; y ántes de que á ella llegara, abrióse la mampara y apareció Florela, la fiel doncella, toda descompuesta y airada, y tan pálida, que un viviente cadáver parecia.

—Malas noticias me traes, Florela,—dijo doña Guiomar;—en tu semblante las leo: habla, no tardes; ¿qué desdicha tan grande me sucede, que àsí, por la mucha lealtad que me tienes, te ha puesto?

—Echáralos yo á palos de lacayos, si señora y no criada fuese, á esos desvergonzados, ingratos y mal nacidos; y poco castigo seria, que su bajeza y su atrevimiento bien merecen la muerte.

De ella fueron las agonías que, en oyendo esto á Florela, sintió doña Guiomar, y tales, que por algun tiempo, aunque quiso hablar no pudo; que harto claro vió su desdicha en las razones de Flo-

Digitized by Google

rela; pero como el alma, cuando prueba la amargura, de ella parece hambrienta y más busca desesperada, doña Guiomar hizo que Florela la contase punto por punto cuanto habia visto y oido; y ella no fué escasa, que á su señora dijo mucho más de lo que hubiera querido saber, y de una manera tan clara, que no pudo caberla duda de que Miguel de Cervántes á Margarita habia empeñado su corazon y su honra.

Reprimióse, sin embargo, doña Guiomar, dominó su corazon, contuvo las lágrimas que á los ojos se la salian, serenóse, y dijo á Florela:

—Y bien mirado, ¿qué es de todo esto lo que á mí me importa? A tiempo he sido desengañada; de ello me alegro; allá ellos; con su pan se lo coman, que no ha de faltarme á mí marido, y bueno, si alguna vez lo quisiese; y encárgote, Florela, que acerca de esto guardes un grande secreto, ó que más bien lo que sabes olvides; esta es la mejor manera de que el secreto se guarde.

Callóse en diciendo esto doña Guiomar, y quedóse tan tranquila y tan conforme en la apariencia, que Florela, aunque no era lerda, se engañó y creyó que á su ama la iba muy poco en la infidelidad de su amante, y alegróse, porque la fiel muchacha amaba grandemente á su señora.

Envióla esta á sus quehaceres, y acabando de componer su semblante, y resuelta á no dar ni el más leve indicio de saber lo que sucedia, encami-

Digitized by Google

nóse al jardin, en el que apareció, y poco después en el cenador, sombroso teatro de su mala fortuna, de tal manera tranquila y al parecer contenta, que Cervántes se alegró y Margarita perdió el miedo que la habia acometido al sentir los pasos de doña Guiomar.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVII

De como Miguel de Cervántes supo lo que le bastó para meterse en una aventura de más empeño que la más atrevida en que osó meterse cualquiera de los Doce Pares

—Ruegoos, amigos mios,—dijo doña Guiomar,—me perdoneis si tan largo rato he estado apartada de vosotros, que gran causa ha habido para ello.

Y refirióles á seguida lo que el familiar de la Inquisicion habia ido á decirla.

Alborotóse Cervántes, y juró que él habia de desollar al rapista y poner de claro en claro quien el que por él con la Inquisicion habia intercedido fuese, aunque él lo sospechaba ya; y para salir de sospechas pidió á doña Guiomar licencia

Digitized by Google

para salir, prometiendo que con la noticia de lo que averiguase volveria; con lo qué por el postigo del jardin, que la misma doña Guiomar abrió, salióse, y doña Guiomar quedóse con Margarita, mostrándose para ella tan buena y cariñosa, como negras y envenenadas tenia contra ella las entrañas; y con el dolor que Margarita decia sentir por la reciente muerte de su madre, disimulaba las ánsias y las congojas que por aquel su amor, que ya esposa de Miguel de Cervántes la hacia, la atormentaban; espantábanla los recelos, y viendo tan enamorada de Cervántes, y de tanto valer á doña Guiomar, temia que una vez poseedor de ella Cervántes, la posesion de la hermosísima viuda no perdonase, y que siendo ella pobre y la otra rica, y desventurada ella y dichosa la otra, con la otra se casase, dejándola á ella para que muriese desesperada.

Encubria su negro ódio á Margarita doña Guiomar, y consolábala y acariciábala, como si hubiera creido que sólo por la muerte de su madre era el dolor y la congoja, cuyas muestras no podia ocultar Margarita.

En tanto, Cervántes encaminábase al próximo bodegon de la tia *Zarandaja*. El sol se habia puesto, caia la tarde; paseaban por las calles galanes y soldados, haciendo señuelos á sus enamoradas; los menestrales dejaban sus trabajos, y se iban cerrando comercios y tiendas. En aquellos

Digitized by Google

tiempos se trabajaba de dia y se descansaba y se dormia de noche, salvos los rondadores y la gente maleante, que lo hacian al revés.

Encontró Cervántes á la ilustre tia *Zarandaja* apercibiéndose á cerrar su bodegon, que segun las ordenanzas, estos tales á la oracion se cerraban. Dió entrada con mil amores la vieja al gallardo soldado, y cerrando la puerta, díjole:

—Ya me temia que no viniérais, y sentíalo, porque en verdad, que muchas y muy importantes cosas que decir á vuestra merced tengo.

—Pues desembuche, buena madre,—dijo Cervántes,—que aquí hay lugar donde quepa todo lo que en él entre; y no os abro el apetito regalándoos alguna cosilla que os dé contento, porque pobre ando, y tal, que por Dios que me dejaria ahorcar por dos reales.

—El que á buen árbol se arrima,—contestó la tia *Zarandaja*,—buena sombra le cobija, y de manzanas de oro, y aun con aditamentos de diamantes, es aquel bajo cuyas frondosas y frescas ramas os habeis puesto.

—Ya me tarda el oiros, buena madre, — dijo Cervántes;—que grandes cosas y de mucho provecho han de ser, á lo que me parece, las que teneis que decirme.

Púsose en esto la vieja en los labios un dedo como imponiendo silencio á Cervántes, que á la puerta habian llamado, y con prisa; y llevóle á

Digitized by Google

aquel cuartucho que á lo último del bodegon estaba, como se dijo, y encerróle, y fuése á abrir la puerta de la calle, y hallóse con que era el señor *Vivais-mil-años*, que venia á su casa.

Entró el rapista tan mudado de la fisonomía que otras veces tenia, que no le conoció la tia *Zarandaja*.

Venia entre satisfecho y soberbio, y descontento y mohino.

—¿Y dónde habeis estado, señor *Vivais-mil-años*,—le preguntó la vieja,—que hoy no se os ha visto el pelo?

—En ayunas vengo, y en ayunas desde anoche, tia *Zarandaja*,—dijo el rapista,—salvo dos onzas de queso y un panecillo que compré esta mañana en una tienda, cuando salia de allí, adonde picardías de un mal familiar, que ya está bien castigado, me llevaron; y venga, venga, tia *Zarandaja*, la uña de vaca con habas y morcilla, que voy á comerla con el mismo gusto que si no hubiera comido en mil años.

—Dejadme primero que cierre, que con la alegría de veros, de cerrar la puerta me he olvidado; y con que pase un alguacil y lo vea, multa tendremos, y no estamos para esos lujos, que los tiempos andan muy magros.

Y la tia *Zarandaja* cerró, y fuése luego á su marmita con una escudilla de cobre, ancha y honda, que llenó de gazofia, yendo á ponerla, con un

Digitized by Google

buen pan blanco, á lo que añadió un mediano jarro lleno de vino, delante del señor *Vivais-mil-años*.

Aplicóse éste á la uña y á las habas como si hiciera un siglo que no habia comido, y la tia *Zarandaja*, que estaba sentada de media anqueta á un extremo de la mesa, esperó en vano á que el rapista la hablase.

Comia, bebia y callaba *Vivais-mil-años;* pero gesticulaba y guiñaba los ojos alternativamente como hablando consigo mismo, todo lo cual metia mucho más en curiosidad á la tia *Zarandaja*, que como habia visto lo que doña Guiomar favorecia y lo mucho que amaba á aquel soldado que tenia encerrado, por favorecer sus amores esperaba mucha cosa.

Tenia la tia *Zarandaja* sus motivos para que la importase en gran manera por doña Guiomar y por Cervántes lo que el señor *Vivais-mil-años* la dijese, porque el rapista y ella habian hablado mucho de un cierto señor que andaba sin seso y casi convertido en alma en pena por la hermosísima viuda.

Miguel de Cervántes escuchaba ávido, con el oido pegado al ojo de la cerradura; que habíale puesto en cuidado lo que le habia prevenido, haciéndole callar, cuando llamaron á la puerta, y escondiéndole despues, la tia *Zarandaja*.

Pero no oia otra cosa más que el récio mascar

Digitized by Google

del rapista, que era tal como el de un cerdo, con perdon sea dicho.

No se sabe si el señor *Vivais-mil-años* habia guardado silencio á causa de su apetito, y por aquello de que oveja que bala bocado pierde, ó si habia dudado en lo que tenia que decir á la tia *Zarandaja,* porque cuando ya la escudilla, ó más bien lo que contenia, que no era poco, habia quedado reducido á la mitad, y bebido el primer jarro de vino, limpiándose la boca con el revés de la mano, dijo:

—En un aprieto me hallo, y tal, mi buena tia *Zarandaja*, que de él no puedo salir, porque si no hago lo que de mí se quiere, en peligro me hallo de que me tornen allí de donde me han sacado; y os aseguro que no ha sido sitio de gusto; que en una mazmorra de la Inquisicion me han tenido, y aunque de hierros no me han cargado, con el recelo de lo que pudiera sobrevenirme la mitad de las carnes he perdido. Sacóme de allí, horro y sin costas, un bienhechor; pero diciéndome ántes de sacarme, que si no le servia en lo que él habia menester, volveria á meterme, y mia seria la culpa de lo que me sucediese. Prometí yo, que el prometer no cuesta, y tanto como me pidieron; que cuando en tales aprietos se encuentra un cristiano, para salir de ellos no mira en pelillos, ni áun en cabelleras, aunque sean más grandes que aquella del filisteo Samson.

Digitized by Google

—Mirad, señor *Vivais-mil-años,* que el Divino Nazareno Samson no fué filisteo, sino el destruidor de ellos por la voluntad de Dios.

—Dios me destruya si sé lo que me digo, tia *Zarandaja,*—contestó el señor *Vivais-mil-años;*—que este oficio nuestro que traemos tiene tales quiebras, que á veces nos vemos quebrados por el espinazo; y si yo hago lo que ese señor quiere, en tratos y comercio, que no me tienen cuenta' puedo verme con la justicia ordinaria; y si no lo hago, es tal ese señor y tan poderoso, que como de la Inquisicion me sacó, puede meterme otra vez en ella, donde yo me pierda y no vuelva á saberse de mí; que tal vez me empareden ó me entierren vivo. De suerte que, entre la Inquisicion y la horca, no sé qué haga, ni qué deje de hacer, ni por dónde tire.

—¿Y quién es ese tal y tan poderoso señor que en tales preñeces sin salida os mete, señor *Vivais-mil-años?*

—¿Pues quién ha de ser, tia *Zarandaja*, más que el capitan don Baltasar de Peralta, que Dios confunda, que cada vez más empeñado por esa doña Guiomar de mis culpas, y celoso, y con más furia que una rabiosa pantera hircana por lo de la música anoche, y porque doña Guiomar salió á sus miradores á oirla, empeñado está en acabar de una vez, y en meterle todo á barato, y á salga lo que saliere, aunque lo que hubiera de

Digitized by Google

salir fuese la destruccion y acabamiento del mundo? Y habeis de saber, que lo que ese caballero, (maldígale Dios) quiere, no es ménos que meterse esta noche, cuando sea de ella la mitad por filo, en el jardin de doña Guiomar por las tapias de mi corralejo.

Se le volvió el alma de arriba abajo á Miguel de Cervántes, y temblaba de cólera, y al mismo tiempo se le alegraba el corazon, porque oyendo estaba que se le venia á las manos la mejor manera que podia haber deseado de castigar á don Baltasar de Peralta y libertar de él á su adorada y ya imposible doña Guiomar.

Continuado habia con su plática entretanto *Vivais-mil-años*, y habia dicho:

—Que yo he de servir, mal que me pese, á don Baltasar de Peralta, veíslo harto claro, tia *Zarandaja*; que en casa de la maldita viuda quiere meterse á la media noche, ya os lo he dicho; y áun pudiera sufrirse si en entrar solo y por mí guiado, consintiese, que todo ello seria que, ó empeñaria la honra de doña Guiomar, por la violencia de su pasion atropellada, ó ella se defenderia y gritaria, y acudirian sus criados, lo cual, habiéndome yo escurrido á tiempo, nada me importaria, y él veria cómo salia del empeño en que se habia metido. Pero es el caso que don Baltasar se ha puesto en todo, y con gente dura y resuelta en casa de doña Guiomar meterse quiere, cosa que puede salir

Digitized by Google

de tal manera y con una tal tormenta, que el agua llegue á las nubes.

—¿Y á cuento de qué me habeis manifestado todas esas cosas, señor *Vivais-mil-años*?—dijo la tia *Zarandaja*.

—A cuento de que vos podeis sacarme del aprieto en que me hallo.

—¿Y cómo, si os place, de tal aprieto he de sacaros yo?—dijo, poniendo muy mal gesto al rapista, la tia *Zarandaja*.—Ya que vos estais perdido, ¿quereis que yo me pierda tambien? ¿Y estas son las buenas correspondencias de nuestra amistad? Pues de amigos como vos, Dios me libre, y que yo no los vea jamás sino descuartizados.

—Dios os lo pague por la buena voluntad que me teneis, que cuando á vos vengo á ampararme, porque ya me considero ahorcado, vos me tirais de los piés. Y no á que perdais vengo yo, tia *Zarandaja*, sino á que ganeis la mitad de mil ducados, que porque le sirva me ha dado don Baltasar de Peralta. Y vedlos aquí en buenos doblones de á ocho de los del cuño del emperador.

Y el señor *Vivais-mil-años* sacó una bolsa de malla de seda verde, con ricos pasadores de oro, y tan repleta, que casi reventaba.

—La mitad voy á contaros,—continuó *Vivais-mil-años*, corriendo los pasadores de la bolsa y echando fuera con tiento los doblones para que no sonaran,—y así no podreis decirme, si os perdeis,

Digitized by Google

que os perdeis por mi provecho y no por el vuestro. Y sabed, tia *Zarandaja*, que esta buena hacienda que tomais, nada tiene que ver con lo que haya de pagarse á los bravos que con don Baltasar de Peralta, para resguardarle y asegurarle el golpe, hayan de entrar casa de la hermosa viuda; ni tampoco lo que haya de darse á los que con una silla de mano esperarán en mi corral para meter en ella á doña Guiomar, tapada la boca y atada; y porque vos busqueis á esa buena gente, que vos teneis más conocimientos que yo, que no conozco más que pelones y personas de nonada, muy buenos para bravear de lengua y sin valor alguno para llegar á los hechos, estas riquezas os doy; que bien sé yo que una docena de hombres de alma y puños que se necesitan, los encontrareis vos á medio rodeo; y contando ya con que los buscareis, porque veo que os vais guardando estos bendecidos doblones, os digo que no andeis escasa en prometerles, y con lo que pidieren por su pena y el peligro en que van á ponerse, á mi casa andad y se os dará lo que fuere menester; y no reposemos, que las noches son cortas, y las doce se echan encima en seguida. Así pues, decidme lo que os parezca, y si os pareciere no hacer lo que se os pide, tornadme esos doblones é iréme yo á otra parte en donde mejor dispuestos estén á ayudarme.

El alma hubiera dado ántes la tia *Zarandaja* que los doblones, que ya habia sepultado en la

Digitized by Google

honda faltriquera que llevaba debajo de la saya.

Así es que dijo:

—Hablando, las gentes se entienden; y cuanto más honradas son, mejor. Id y en paz y contento, señor *Vivais-mil-años*, que dentro de media hora en vuestra casa me tendreis con la razon de lo que sea, y que será tal, que bien descontentadizo habreis de ser para no contentaros.

Acabóse de beber su vino el señor *Vivais-mil-años*, despidióse de la tia *Zarandaja*, echóle esta afuera, cerró la puerta de la calle y fuése á abrir la del aposentillo en que Cervántes toda la conversacion que acababa de pasar habia escuchado.

Estaba nuestro mozo pálido de cólera, y á duras penas se contenia.

Y tan feroz miraba, que de miedo, se echó á temblar la tia *Zarandaja*, y por satisfacerle, y temiendo no empezase por ella con algo que no muy del gusto de ella fuese, se apresuró á decirle:

—Pues que yo no puse punto en boca al señor *Vivais-mil-años* cuando en tales honduras se metia, claro os he dado, señor mio, á entender, que mi intento era que todo lo supiéseis; y si todo lo habeis oido, vos direis lo que haya de hacerse, que á vuestro mandato me pongo, y estos dineros que el señor *Vivais-mil-años* me ha dejado, dispuesta estoy á entregaros.

—Guardadlos, tia *Zarandaja*, que pocos son, y una mínima parte comparados con lo que doña

Digitized by Google

Guiomar os dará cuando sepa de qué manera la habeis servido.

—Venga ahora el mandato de lo que quisiéreis,—dijo la tia *Zarandaja.*

—Pues dígoos,—respondió Cervántes,—que hagais como si yo nada supiera y como si quisiérais servir á ese don Baltasar de Peralta.

—Ved lo que haceis, ó más bien lo que pensais hacer, señor soldado,—dijo la tia *Zarandaja*, mirando con asombro á Cervántes;—que en una temeridad tal podíais dar, que os cueste cara; que no querria yo que á un mozo tal como vos, que sois un pino de oro, y tan amado por una tal y tan rica hembra de la hermosura como doña Guiomar, le aconteciese una desgracia; que no me consolaria de ella en todos los dias de mi vida.

—Nada se os dé por eso,—dijo Cervántes,—y dejad á cada cual que allá vaya adonde le parezca bien ir, y haced vos lo que os he dicho, que así conviene que sea. Y sin más, quedaos con Dios y hasta la vista, que no será sino para premiaros largamente por lo bien que nos habreis servido.

Y como la tia *Zarandaja* quisiese replicar, impúsola Cervántes silencio, mandóla abriese la puerta, salióse, y de allí á gran paso fuése á casa de doña Guiomar, y allegándose al postigo del jardin llamó, y abrió Florela, que harto cuidadosa por la gravedad de los sucesos que habian sobrevenido, por allí andaba esperando.

Digitized by Google

XVIII

De como puede enamorarse una mujer hasta el punto de morir de amor

—¡Ay, señor mio de mi alma!—dijo Florela,—¡que no sabeis lo que sucede!

El alma tenia en un hilo Miguel de Cervántes, y sobresaltado por las palabras que acababa de decirle Florela, preguntóla con la voz no muy firme:

—¿Pues qué puede suceder en esta casa que sea una desgracia, como parece manifestármelo las palabras que me habeis dicho y vuestro espantado acento?

Echósele de rodillas á los piés Florela, y díjole:

—Vuestro perdon os pido, que yo, por la lealtad que á mi señora tengo, y por el mucho amor

Digitized by Google

que veo que mi señora os tiene, que aunque no lo confiesa, harto claro con las acciones exteriores muestra, he sido la causa de la desdicha que acontece.

—Hablad presto, Florela,—exclamó Cervántes levantándola,—que oyendo lo que me decís, estoy suspenso y sin vida.

—¡Ay señor!—dijo Florela,—que yo, cuando mi ama se fué á la visita de ese familiar, que Dios confunda, que á buscarla vino, entre la espesura del cenador acechando quedéme, y oí lo que con doña Margarita hablásteis, y ví que vuestra la hicísteis; y como tanta es, ya os lo dije, la lealtad que á mi señora tengo y el agradecimiento á que ella me obliga por el amor que me tiene, sabedora de todo la hice.

Alegrádose hubiera Cervántes si en aquel momento hubiérase abierto bajo sus piés la tierra.

—Buena y valiente es mi señora,—dijo Florela gimiendo;—que su dolor ha vencido, su semblante ha compuesto, con vos y con doña Margarita ha hablado como si no la hubiese aguijado el impío dolor que la mordia las entrañas; solícita y amiga con doña Margarita se ha mostrado despues de que vos os partísteis, y ella misma en su mismo aposento y en su mismo lecho la ha recogido, y luego se ha ido á aquella cámara donde vos á ella anoche os aparecísteis, y no pudiendo más, allí una congoja tras otra la ha

Digitized by Google

acometido. Y como yo quisiese salir á enviar por médico,—«no llames á nadie, Florela, me ha dicho, que no quiero que nadie vea el triste espectáculo del dolor que en mí causa la no esperada y tirana desventura mia; y llévame á tu lecho, amiga Florela, miéntras que pasa esta cruel fuerza del dolor que me acaba.»

—¡Oh! ¡en mal hora nacido yo,—exclamó Miguel de Cervántes,—que por donde quiera que voy, siguiéndome va como inseparable compañera la desventura! ¡Oh dichas entrevistas y con alegría de amor en esperanzas gozadas, y ántes de ser tocadas, desvanecidas é imposibles!

—Por imposible debeis tenerla,—dijo llorando y acongojada Florela;—y no es vuestra la desventura, que así os hiere á vos como á mi señora, sino de mi señora, que para ser desventurada ha nacido, y tan sin merecerlo, que en ella la hermosura, con ser tan grande, es lo ménos, y más la hermosura es de su alma; que Dios ha hecho para la nobleza, para la honestidad y para la virtud. Y no hay que pensar en el remedio de lo que ha sucedido, que no le tiene; que mi señora no cesará hasta que casado os vea con doña Margarita, y veros casado con ella, para ella será la muerte; que no podrá resistir al desesperado dolor de sus amores malogrados; que aunque yo no entienda cómo tan presto han llegado á pasion mortal estos amores malhadados, tales son para

Digitized by Google

mi señora, que mataránla perdidos y sin esperanza de ser logrados.

—Sea lo que Dios quisiere,—dijo Cervántes,—y si con mi vida rescatar yo pudiera el corazon de vuestra señora, que sin tan yo merecerlo ni esperarlo, por mis amores está cautivo, con gusto la daria y mil que tuviera.

—Dos desgracias serian, que no creais que mi desventurada señora pueda sobrevivir mucho á lo cruel de su desengaño: ella creia viendo lo que en vos veia, y cómo en sus ojos de amor agonizábais, que otra mujer que ella para vos no habia en el mundo, ni otra gloria que la de Dios que sobrepujar pudiera en bienandanza á la gloria que vos gozábais enamorado por ella; y es tal y de tal manera la agonía que á mi señora atormenta y mata, que llamar ha mandado á un escribano, que hacer testamento quiere.

Perplejo más y más se encontraba Cervantes, que en aquella ocasion no imaginada, ni él se atrevia á ponerse ante doña Guiomar, ni podia hacerlo, ni habia para qué hacerlo; que lo hecho hecho estaba, ni otro medio encontraba que casarse con Margarita, y por esto su vista con doña Guiomar no sólo no podia ser, sino que ni áun debia pensarse en ello.

Salirse de la casa en aquel punto y enviar al otro dia un su amigo, ó más bien un sacerdote, que su casamiento con Margarita tratase, ser no

Digitized by Google

podia, porque de esta manera quedaria abandonada á los malos intentos de su tenaz perseguidor doña Guiomar.

Y advertir de lo que pasaba á Florela, era llevar más el espanto y la perturbacion á aquella casa, y mostrarse cobarde huyendo el bulto al peligro, despues de haberse mostrado veleidoso, cuando no libertino, mal apreciador y temerario de la valía de doña Guiomar; pues permanecer en aquella casa á cuya dueña habia entregado al dolor y á la desesperacion, tambien era cosa récia.

Amparóse, pues, de Florela, y la dijo:

—De todo lo que puede hacerse despues de hecho el mal que me obliga á descontentarme de haber nacido, lo mejor que puede hacerse es dejar venir el tiempo; que puede ser que milagrosamente Dios nos abra camino por donde salir podamos á un punto no tan desesperado como en el que ahora nos vemos. Y así pues, llevadme á un aposento donde yo quede, hasta que mañana veamos dónde esta desesperada aventura nos lleva; que bien podrá ser que durante la noche doña Guiomar se aconseje con su alma, y á algo muy diferente de lo que hoy piensa se determine, ó tal vez se desengañe y se cure, quedando yo el solo enfermo y el solo desesperado. Y pluguiera á Dios que así aviniera y que para mí solo fuese la desgracia.

—¡Ay, señor mio!—dijo Florela,—que muerta

Digitized by Google

estoy de espanto; que tal está mi señora, que aunque ello parezca increible, á mañana no llega; que bien conoceis vos el corazon que tiene, y cuánto y con cuánto amor de vos se ha llenado, y tal es así, que, al quedarse vacío, con la muerte se llenará. Pero sea lo que vos decís. Venid, que en un aposento que hay entre el de mi señora y el mio voy á colocaros, sin que ella lo sepa; y así, si algo sobreviniere por lo que sea necesario acudais á ayudarme, estareis á punto.

Y con esto la fiel doncella condujo á un aposento del piso alto á Miguel de Cervántes, y allí dejóle más muerto qué vivo, con el alma turbada, y de tal manera, que á veces le parecia un sueño la realidad que tan dura y cruel se le mostraba.

Digitized by Google

XIX

De como enloquecido Cervántes por el amor, creyó que la mano de Dios le apartaba de los efectos de su locura.

Por algun tiempo estuvo Cervántes sin poder darse cuenta de si era persona de este mundo ó alma del otro, abatido por la misma grandeza y pesadumbre de lo que le acontecia.

Acometíale á veces el torcido propósito de salirse de aquel aposento y entrarse en el de doña Guiomar, y abandonando á Margarita, prometerse á doña Guiomar, empujándola con el encanto de la palabra y la fuerza del amor y de las lágrimas, á que á sus amores cediese, y en ellos se perdiese y enloqueciese, y su esposa fuese; que ampararse podia á Margarita y hacerla rica, y por la pingüe dote encontrarla marido.

Pero si el bueno puede caer en la tentacion del

Digitized by Google

mal, su misma bondad de ella le obliga á apartarse avergonzado; que si bien la fuerza del amor puede enloquecer á las mujeres, y en efecto, con suma frecuencia las enloquece, nunca el crímen cometido deja de volver sobre la conciencia, y morderla y despedazarla, haciendo imposible toda felicidad y contento; que si Cervántes pensaba que en algunas horas no podia Margarita haberse empeñado por él en un amor tal, que por él la vida se le hiciese odiosa, pensaba tambien que no hacia mucho más tiempo que sus amores con doña Guiomar duraban, y atendiendo á la realidad, ningun empeño de honra con doña Guiomar tenia, en tanto que en la mayor deuda de honra en que un hombre puede hallarse con una mujer, lo estaba por Margarita. Otrosí, abogaban á voces por Margarita su miserable fortuna, su orfandad y su abandono, en tanto que la riquísima doña Guiomar otra desgracia más que la del amor no tenia, y podria suceder muy bien que de ella se consolase, y todo al fin se redujese á contrariedad y despecho, que el tiempo iria gastando, hasta que al fin aquello no fuese para ella más que un enojoso recuerdo.

Pensando en que esto podria suceder muy bien, sacaba en claro Cervántes, que él quedaria el único dolorido y el único desesperado; que al perder la esperanza de gozar á doña Guiomar, y cuanto para él doña Guiomar valia, habia conocido cuán-

Digitized by Google

to la amaba, y cuán con exclusion de toda otra mujer.

Y esta misma certidumbre de lo imposible de su amor, de tal manera sublimaba el alma y el cuerpo de doña Guiomar para Cervántes, que le parecia que si Dios para consolarle hiciera bajar un ángel del cielo, no habia de parecerle tan hermoso en cuerpo y en alma como doña Guiomar; que hermosa era de cuerpo y de alma Margarita, ¿cómo dudarlo? pero con ser ya suya, y sin el encanto de lo imposible, puesta como un impedimento entre Cervántes y doña Guiomar, hacíase para Cervántes enojosa y casi aborrecible, y aborrecia la hora en que con aquel miserable entierro se encontró, y aun con más ahinco maldecia la compasion que á irse tras el entierro movióle, llevándole á punto en que conoció á Margarita.

Todo era confusiones y vacilaciones, y tentaciones y arrepentimientos Cervántes, y dar en una idea, y dejarla para dar en otra, y de aquella otra volver á la misma idea.

Y como, aunque era noble y altivo, no era santo, y de tal manera le apretaban el amor y el deseo por doña Guiomar, y hasta tal punto doña Guiomar iba acreciendo para él en lo preciosa é incomparable, ganándole la fiebre, apoderándose de su pensamiento la locura, atormentado ya de tal manera por las ánsias que le acongojaban que resistirlas no pudo, como si una poten-

Digitized by Google

cia invencible de él hubiese tirado y atraídole á doña Guiomar, con las vascas casi mortales de su pasion, determinóse; y diciéndose que su vida era doña Guiomar y que Dios hiciese lo que fuese servido de Margarita, levantóse del sillon en que habia permanecido inmóvil desde que en aquel aposento le habia dejado Florela; y acercándose quedo á la puerta, abrióla silenciosamente, y en un corredor oscuro se encontró, y sin saber adónde habia de dirigirse para dar con el aposento de Florela, en que doña Guiomar estaba; que aunque Florela le habia dicho que entre el suyo y el de su señora estaba el aposento á que le habia llevado, no sabia á cuál lado estuviese el de doña Guiomar ó el de Florela, si á la derecha ó á la izquierda.

Pero como Cervántes se habia decidido á satisfacer los gustos de su amor, y cuando tomaba una resolucion se mantenia firme en ella, y una vez resuelto el encanto de doña Guiomar para él crecia, determinóse á reconocer las dos puertas de la derecha y de la izquierda, escuchar, y ver si por algun indicio sacaba cuál el aposento en que doña Guiomar estaba fuese.

Así es, que estando á la puerta misma de su aposento, á la izquierda volvióse, y palpando la pared, adelantó hasta tocar una mampara de seda, y tan rica, que ella le demostró que no al aposento de la doncella debia dar entrada una tal mampara, sino al de doña Guiomar.

Digitized by Google

Y turbóse, y parecióle que Dios, viéndole en aquel mal paso en que, olvidado de su obligacion y de la grande y sagrada deuda que con Margarita le habia empeñado, le llevaba á aquella habitacion de doña Guiomar, en que él sabia que Margarita estaba, como diciéndole: «Este es tu camino; no el de tus gustos, que tan desatentadamente buscabas para perderte.»

Y como este pensamiento agobiase á Cervántes, y le turbase y le aniquilase, como si hubiese sentido sobre sí la justiciera y al par misericordiosa mano de Dios, vaciló, y con la mampara dió, y causó ruido; y á aquel ruido sucédió inmediatamente el ladrar de un perro dentro de la estancia, y el ladrar con toda la fuerza y la saña que su vejez le permitian, porque aquel perro era el triste compañero que á Margarita habia seguido.

Aturdióse más y más Cervántes, más y más se acongojó, más y más el miedo de la justicia de Dios acometióle, y trémulo, y cobarde, hácia el aposento que habia dejado tornóse.

En aquel punto oyóse una puerta que violentamente se abria.

El perro continuaba ladrando, y de improviso una mano helada asió una mano de Cervántes, y llevósele.

Pero lo que aconteció requiere capítulo aparte.

Digitized by Google

Digitized by Google

XX

De la horrenda tragedia con que se encontró sorprendido y espantado Miguel de Cervántes

Cuando los nublados ojos de Cervántes recobraron su claridad, hallóse en un aposento, no muy grande, teniendo ante sí á doña Guiomar, que pálido el bello semblante, ardiendo los celestes ojos, demudada toda, descompuesto el traje, le miraba con una tan no vista pasion y sentimiento, que no una mujer creyó tener delante de sí Cervántes, sino algo sobrenatural y nunca imaginado.

Tal parecia doña Guiomar, que todo encarecimiento seria poco para decir de qué manera ardian sus ojos amenazando muerte, manifestando congojas, diciendo desesperados cuanto la rábia, y

Digitized by Google

el despecho, y el dolor, y la agonía, todo junto, y la soberbia, y el espanto, pueden decirse con el lenguaje de la mirada.

Afeábase su hermosura por lo desencajado y lo amarillo del semblante, y estaba, en fin, tal, que todo habia que temerlo de ella, ya contra sí se volviese, ya contra los que eran la causa de aquella desventura horrible en que se encontraba.

Por algun tiempo, doña Guiomar estuvo mirando con todo este dolor, con toda esta rábia, con toda esta amenaza, con toda esta descomposicion, con toda esta desesperacion, con toda esta pasion que se ha dicho, á Cervántes, que al verla de tal modo, encontrándose ante ella abrumado por la culpa, habria querido que la tierra se hubiese abierto bajo sus piés y le hubiese ocultado.

Y ella continuaba asiéndole, trémula, ansiosa, fuera de sí, mortal; y Cervántes sentia el temblor y la fuerza de la delicada mano de doña Guiomar, mano fria, helada, que comunicaba su hielo á la sangre de Cervántes.

—Pues, enemigo cruel de mi sosiego y de mi alma, —dijo doña Guiomar, —que más rudo enemigo que tú ni le he tenido, ni le tengo, ni tenerle puedo, ni hay criatura que en las impiedades de tal enemistad como la tuya caiga, ¿en qué te detienes? ¿qué aguardas? ¿qué miras? ¿qué dudas, que ya tu tiranía no ejercitas y á todo te atreves, y no mirando más que á tus gustos, por

Digitized by Google

todo no atropellas? Sea lo que Dios quisiere de esta desventurada, que no sabia hasta qué punto de nadie conocido podia llegar su desventura. Pues qué, ¿no te basta haber envuelto en las malas redes de tus palabras traidoras, de tus engaños homicidas, á una triste que has encontrado en el mayor de los desconsuelos y en la más miserable de las orfandades? Continúa tu obra, lobo carnicero y sin entrañas; hiere, mata, devora, cébate en tu presa, y no te acuerdes de que hay un Dios que ha puesto en las criaturas eso que tú no conoces; pero que un dia traerá sobre tí el remordimiento, tu infierno en la vida, el castigo de Dios ántes que mueras, y que se llama conciencia.

Y de tal manera se habia acongojado doña Guiomar, expresando, arrastrada por la fuerza increible de su pasion, sus atropellados razonamientos, que no pudo decir ni una palabra más, porque la sobrevino una tal congoja, que la enmudeció.

Y no sabia Cervántes qué decir, que ella lo sabia todo.

Y si la decia, como era cierto, que él, desesperado, conocia que las obligaciones en que se habia puesto con Margarita no habian sido parte para vencer en su alma aquel entrañable y violento amor que ya era dueño de su alma cuando á Margarita conoció, y que sólo la locura de sus turbulentos deseos habia podido ponerle en obli-

Digitized by Google

gaciones de honra para con ella, ocasion daria á doña Guiomar para que le despreciase y se sintiese avergonzada por aquel su amor, tan mal empleado en un indigno sujeto.

Ni podia decirla que por Florela sabia que Margarita estaba aposentada en la misma alcoba de doña Guiomar, porque no sabia cómo disculpar su ida secreta, amparándose del silencio de la noche y de la soledad de la casa, para ir á buscar á la que ya debia tener como su esposa.

Esto hubiera sido la confesion de su menosprecio á la casa de la que, tan generosamente, primero le habia amparado á él, y luego á Margarita.

En malos pasos habíase metido en aquella ocasion Cervántes. Por ágria, torcida y difícil senda habia tomado.

En empeño gravísimo se encontraba, y en la falta en que últimamente le habia encontrado doña Guiomar no habia disculpa, y aunque una falsa disculpa hubiese podido encontrar, su turbacion y su espanto no le permitian hallarla.

Pero como todo el amor que en él habia era de doña Guiomar, y este amor, al ser combatido tan duramente y tan sin remedio por la desatentada conducta suya para con Margarita, hubiese llegado á la pasion que en nada se para, que á todo se arroja, cuando se hubo calmado aquel primer espanto y sorpresa, y el anonadamiento y vergüen-

Digitized by Google

za que le habian cogido, Cervántes se determinó á manifestar lo que en él pasaba á doña Guiomar, y viéndola toda entregada á aquel amor tan grande, qué parecia no consentir igual sobre la tierra, prevalerse de él imaginó y lanzarla en el desvarío de la pasion, haciéndola olvidarse de toda virtud, de todo deber, de todo decoro, y compelerla á que con él se casase y á Margarita satisfaciese con dinero; y si esto no bastase, fuese lo que Dios quisiese de ella.

Quiso, pues, llevar á doña Guiomar á que se sentase en un canapé que en el aposento habia, y con voz dulce, y tentadora, y acariciadora, y enamorada, la dijo:

—Ni yo para más que para vos vivo, hermosa y adorada señora mia, ni pudiera vivir despues de conoceros, si no fuese para cifrar en vos mi ventura, ni pensar quiero, porque sólo pensar en ello me mataria, que de vos habré de vivir apartado y á otra unido; que seria como verme unido á un insoportable tormento, que me haria desear, como un menor mal, la muerte. Sosegaos, idolatrada alma mia, que vuestro soy, y no hay poder que de vos me aparte, ni obligaciones que tanto puedan, que por ellas á la inefable dicha de ser vuestro y de que vos seais mia renuncie.

Escuchábale atónita doña Guiomar, inmóvil, muda y fria como una estátua; y creyendo Cervántes que no le respondia por el mismo efecto

Digitized by Google

que en ella causaban sus palabras, prosiguió de esta manera:

—¿Qué hay que pueda moveros de tal modo á furor y ódio contra mí, y á tal desconsuelo y tal desesperacion os lleve? A buscar vuestro aposento, cuando vos me encontrásteis en ese oscuro pasadizo iba, resuelto á pediros con todas las ánsias de mi alma me perdonáseis la injuria, que, sin ser yo poderoso á evitarlo, en un momento de turbacion y de ceguedad, arrastrado por no sé qué tentacion invencible, sin que mi alma en ello tomase parte alguna, ni determinacion mi voluntad, ni satisfaccion mi deseo, os he hecho. Y creedme, señora mia, que tan no ha tardado la penitencia de mi culpa, que cuando en ello reflexionar pude, de mí se apoderó el miedo de las consecuencias de haberos ofendido, no de otra manera que si hubiera ofendido á Dios, que todo lo ve y lo sabe. Sed, pues, tan grande en la indulgencia y en el perdon, como veo que lo sois en el amor que me mostrais.

—Pues, mal hombre, y protervo, y maldito que vos sois,—exclamó doña Guiomar,—¿cuándo vos habeis merecido el amor, no digo yo mio, sino de cualquiera otra que como yo tenga alma? ¿ni qué sabeis vos qué cosa es amor, si en vos no hay más que deseo corrompido, y lascivia asquerosa, y sangre podrida, y alma ennegrecida por el contínuo comercio y trato del vicio, de la mentira y de la

Digitized by Google

desvergüenza? ¿Pero qué mucho que vos seais así, si hombre sois? ¿ni cómo puedo deciros yo que os desprecio, sin decir que desprecio á los hombres todos? que no hay uno solo que merezca, no ya que una mujer le ame, sino que en él piense, segun que lo veo en lo que vos sois, que habiendo recibido de Dios claro entendimiento, no habeis entendido las delicadezas del alma de las mujeres, y cuanto para ellas no hay otra vida que el amor de su alma. Remedio no tiene lo que hecho habeis; que, de una parte, á esa, que honrada era, y que por vos sin honra gime, dicho se está que la debeis la honra; en cuanto á mí, yo no os amo; engañada estaba, y harto diferente de lo que sois os creia cuando os amaba, ó mejor dicho, amaba en vos un sujeto de mi fantasía: de mi sueño he despertado; el fantasma de mi amor ha desaparecido; la estrella de mi esperanza se ha nublado, y el aliento de mi vida es ya un fuego del infierno que resistir no puedo, que el corazon me abrasa y en la desesperacion de los condenados me arroja; que yo, ántes de conoceros, el amor no conocia, y cuando le conocí, le amé, y tanto, que en tan poco tiempo, en mi vida, en mi única existencia posible trocóse; y cuando le pierdo, cuando veo lo imposible de recobrarle, siento y conozco, sin que me quede ni áun el consuelo de una duda, que sin él vivir no puedo; y ya que sabeis esto, y que comprender debeis si es

Digitized by Google

que ya la pasion, ó el empeño, ó el vicio y la maldad no os han entorpecido el entendimiento, que vos, causa de mi amor, no podeis ser mi amor, porque en vos no hallo lo que mi alma en el amor hallar deseaba; renunciad á toda esperanza de que yo, olvidándome de quién soy, y de lo que á mi honra y á mi conciencia debo, mi perdon os otorgue, por esposo os reciba y en vuestros brazos me eche. No, que no sois vos el que yo creia; y no siéndolo, vuestras traidoras palabras, en vez de engañarme, me desesperan; en vez de contentarme, me ofenden; en vez de halagarme, me atormentan, y me avergüenzan en vez de satisfacerme; porque creo que me juzgais capaz de seguiros en la torpe prosecucion de vuestra falta, y hacerme cómplice de ella, y cruenta y homicida como vos; que allí está en mi propio lecho la que ser debe vuestra esposa, la que ya lo es, porque ante Dios por esposa la habeis tomado, y ella, esposa vuestra creyéndose, en vuestros brazos ha caido enamorada. Y no os digo esto por reprenderos, por persuadiros, por hacer de vos caso alguno por el que en alguna manera yo á vos pueda asemejarme, sino para deciros, y esto debí deciros sin otras demostraciones que os hicieran creer que en mí duraba la en mal hora concebida pasion que por vos he sentido, que si á romper sagrados lazos que vos habeis hecho, y á faltar á obligaciones en que voluntariamente os habeis pues-

Digitized by Google

to, os movian y os mueven, no mi hermosura, si es que para vos alguna he tenido y tengo, no un encendido y disculpable deseo, sino las muchas riquezas que mis padres me dejaron y que se aumentaron con las que me dejó mi buen marido, vuestras son, que los muertos no han menester del oro, ni más que de una tumba en que descansar en paz, si es que áun en la tumba pueden hallar reposo.

Sintió Cervántes una tan indecible amargura, un tal desgano de la vida, una tal cosa horrenda y nunca de él sentida, que no se sabe lo que en la desesperacion de verse así menospreciado, así perdido, así humillado, hubiera pasado por él. Pero ni áun tuvo tiempo de reposar en la vengativa injuria, ó más bien lamentable engaño de doña Guiomar, porque esta, apenas hubo dicho sus últimas palabras, tan últimas, que necesidad no tuvo, ni deseo ni pensamiento de decir ni una sola más, y sí de poner por obra lo que su desesperacion la hacia sentir, que era librarse del peso de su pobre y atormentada existencia, echó mano tan rápida y tan inopinadamente á la espada de Cervántes, que ántes de que él pudiese evitarlo la desenvainó, y haciéndose atrás, ante Cervántes quedóse inmóvil y muda, mirándole como ojos humanos no han mirado jamás á criatura.

Y Cervántes que esto vido, turbado con lo que

Digitized by Google

le acontecia, abriéndose el coleto, la dijo con voz serena, pero triste y apenada.

—Si la ofensa que tan sin voluntad os he hecho, señora de mi alma, no podeis perdonarme, y tal y tan sañosa es la ira que contra mí sentís que mi vida os enoja, y saciar con mi sangre quereis la sed de vuestra rábia, herid en buen hora, no tardeis; atravesad este corazon que sólo por vos late y que sólo por vos existe. Muera yo si con mi muerte desdichada daros algun contento puedo, y vivid vos y olvidadme como cosa maldita que junto á vos para fenecer en vuestra hermosura y acabar en vuestras manos ha llegado.

—Sí que morir debe quien en la vida encontrar no puede más que una agonía contínuada, mil veces peor que una agonía una sola vez sufrida; y porque esto es tan cierto que no puede dejar de ser cumplido, cúmplase, y que Dios me perdone, porque en mí no he hallado valor para otra cosa.

Y corriendo rápidamente la espada, dejando caer su pomo en el suelo, y bajo el seno poniéndose la dura punta, se arrojó sobre ella, y con tal rapidez y tal violencia, que á la otra parte asomó casi en el mismo punto un palmo de enrojecido acero.

Gritó Cervántes, como por su dolor los condenados gritan.

Arrojóse sobre doña Guiomar pretendiendo socorrerla, y halló que ya los turbios ojos volvia, y

Digitized by Google

vió que en aquella su última mirada amor le decia, y amor que era tal, que no parecia sino que los cielos se mostraban en la moribunda mirada de aquella infelice.

Gritaba Cervántes pidiendo á voces socorro, y en sus brazos sostenia á doña Guiomar, y se teñia en su sangre, y entre sus brazos doña Guiomar se le moria; y empezaba á sentirse en la casa movimiento de gentes que á las desaforadas y desesperadas voces de Cervántes parecian acudir, y ni en salvarse pensaba Cervántes, ni en otra cosa que en reanimar con su aliento á doña Guiomar, que no era ya en sus brazos más que un cuerpo difunto.

No tardó en oirse rumor de voces.

Cerca se percebian pasos precipitados.

Pero de improviso un ruido de espadas oyóse, tiros de pistoletes retumbaron, y acordóse Cervántes del intento de don Baltasar de Peralta que conocia, de asaltar aquella noche con gente armada la casa de doña Guiomar para robarla á ella; y desesperado, como que convencido estaba de que doña Guiomar habia muerto, en su desesperacion, en su furor, en su desgano de la vida, con el ánsia de exterminio en que aquella su desgracia le habia puesto, del triste cuerpo de doña Guiomar sacó su espada, y lanzóse fuera del aposento, á tiempo que por el oscuro corredor se echaban encima las cuchilladas; que los criados, que á las

Digitized by Google

voces con que Cervántes habia pedido socorro despertaron, habíanse encontrado con don Baltasar y con los que con él venian, que por la tapia del huerto del rapista habian entrado; y como aquellos criados hubiesen acudido armados, porque al despertar á las voces de Cervántes habian pensado, como era natural lo pensasen, en un grande peligro, y cada cual, ántes de salir á ver lo que aquello fuese, habia cogido el arma que habia tenido á mano, como eran muchos los criados de doña Guiomar y muy bravos, especialmente aquellos cuatro lacayos vigotudos, que, como se dijo, la resguardaban cuando con el alba iba á la catedral á misa, trabóse la más mortífera pelea que puede imaginarse, y por el corredor adelante venian hundiéndole á tajos y á tíros, que no parecia sino que la casa iba á venirse abajo.

Y á todo esto, en el oscuro corredor nada se veia.

Pero de improviso, y cuando Cervántes acababa de sacar su espada del cuerpo de aquella miserable víctima de un ciego amor desventurado, entróse en el aposento un hombre con la espada en la mano, al cual, apenas le vió, más que por el semblante, que no podia verle, porque sobre él un antifaz llevaba, por instinto, conocióle Cervántes.

Y no se engañó, que don Baltasar de Peralta era, que hallando al paso del tumulto por el corredor

Digitized by Google

aquella puerta franca, creyendo que al aposento de doña Guiomar daba, en él entróse, y en mal hora por cierto, que ciego Cervántes de dolor y de rábia, á él se fué omnipotente, de tal manera, que apenas se chocaron las espadas, al suelo vino difunto de una estocada en el corazon don Baltasar, cayendo tal vez, porque Dios lo quiso, junto á doña Guiomar, y tan cerca, que la sangre que de su pecho corria fué á mezclarse con la que del inocente pecho de doña Guiomar habia salido.

Quedóse Cervántes tan turbado por lo que acontecia, tan sin vida y tan sin alma, espantado por aquella tragedia que tenia ante los ojos, tan impensada, tan sin culpa en la intencion por él producida, como primera causa de aquel pavoroso efecto, que por algun tiempo más que hombre fué una estátua.

Y como parte de los criados, en tanto que se trababa la formidable pelea, hubiesen acudido á los balcones, dando voces llamando á la justicia y pidiendo socorro á los vecinos, y algunos de ellos la puerta principal de la casa hubiesen abierto y á la calle salídose, y acertase á pasar por allí un alcalde con su ronda, entróse en la casa la justicia, subiendo atropellada por las escaleras, y acudiendo donde la pelea continuaba empeña·la.

Llegaron al turbado Cervántes las voces de ¡téngase al rey! ¡dénse á la justicia! y pavor en-

Digitized by Google

tróle, no de ser muerto, sino de ser allí encontrado y preso, y, cargado de cadenas, como criminal y mal hombre tratado; y así fué, que recobrando en un punto todo su valor sereno, á la ventana que en el aposento habia fuése, abrióla y arrojóse á la calle, no huyendo de la muerte y del peligro, sino de la deshonra; que bien hubiera podido creer la justicia, si junto á aquellos dos cuerpos muertos le hubiera encontrado, que él los habia matado, por celos al uno en riña, y asesinada la otra.

Huyó, en fin, como quien de sú mala suerte huye, no como el cobarde que con la fuga el peligro evita, y fuése, sin saber por dónde iba, á casa del bachiller Carrascosa, aquel de quien ya se dijo era su grande amigo.

Digitized by Google

XXI

En que se ve que nada ve la justicia relativamente á Cervántes, y se sabe que Cervántes se habia perdido

Negra se vió la justicia, negros los criados de doña Guiomar, para lograr, en fin, prender ó ahuyentar á los malhechores que con don Baltasar de Peralta, en la casa, por el corral de la del rapista, habíanse entrado.

Hallóse que de ellos habia muerto uno, quedando dos mal heridos, y asimismo heridos algunos de los criados.

Habíanse preso cuatro bravucones de mirada torva y harapiento pelaje, que harto claro manifestaban, solo con dejarse ver, que eran racimos de horca, no vendimiados aún por la justicia.

Halláronse en el aposento de Florela los cuerpos de doña Guiomar y de don Baltasar de Peralta,

Digitized by Google

ella marchita y afeada por la muerte su hermosura, él cubierto aún con el antifaz el semblante.

Otrosí, hallóse sobre una mesa que en el aposento habia, una minuta ó borrador de testamento; que en tanto que Cervántes peleaba con sus dudas y sus tentaciones, no sabiendo por cuál determinarse, si por Margarita su obligacion cumpliendo, ó por doña Guiomar contentando su amor, un notario que Florela habia llevado recatadamente, el testamento de doña Guiomar habia escrito, y su borrador, tal vez por descuido, tal vez porque doña Guiomar le examinase, allí habia dejado.

En verdad que aquel testamento no podia ser más breve, porque despues de la profesion de la fe y de las fórmulas de derecho, en esta sola cláusula se contenia:

»Es mi libre voluntad y firme determinacion, dejar heredada en todos mis bienes inmuebles, dinero, joyas y ropas, y de todo lo que poseo, á mi amiga, que tal como á mi hermana amo, doña Margarita de Ledesma.»

Y luego seguia la forma de derecho.

Hallóse asimismo encerradas y temblando, en el aposento de doña Guiomar, á Margarita y á Florela, que como el vulgo dice, murieron por Dios, y no salieron de decir que ellas no sabian nada, sino que cuando se armó aquel no esperado tumulto, Florela se habia entrado espantada en el primer aposento que habia podido, que habia sido

Digitized by Google

aquel en que Margarita estaba, y que de miedo no les sobreviniera algun mal, la puerta habian cerrado y permanecido allí asustadas.

La justicia tomó por el atajo; dejó una guardia de alguaciles con los muertos, y asimismo, para que la casa guardasen; envió al hospital los heridos, y á todos los otros, sin exceptuar á Margarita ni á Florela, se los llevó á la carcel y los encerró.

Preguntó la justicia tanto, que á las pocas horas las fojas del proceso alzaban que daban espanto, segun que se habia plumeado; pero no sacó en limpio sino lo que Florela dijo: que señor Miguel de Cervántes Saavedra, soldado y poeta, habia llevado el dia ántes á su señora, para que la amparase, á doña Margarita, que amparada por doña Guiomar habia sido.

Declaró Margarita cómo á Cervántes habia conocido cuando el entierro de su madre, y conteste estuvo con Florela.

Ninguna de las dos declararon que Cervántes hubiese permanecido en la casa; y como Cervántes no habia entrado en ella sino á trasmano y secretamente, conducido por Florela, ninguno de los de la casa sabia que en ella habia estado aquella noche, y nada referente á él declarar pudieron.

Por otra parte, los pícaros que habian entrado con don Baltasar de Peralta en la casa habian dado más luz, porque habian declarado que don Baltasar de Peralta los habia buscado por medio

Digitized by Google

del rapista *Vivais-mil-años*, y les habia dado dinero para que le ayudasen á robar á doña Guiomar de Meneses y Alvarado, y que por la tapia del corral de la casa del rapista, que al huerto de doña Guiomar daba, habíanse entrado.

De resultas se echó el guante al señor *Vivais-mil-años*, que empezó por negar toda participacion en el delito que la justicia perseguia.

Pero puesto en el potro, aunque aguantó como un santo dos vueltas de cordel, á la tercera el dolor le deshizo la firmeza, y cantó que no habia más que pedir.

Súpose, pues, por él, que don Baltasar de Peralta habia perseguido rudamente á doña Guiomar, que le desdeñaba, y la justicia tuvo que contentarse con esto, y con no encontrar en las resultas otra cosa sino que la muerte de doña Guiomar habia sido á causa de don Baltasar de Peralta, si es que no habia sido por su propia mano, quedándose la justicia sin saber quién habia matado á don Baltasar, ni cómo y por qué habia sido su muerte.

El amor de Margarita por Cervántes, y la lealtad de Florela á su señora y sus miramientos por su honra, hicieron que aquellas dos mujeres callasen de tal modo, que en el proceso no pudo aparecer el nombre de Miguel de Cervántes sino como por incidencia y libre de todo cargo, porque no se sabia sino que él habia amparado á doña

Digitized by Google

Margarita, y llevádola á doña Guiomar para que la amparase mejor.

No embargante esto, la justicia buscóle.

Pero no le halló, ni su capitan, don Lope de Figueroa, pudo decir otra cosa sino que el soldado por quien se le preguntaba hacia tres dias que por la compañía no parecia; de modo, que se temia, ó que le hubiese acontecido alguna desgracia, ó que hubiese abandonado su bandera, cosa que al noble don Lope de Figueroa se le hacia muy récio creer; que conocia bien á Cervántes, y le estimaba, y por honrado le tenia.

En resúmen, la justicia se contentó con *Vivais-mil-años* y con los cuatro bravos que habia pescado.

Soltó á Margarita y á Florela, y otrosí á los criados de doña Guiomar; levantó el embargo que sobre su casa habia hecho; y en cuanto á la tia *Zarandaja*, ni áun pensó en ella, porque el señor *Vivais-mil-años*, que no podia mejorarse enredando con la justicia á la tia *Zarandaja*, porque esta, apretada por los cordeles, no cantase, y se vengase de él sacando á plaza otros primores suyos, de la tia *Zarandaja* no hizo mencion, y ella no sufrió otro castigo que el miedo de que la justicia la echase las garras y la malparase.

Enterró Margarita á doña Guiomar con gran pompa, que su herencia habia aceptado, y á ella tocaba procurarla los últimos homenajes.

Digitized by Google

Enterrado fué asimismo con gran ostentacion por sus parientes don Baltasar de Peralta, y andando no mucho tiempo, en galeras se vió con un grillete, remando por el rey, con sentencia para toda su vida, el ilustre rapista *Vivais-mil-años*.

Y como la justicia no podia pasarse sin ahorcados, visto que asalto durante la noche, y en cuadrilla y á una casa habitada, habian dado, y muertes y heridas habian cometido, y resistencia á la justicia habian hecho los cuatro malhechores que habia cogido vivos, que los heridos lo habian sido de tal manera que murieron, enforcólos por el pescuezo hasta que rindieron los espíritus vitales, con gran contentamiento del pueblo de Sevilla, que se salió á Tablada á recrearse con el espectáculo.

Dicho esto por adelantado, volvamos atrás otra vez, y digamos por qué Margarita habia aceptado la herencia de aquella que bien sabia habia sido su enemiga, y que, más que por caridad, por grandeza de venganza la habia instituido su heredera; sin contar con que podia ser muy bien que no á ella fuese á quien heredada dejaba, sino á Cervántes, que, como debia presumir, con ella habia de casarse; y como Margarita sabia harto bien cuán dura y terrible es la mano de la miseria, y cuánto por esto, como porque con el oro todo se tiene, las riquezas en el mundo se estiman, y acaso por aquellas riquezas que heredaba, con ella

Digitized by Google

Cervántes se casaria, puesto que su obligacion, si no su amor, fuese empeño bastante para que por esposa la tomase, la herencia aceptó; y desde el punto y hora en que hubo sepultado á doña Guiomar, á buscar se echó desalada á Cervántes por cuantos medios le fué posible, y servida por la discreta Florela, que con ella se habia quedado, como si una parte de la herencia hubiese sido.

Pero por más que Florela fuese de despierto ingenio, y buscase, y pagase, y revolviese el mundo, pasaban y pasaban dias, y no parecia Cervántes.

A todo esto, las galeras que en el Guadalquivir habian estado muchos dias recogiendo las compañías y gente de leva que para la gran empresa contra el turco se juntaban, habian zarpado y desaparecido. Pero como en Sevilla se habia quedado, presidiándola, la compañía de infantería de que era soldado Cervántes cuando la tristísima tragedia de doña Guiomar, esperaba la triste Margarita que alguna vez Cervántes remaneciese, volviendo á ponerse bajo su bandera.

Ahora, dejando á Margarita con su tristeza y sus ánsias, se pasa al capítulo siguiente, para decir lo que de Cervántes habia sido.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXII

En que se sabe lo que fué de Cervántes

Llegado habia nuestro Miguel más muerto que vivo, amparado por la soledad de las calles y lo tenebroso de la noche, á la puerta de la casa de su amigo Carrascosa, y apenas si habia tenido fuerzas para llamar á ella; que cuando la amiga del bachiller, á medio vestir, y no con gran empacho, bajó y abrió la puerta, encontrósele en el umbral poco ménos que tendido y punto ménos que desmayado.

Gritó la moza, bajó el bachiller, Dios solo sabe en qué apariencias, metieron adentro á Cervántes, y desnudáronle y acostáronle.

Contóles Cervántes lo que le acontecia, y con tal encarecimiento de dolor y de desesperacion,

Digitized by Google

que no parecia sino que para él todo en el mundo habia acabado.

Ni bastaron razones para consolarle, ni consejos para que no tomase alguna negra determinacion que acabase con su vida, que él decia no era otra cosa que muerte horrenda; porque al ver ante sí perdiendo la vida con la sangre á aquella su adorada criatura, conoció más que nunca que ella era su vida y su alma, y que sin ella no podia tener ni contento ni vida, sino existencia angustiosa, infierno en la tierra, muerte en el alma; y así les dijo, que no pudiendo él quitarse la vida por su mano, que cosa era esta en que ningun hombre que en algo estima el que su valor se estime, incurrir puede, resuelto estaba á ir á ampararse del buen capitan Diego de Urbina, que en la galera *Marquesa* estaba en el Guadalquivir próximo á zarpar para Levante, y contarle su desdicha; que él le estimaba y le ampararia; y luégo cuando con el turco se rompiese, ponerse en punto donde la muerte fuese inevitable y se pudiese caer con honra.

Dejaron de aconsejarle más, cuando esta determinacion le oyeron, el bachiller y su amiga, porque pensaron que para los dolores del alma no hay otro mejor remedio que el tiempo, y tuvieron por seguro que este gran remedio habia de producir su efecto en Cervántes.

Partiéronse al rayar el dia, yendo Cervántes

Digitized by Google

disparado hácia la puerta de Jerez, llegando á punto que la abrian, y llegáronse á la Torre del Oro, y alquilando una barça, hácia la galera *Marquesa* bogaron, llegando á ella cuando sonaba el cañonazo de leva y tocaban en cada galera los instrumentos militares á la oracion de la mañana.

Admitiéronle, y entraron, y á poco, encerrado el capitan Diego de Urbina con Cervántes en la cámara del alcázar de popa, oia el cuento de su desdicha, y le amparaba, y secretamente en la galera le tenia.

Volvióse Carrascosa ya contento á su casa, porque amparado veia á su amigo, á quien en gran manera estimaba, y Cervántes dejóle ir sin darle comision alguna, como si hubiese perdido la memoria de haber conocido á Margarita.

Y así era en verdad, que loco estaba en aquellos momentos Cervántes, y apenas si habia podido ordenar su relato para Diego de Urbina; y con calentura habíanle bajado al entrepuente, y tan en peligro, que los médicos de la galera habian tenido que acudir á él harto de priesa.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXIII

En que se habla algo de la jornada de Lepanto y de cómo fué la manquedad de Cervántes

Llegó al fin la órden del rey para que la flota que en el Guadalquivir se encontraba zarpase con rumbo á Messina, donde habia de juntarse con las otras naves de España y las de la Liga.

Juntáronse allí todas el 25 de Agosto de 1571.

Nunca se vió una tan poderosa armada, ni aprestados para una tan grande empresa tantos grandes capitanes; que siendo don Juan de Austria generalísimo de todas las escuadras de la Liga, allí asistian el príncipe Alejandro Farnesio, don Luis de Requesens, Marco Antonio Colonna, el proveedor Barbarigo, Juan Andrea Doria, el marqués de Santa Cruz don Alvaro de Bazan, Se-

Digitized by Google

bastian Veniero, Ascanio de la Corna, el prior y los caballeros de Malta, y otra multitud de capitanes, no de tan gran linaje, pero no menores en valor y nombradía, entre ellos Gil de Andrade, don Sancho de Leiva, don Miguel de Moncada, Francisco de Sancti Pietro y Diego de Urbina, y otros muchos de mar y tierra.

Pasaban de trescientas, entre galeras, naos y galeazas, las naves de la Liga, y tan bien aprestadas, que sólo con verlas se podia tener por segura la victoria.

Allí iba tambien la galera *Marquesa*, con las que mandaba el general Andrea Doria, y en ella, muy doliente aún, nuestro Miguel de Cervántes.

En vano habian pasado dos meses desde que aconteció la tragedia de la infeliz doña Guiomar, que no parecia sino que cada dia que pasaba aumentaba el horror que de sí mismo Cervántes tenia, y su hastío de la vida; y si un dia al combés de la galera podia subir á respirar el aire y á aspirar el olor marino, por otros dos ó tres veíase obligado á quedarse en el entrepuente, enfermo y sin poder valerse, abrasado por la calentura.

Ansiaba nuestro mozo que se llegase á punto y término de pelea con el turco, que en ella pensaba ponerse en tal lugar y hacer tanto, que su muerte fuese inevitable.

Tal era el desesperado amor imposible que en su pecho ardia por la muerta doña Guiomar, y tal

Digitized by Google

su desesperacion por su pérdida, y tal su ánsia por ir á encontrarla á un mundo mejor.

Esforzábanse sus compañeros por consolarle de aquel su dolor, que se veia claro en la perpétua desolacion de su semblante, y en vano, para consolarle mejor, la causa de su dolor le pedian; callábase él, agradeciéndoles sus buenos deseos; y como el capitan Diego de Urbina, á quien su desventura habia revelado para que le amparase, su secreto noblemente le guardaba, nadie sabia qué pensar de aquel dolor que tan acabado á Cervántes tenia, y tan desesperado, y tan melancólico, que harto claro se comprendia que le pesaba la vida.

Y acontecia, que habíase olvidado Cervántes de Margarita como si nunca la hubiese visto, y que para su corazon y su memoria no existia otra cosa que la muerta doña Guiomar.

Entretúvose don Juan de Austria en Messina con las grandes fiestas que en honra suya se hicieron, y otrosí, ordenando y acabando de aprestar su armada, hasta que esta zarpó el dia 5 de Setiembre.

Con las naves que á Messina últimamente habian arribado, de trescientas pasaron las de la Liga, en las cuales más de ochenta mil hombres iban, entre marineros, soldados y galeotes.

Comulgado y confesado habian antes de dejar el puerto de Messina todos los que en la armada

Digitized by Google

iban, como si todos hubieran tenido por cierta la muerte en aquella empresa; tan temerosa se aparejaba; que se sabia que el generalísimo turco, Alí-Bajá, comandaba un espantable número de naves, que de cuatrocientas entre grandes y chicas pasaban, y en ellas venian más de ciento veinte mil hombres, turcos, egipcios, africanos; todos feroces, todos corsarios, duros y cruentos, avezados al carnaje y á la matanza, y, como tigres, carniceros.

Teníase el miserable ejemplo de Nicosia y de Famagusta, sus defensores degollados y sus capitanes martirizados por el implacable infiel, aborrecedor del cristiano y nunca satisfecho de su sangre; y tal era el pavor que la voladora fama traia en sus alas, de las crudezas de aquella numerosa hueste de sanguinarias fieras, que capitanes tales y tan probados por su prudencia en el consejo y su bravura en lides, como Andrea Doria, Ascanio de la Corna y Sebastian Veniero, aconsejaron á don Juan de Austria, teniendo por temeridad el embestir contra el turco; pero el generoso mancebo, por cuyas venas corria la sangre del nunca vencido, ni en temor por nada puesto, emperador Cárlos V, de gloriosa memoria, respondió á las dudas y á los temores de todos:

—Señores, ya no es hora de aconsejar, sino de combatir.

Venia el bárbaro Alí-Bajá confiado en el triun-

Digitized by Google

fo, y engañado; que algunos pescadores habíanle dicho que la armada de la Liga era mucho menor que la suya, y mal proveida y pertrechada, y que áun así, mucho mayor era el número que la valía de la gente de la Liga, toda de leva y allegadiza; por su parte, don Juan de Austria creia que el dey de Argel, Aluch-Alí, temeroso de la suerte de la batalla, habia abandonado á Alí-Bajá. Así es que cristianos y turcos avanzaban los unos contra los otros, todos engañados acerca de las fuerzas del enemigo, y todos confiando en el triunfo de sus armas.

Pero ni eran pocas las galeras cristianas, ni valadí ni allegadiza la gente que las montaba, ni á Alí-Bajá habia abandonado el dey de Argel Aluch-Alí.

Manteniendo su rumbo á Levante la armada de la Liga, dejando atrás la Fosa de San Juan, llegó el 26 de Setiembre á Corfú, de donde zarpó el 28.

Aguardaba en el golfo de Lepanto la escuadra del turco.

Al fin, el 5 de Octubre la armada de la Liga llegó á Cefalonia, teniendo á babor la *Morea*; y la descubierta, comandada por el capitan Juan de Cardona, descubrió al doblar el golfo de Lepanto la escuadra del turco.

No es nuestro ánimo pintar aquí la famosa batalla de Lepanto, ni al propósito de nuestro libro

Digitized by Google

conviene; que el curioso puede verla en las historias que de ella hablan largamente, y con pelos y señales: gran jornada fué, gran gloria alcanzó en ella nuestra patria; que puesto que fueron diversas las naciones que con sus armadas á aquella empresa acudieron, por generalísimo fué nuestro don Juan de Austria, y á su prudencia y á su buen consejo y á su aliento, se debió que aquel grandísimo triunfo se lograse; y más grande fuera, si á todas sus consecuenias se hubiera llegado: á nosotros sólo nos compete decir en el presente libro, cómo fué que nuestro Miguel conquistó en aquella memorable jornada su glorioso apodo de *Manco de Lepanto*.

Si á doña Guiomar no conociera, si no la amara, si de su tragedia involuntaria causa no fuera, si á Margarita no encontrara, corrido por distinto cauce hubieran las cosas, y en vez de llegar á ser Cervántes el *Manco de Lepanto*, casádose hubiera dichosamente con su doña Guiomar, y andando el tiempo no se hubiera visto en ocasion de ir, para asuntos que no eran suyos, á la Mancha ni á Argamasilla, ni conocido hubiera á Aldonza Lorenzo, ni á Alonso Quijano, ni á Sancho Zancas, y probablemente no tendríamos nuestro buen *Don Quijote* con que recrearnos y enorgullecernos, teniendo tal vez que contentarnos con *Rinconete y Cortadillo* y el *Coloquio de los perros*, y con las *Ejemplares*; ¡y quién sabe! que un leve acontecimiento,

Digitized by Google

importante en la vida de un hombre, todo el curso de su vida cambia, echándole por otro cauce.

Montaba, como hemos dicho, Cervántes la galera *Marquesa*, que era de las de Andrea Doria, con la gente de infantería del capitan Diego de Urbina; y cuando á la vista la una de la otra las dos escuadras, llegó el punto del rompimiento de la batalla, Cervántes, que muy enfermo y con calentura estaba en el entrepuente, subió á la cubierta y pidió le pusiesen en el lugar de más peligro; advirtióle Diego de Urbina que mirase que estaba enfermo, y que de muy poco podia aprovecharse su esfuerzo cuando tan sin fuerzas se hallaba; á lo que respondió Cervántes, y á lo que otros como el capitan le decian:

—Señores, ¿qué se diria de Miguel de Cervántes? En todas las ocasiones que hasta hoy en dia se han ofrecido de guerra á su majestad, y se ha mandado, he servido muy bien como buen soldado; y así, ahora no haré ménos, aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear en servicio de Dios y de su majestad, y morir por ellos, que no bajarme so cubierta; así pues, pónganme en el lugar más peligroso, y en ello me hareis merced.

Y como se sintiesen maravillados todos de su valor y entereza, diéronle doce soldados que mandase, y con ellos combatiese en el lugar del esquife, que era el de mayor peligro.

Digitized by Google

El disparo de un cañonazo de cada una de las dos capitanas, fué la señal del rompimiento del combate, que se trabó bravamente, y de una manera tan recia y con tal estruendo de arcabucería y de artillería, que no parecia sino que una pavorosa tormenta y espantable, de la mar y del viento habíase enseñoreado. Todo era humo, y fuego, y estrago, y cuerpos muertos que á la mar caian, y sangre que en la mar se vertia y la ponia roja; y acá sonaban los clarines y las trompetas y los atambores, y allá sonaban los añafiles, las dulzainas y las atakebiras; que no podian causar ménos fragoroso estruendo en su combate con el turco más de trescientas naves grandes y pequeñas que la mar cubrian en un tan grande espacio como no se habia visto desde los tiempos del imperio de Roma; y de estas naos, ciento sesenta y cuatro, y las mejor aprestadas, eran del rey de España; y del pontífice Pio V eran seis galeras y otras tantas fragatas; y llevaban los venecianos ciento treinta y cuatro naos, pero no tan bien armadas ni proveidas como las de España. Asistian allí tambien las galeras de Génova y de Malta, y no se cuenta gran número de trasportes que con la armada iban, armada inmensa, gente en grandísimo número á morir resuelta, alentada por la fe y por las indulgencias concedidas á los que en aquella empresa se encontrasen, que eran las mismas que se concedieron por otros pontífices á los

Digitized by Google

conquistadores de los Santos Lugares, y que poco ántes habia llevado el nuncio de Su Santidad monseñor Ondescalco. Y era el órden de batalla: en la vanguardia, seis galeras venecianas; en el cuerno izquierdo iban sesenta galeras, comandadas por el proveedor Barbarigo; Juan Andrea Doria era el general de las sesenta galeras del cuerno derecho, y sesenta y tres galeras formaban el centro de la batalla, llevando en medio de ella la Real, y en ésta el generalísimo don Juan de Austria. A la derecha de la Real iba la capitana de Roma con su capitan Colonna, y la de Venecia con Veniero, á la izquierda.

Llevaba la Real á popa la nao del comendador de Castilla don Luis de Requesens, y con don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, formaban la retaguardia treinta y cinco galeras.

Mayor en número de naves era la armada infiel.

Comandaba su cuerno derecho Mahomet Ciroko, virey de Alejandría; el dey de Argel, Aluch-Alí, comandaba el izquierdo, y el bajá Alí-Pachá se mostraba en el centro de la batalla con un gran número de naves, y otra formidable escuadra formaba á retaguardia.

En media luna avanzaban la una contra la otra las dos formidables flotas. El viento habia calmado; el golfo, más que una mar turbulenta, un terso espejo parecia.

Digitized by Google

Embistió el primero el cuerno derecho de los turcos, á los que resistieron los venecianos.

Aluch-Alí habia embestido á las naves del general Doria, y en este primer encuentro y trabazon de la pelea, la capitana de Malta fué cercada, embestida y entrada por muchas galeras argelinas, que pasaron á cuchillo á todos los caballeros, ménos al gran prior y otros dos, que casi despedazados por terribles heridas, tuvieron por muertos.

Con no menor saña se embistieron las galeras de don Juan de Austria y de Alí-Pachá, y ya el combate se extendió por toda la línea, sin haber galera que no combatiese.

Se levantó el viento favorable á los cristianos, y como ya se ha dicho, un infierno terrible, que no otra cosa parecia la pelea, que todos peleaban como si hubieran sido inmortales.

Apretada se veia la Real de don Juan de Austria.

Cargaban sobre ella con sus genízaros los dos bajaes Alí-Pachá y Pertew, y á no acudir en su socorro de la capitana el marqués de Santa Cruz, Dios sólo sabe si aquel dia hubiera perecido á manos de infieles el gran don Juan de Austria.

Rayo parecia la espada del marqués de Santa Cruz, que firme en la crujía de su capitana con sus arcabuceros españoles, rechazaba una y otra embestida.

Digitized by Google

A la Real salvó, y voló con sus galeras á socorrer á Andrea Doria, y socorrido éste, á poco rescataba la capitana de Malta y hacia huir aterrado con sus argelinos, y ponerse fuera de combate, al formidable Aluch-Alí.

Todo era proezas y hazañas, todo estrago y muerte.

Indecisa se mostraba la victoria, y es fama que entre la densa nube de humo, y en el punto más formidable de la batalla, apareció un resplandor de gloria sobre la armada de la Liga, y en medio de él la Santísima Vírgen del Rosario, á la que acompañaban legiones de arcángeles, que con sus espadas de fuego descendian y se metian en la pelea; milagro que la fe no repugna, pero que bien pudo ser vision de algun soldado devoto que luego lo contó y creyéronlo; que no señales de muerte por fuego del cielo tenian los turcos que muertos se hallaron en las galeras enemigas apresadas, sino de pelota de arcabuz, ó de lombarda, y córte de espada, y golpe de pica, y astillazos y aplastamientos, por las entenas y jarcias que la artillería cortaba; y entre este pavoroso estrago, entre este humo, entre este fuego, y poco ántes de que la victoria se declarase por los cristianos, un arcabuzazo alcanzó á Cervántes en la mano izquierda, y deshízosela, y otros dos le atravesaron el pecho, dejando en su persona las honrosas señales por las que, acometido por la malevolencia, dijo muchos años

Digitized by Google

más adelante, cuando le injurió aquel Avellaneda, temerario continuador de *Don Quijote*: «Lo que no he podido dejar de sentir, es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen sobre los ojos de quien las mira, son estimadas á lo ménos en la estimacion de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demás al cielo de la honra y á desear la justa alabanza.»

Tal fué la alta ocasion, como él mismo dice, en que se quedó manco Miguel de Cervántes, y á esta última ocasion llevároнle sus mal aventurados y trágicos amores con doña Guiomar.

Pero no dejemos por terminar el relato sucinto de la batalla.

Sufrido habian los turcos una pérdida irreparableen el bajá Pertew, que acometido por don Juan de Cardona, y habiendo tomado Pablo Jor-

Digitized by Google

dán Urbina su galera, hubo de arrojarse al mar y llegar nadando á un esquife, en que escapó.

Aluch-Alí se habia puesto tambien en salvo con todas sus galeras de Argel.

Alí-Pachá, que combatia como un leon irritado con trescientos genízaros, cayó al fin por una pelota de arcabuz que en la frente le hirió.

Arrojáronse sobre él los castellanos, y un soldado cortóle la cabeza, y en la punta de una pica la puso, como guion sangriento y horrible señal de la victoria.

Ya gran número de navíos infieles ardian y se hundian con pavoroso estrago en las ondas.

Gran parte de la armada infiel habia sido apresada, y el resto huia proa al Levante.

—¡Victoria, victoria!—sonaba por todas partes.

Ya no se oia el estruendo formidable de la artillería.

El humo se elevaba lentamente, y se disipaba en los aires.

Doscientos veinticuatro bajeles perdieron los musulmanes.

Quedaron ciento treinta en poder de los vencedores, y el resto lo tragó el mar ó lo abrasó el fuego.

Veinticinco mil turcos murieron, y más de cinco mil, cautivos quedaron.

Halláronse en las galeras apresadas ciento diez y siete tiros gruesos de artillería y doscientos cin-

Digitized by Google

cuenta menores, y se libertaron doce mil cautivos cristianos.

Pero no se obtuvo esta gran victoria sino á gran costa; que se perdieron quince galeras, ocho mil valientes murieron: de ellos, dos mil españoles, del Papa ochocientos, y el resto de Venecia, Génova y Malta.

El Mediterráneo era libre.

Ya las doncellas cristianas de sus riberas no tenian que temer las excursiones de los piratas, ni verse vendidas en los harenes de los infieles.

Ya se podia reposar en aquellas riberas.

Los genízaros del turco no eran ya invencibles, ni, deshecha su poderosa flota, para Europa podia ser una amenaza el poder del turco.

Con razon se enorgullecia Cervántes de haberse hallado en aquella jornada memorabilísima y de las heridas gloriosas que en ella habia recibido.

Volviéronse al fin las naves españolas á Nápoles y Sicilia.

Dejó la galera *Marquesa* en el hospital de Messina á sus heridos, y entre ellos á Miguel de Cervántes, que sanó al fin, pero quedándole mutilada la mano izquierda, por lo cual, cuando la muerte abrió para él la edad de la gloria, al par que se le llamó el príncipe de los ingenios españoles, llamósele tambien el MANCO DE LEPANTO.

—FIN—

Digitized by Google

POST SCRIPTUM

Paréceme oirte decir, bondadoso lector que hasta aquí hayas llegado: ¿Cómo, señor autor, y así nos deja vuesa merced á media miel, sin decirnos lo que fué de Cervántes, de Margarita y áun de Florela?

A lo cual el autor responde:

—Lector benévolo, si este episodio de la vida de Miguel de Cervántes te hubiere agradado, y á otros muchos, lo que yo veré por la venta de los ejemplares, prométote contarte otros episodios de la vida del mismo héroe, y entónces tal vez salga á luz lo que fué de Margarita, y áun lo que fué de Florela. Entre tanto, VALE.

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE

		PÁGINAS
I.....	En que se trata de un percance que le sobrevino á un barbero de Sevilla por meterse á afeitar á oscuras.....	5
II.....	En que se trata de una música de enamorado, acabada no muy amorosamente á tajos y reveses.....	21
III.....	De como, sin esperarlo, hallóse la hermosa viuda con aquel su amor que tan acongojada la tenia.....	29
IV.....	En que se sabe quién era el incógnito amante de doña Guiomar.....	45
V.....	En que doña Guiomar comienza á contar su historia á Miguel de Cervántes.	53
VI....	En que se contiene una carta de Cervántes para doña Guiomar, y se sabe á lo que Florela se aventuró por servir á su señora.....	73
VII....	En que se suspende la historia para decir algo de Miguel de Cervántes...	83

Digitized by Google

PÁGINAS

VIII... En que se relata una aventura que le salió al paso á Cervántes, cuando á las aventuras de sus amores iba..... 97
IX..... De como lo que no podia amparar Cervántes, vino á ampararlo doña Guiomar..... 109
X..... De como Cervántes encontró casa de la tia *Zarandaja* más de lo que habia querido buscar..... 119
XI..... En que doña Guiomar prosigue el relato de su historia..... 127
XII.... De como se iban cruzando los amores y apercibiéndose á una ruda batalla los celos..... 155
XIII... En que se ve que doña Guiomar hubiera hecho muy bien en no contar tan presto su historia á Cervántes, y en no amparar á Margarita..... 159
XIV... De como hubiera hecho muy bien doña Guiomar en no acudir á la visita que le hizo el señor Ginés de Sepálveda. 169
XV.... De como Cervántes oyó el fin de la historia de Margarita entre las cabilaciones que le causaba el no saber adónde le llevaria la historia de sus amores..... 175
XVI... En que se ve cuán dura tenia la Inquisicion la mano, áun para sus familiares, y cuánta fuerza, cuánta virtud y cuánta prudencia doña Guiomar para encubrir sus amarguras..... 191
XVII.. De como Miguel de Cervántes supo lo que le bastó para meterse en una aven-

Digitized by Google

PÁGINAS

tura de más empeño que la más atrevida en que osó meterse cualquiera de los Doce Pares..... 203
XVIII.. De como puede enamorarse una mujer hasta el punto de morir de amor.... 215
XIX... De como enloquecido Cervántes por el amor, creyó que la mano de Dios le apartaba de los efectos de su locura.. 221
XX.... De la horrenda tragedia con que se encontró sorprendido y espantado Miguel de Cervántes..... 227
XXI... En que se ve que nada ve la justicia relativamente á Cervántes, y se sabe que Cervántes se habia perdido..... 241
XXII.. En que se sabe lo que fué de Cervántes. 249
XXIII. En que se habla algo de la jornada de Lepanto, y de cómo fué la manquedad de Cervántes..... 253
POST SCRIPTUM..... 267

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google